CARTAS

DE

NINON DE LENCLÓS

AL MARQUES DE SÉVIGNÉ,

aumentadas con la vida de aquella y adornadas con su retrato.

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

J. R. Losañez.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas.
VIRG. GERG. L. 2.

TOMO I.

MADRID, 1844.
EN LA IMPRENTA DE D. ANTONIO YENES,
calle de Segovia, núm. 6.

AL PÚBLICO.

La justa celebridad de que en todo el orbe literario gozan las cartas de *Ninon de Lenclós*, de quien no pudieron menos de hablar con elogio los sábios del siglo XVII, haciendo justicia á su talento, nos impelieron á procurarnos un ejemplar de dicha obra, que tiempo hace se halla traducida en los principales idiomas europeos. Su agradable lectura, la fluidez de su lenguaje, la variada amenidad con que la autora supo adornar el estilo epistolar evitando la monotonía en la narracion y la causticidad en la crítica, nos hicieron considerarla digna de figurar en la biblioteca del literato al lado de las de Moliere y Despreaux, contemporáneos y

amigos de Ninon. Pero la verdad y elocuencia con que pinta las diferentes situaciones del amor, la exactitud con que revela los arcanos mas reservados del corazon humano, asi en uno como en otro sexo, infundieron en nosotros un violento deseo de dar á conocer en nuestro idioma una produccion, que, á nuestro corto entender, no podrá menos de ser apreciada de los sabios y de los amantes; y si bien nuestros escasos recursos literarios nos hicieron vacilar por un momento, el estímulo de personas inteligentes, y sobre todo una ilimitada confianza en la indulgencia del público nos animaron á acometer tan difícil empresa.

Séanos permitida sin embargo alguna salvedad antes de dar principio á tan espinosa tarea. La corrupcion de las costumbres en Paris bajo los reinados de Luis XIII y Luis XIV, en que el vicio dominante era la galanteria, considerada en aquella época como una virtud social; la relajacion en que el caballero de Lenclós consumió sus dias y la mayor parte de sus bienes; los imprudentes consejos que en el artículo de la muerte grabó en el tierno corazon de su hija; el amor á la libertad, y acaso el convencimiento de su imposibilidad para el fiel desempeño de los deberes de casada, la hicieron concebir desde un principio tan horrible aversion al matrimonio, que ni las entusiastas

súplicas de sus apasionados ni la brillantez de un porvenir venturoso, fueron capaces de hacerla separar del propósito que se habia formado. Por eso en las diferentes faces bajo las cuales considera al amor, evita cuidadosamente mezclarse en el cariño conyugal, y trata aquella pasion como un mero pasatiempo, que como tal necesita variedad para ser algo duradera; por eso considera como indispensable la inconstancia, y por eso y por disculpar la demasiada frecuencia con que los amantes se sucedian en su corazon, trata de necios y tiranos á los que procuran hacer alarde de constantes; pero cuando ella misma quiso reducir á práctica su teoria amatoria enlazándose estrechamente con su alumno, no pudo menos de rendir el tributo debido á la razon, persuadiéndose por un momento que seria constante, y acreditando asi que sin el aspecto de la constancia y de la virtud no puede haber amor feliz; aunque vuelta ya en sí de sus arrebatos, salió en defensa de sus doctrinas epicúreas y fue la primera en quebrantar unos vínculos ya desgastados, para volar en busca de nuevas ilusiones.

Lo disonante de semejante doctrina con la severidad de las costumbres españolas, mas arregladas á la moral evangélica que las francesas del siglo XVII, está sobradamente compensado, con el profundo conocimiento del cora-

zon que los jóvenes de uno y de otro sexo pueden sacar de esta obra, que leida á la luz de la razon, puede servirles de guia para el féliz exito de sus elecciones; para hacer subsistible y duradero el enlace de su corazon con el del objeto amado; para evitar los lazos que la seduccion y la inmoralidad tienden en torno de la juventud inesperta, y para compadecer y respetar la desgracia y saber escarmentar en ella.

Tales son las razones que nos han movido á publicar esta obra, que no vacilamos en considerar como un *Tratado de fisiologia amatoria*; esperando que el público sabrá apreciar el mérito de la obra y dispensar los defectos que en su traduccion hayamos podido cometer. Hemos querido tambien amenizarla en algun tanto dando al final de la vida de la autora una sucinta idea de los principales personages que figuran asi en ella como en sus cartas, para que el público no literato pueda conocer mas á fondo las situaciones en que Ninon pudo encontrarse.

VIDA

DE

NINON (1) DE LENCLÓS.

Ana de Lenclós nació en Paris en 1615 Su padre Mr. de Lenclós fue gentil hombre del célebre mariscal duque de Turena, y su madre era de la familia de los *Abra de Raconís* muy conocida en el Orleans.

Mr. de Lenclós sirvió á los reyes Enrique IV y Luis XIII y pasaba por uno de los hombres mas valientes de aquella época.

---

(1) O sea Anita.

Voluptuoso por naturaleza, compartia entre la mesa y los deleites los momentos de que su aficion á las armas le permitia disponer: era de caracter voluble, y no carecia de propension á las intrigas cortesanas; lo que sin duda le adquirió el afecto del cardenal de Retz que le apreciaba mucho.

Su esposa era de limitadas luces; su figura sin ser repugnante no escitaba grande interés; naturalmente tímida y aficionada á la oracion, gustaba del retiro mas que del bullicio de la corte.

El único fruto de su matrimonio fue la señorita de Lenclós, á quien ambos esposos amaban en estremo, aunque cada uno á su manera; esforzábanse á porfia por inspirar en aquel tierno corazon sentimientos conformes á su respectivo modo de pensar. La madre instruia á su hija en los ejercicios de piedad; y como su celo por la religion no la permitia moderarse en el uso de los derechos á la obediencia de su educanda, consiguió que la joven tomase aversion á los libros místicos, y que no pudiendo dejar de acompañar á su madre al templo, sustituyese

con novelas y obras de recreo los Ejercicios cotidianos y libros de devocion.

Mr. de Lenclós por el contrario, solo cuidaba de hacer de su hija una jóven amable y propia para la sociedad: su principal atencion fue cultivar su talento y adornarle de bellas cualidades: quiso desde un principio acostumbrarla á juzgar con criterio de las cosas, á raciocinar, á formarse principios. La joven tenia felices disposiciones y supo aprovechar los consejos de su padre; el cual como tocaba con perfeccion el laud, instrumento que á la sazon estaba muy en boga, quiso instruir por sí mismo á su hija en la música, y en poco tiempo consiguió verla hacer grandes progresos.

La señora de Lenclós murió en 1630; su hija, aunque no siempre habia atendido á los consejos maternales, no por eso dejaba de amarla con la mayor ternura, y en esta ocasion dió mas que en ninguna otra, pruebas de su afecto, por sus demostraciones de un profundo dolor.

Mr. de Lenclós solo sobrevivió un año á su esposa. Próximo ya á la muerte dirijió

á su hija estas palabras, que prueban que su vida fue siempre regida por la moral de Epicuro. "Hija mia, ya ves que en este »último momento solo me acompaña un »triste recuerdo de los placeres que he dis»frutado; su posesion ha sido demasiado »breve, y de esto es de lo único de que pu»diera quejarme á la naturaleza; pero ¡cuán »inutiles, ay, son mis lamentos!

»Tú, hija mia, que vas á sobrevivirme »un considerable número de años, cuida de »aprovechar desde muy luego un tiempo tan »precioso, y sé mas escrupulosa en la elec»cion que en el número de tus placeres.»

A la edad de 16 años ya Ninon era dueña de sí misma: la vida disipada de su padre la habia privado de parte de sus bienes; asi es que su fortuna no era considerable; pero supo arreglar sus negocios con tal orden y economia, que se aseguró de treinta á cuarenta mil rs. de renta vitalicia. Su amor á la libertad no la permitia sujetarse á un marido, por eso dominaba en ella el pensamiento de asegurarse para sí misma las mayores comodidades: compró una casa por los

dias de su vida en París calle de *Turnelles au Marais* en la que habitaba la mayor parte del año, escepto el otoño que solia ir á pasarle á una casa de campo que tenia en Picpus cerca de París. Dispuso sus gastos de tal modo que siempre conservaba en sus gabetas por lo menos el importe de un año de renta para atender al socorro de sus amigas, y á cualquiera otros gastos imprevistos.

La señorita de Lenclós no pudo permanecer mucho tiempo en la oscuridad: desde muy niña se habia dado á conocer por sus agudezas vivas é ingeniosas, que eran citadas y aplaudidas en las tertulias como otros tantos chistes: á los diez años habia ya leido con aprovechamiento á Montagne y á Charron, y poco despues aprendió el español y el italiano, que hablaba y comprendia con perfeccion.

Cuando empezó á concurrir á las sociedades estaba tan bien formado su talento y su caracter como si fuese su edad mucho mayor: su estatura era mas que regular, su talle bien proporcionado, y la admirable frescura de su tez prestaba nuevo realce á sus

gracias; su fisonomia no era sobresaliente, aunque bien considerada podia decirse sin recelo que la señorita de Lenclós era hermosa: sus ojos eran interesantes y espresivos, y á traves de la modestia que habian adquirido en la educacion, no dejaban de revelar el imperio que la ternura ejercia en su alma. Su voz era dulce y melodiosa: cantaba con mas gusto que perfeccion; pero en desquite tenia las mas brillantes disposiciones para el baile.

Se encontraba en su trato tanta afabilidad y dulzura, como sutileza y amenidad en su conversacion: sus cartas respiraban erudicion y facilidad. Referia muy bien, y se complacia en narrar, pero jamas citaba: tal era su antipatia con las citas, que un dia que el célebre Mignard se quejaba de que su hija, que era en estremo hermosa (1), carecia de memoria, "que dichoso sois, le contestó la señorita de Lenclós, con eso no citará."

---

(1) * Casó despues con el conde de Feucquieres. Su estátua de marmol se halla en la iglesia de los jacobinos de la calle de S. Honorato, y es una de las mas preciosas esculturas de Le Moyne.

Dedicaba muy poco tiempo al tocador, porque tenia otros muchos recursos para agradar; sin embargo vestia con elegancia; y como su gusto era sólido y delicado, sin necesidad de rendir á la moda el tributo de la esclavitud, sus trajes y adornos eran sencillos y oportunos. En fin, el alma mas hermosa unida al mas bello cuerpo la adquirieron á la vez el homenage de los hombres y la envidia de las mugeres (1).

Las tertulias parisienses de mas nombradia admitieron gustosas á la señorita de Lenclós, y fué muy pronto su mas precioso ornato y sus delicias. Su hermosura la adquirió amantes del mas elevado nacimiento; y su talento, su amable carácter y su capacidad, la proporcionaron amigos del mayor mérito. Cuanto mas voluble é inconstante era en amor, tanto mas firme y segura fué en la amistad, y puede sin escrúpu-

---

(1) No se crea que al hacer justicia á sus escelentes cualidades elogiamos su inclinacion á la galantería.

lo asegurarse, que si no tuvo las virtudes de su sexo, tampoco adoleció de muchos de sus defectos. Como habia leido mucho con aprovechamiento, la lectura habia formado su talento, purificado su gusto y rectificado su criterio; pero aunque sabia mucho, tuvo siempre un especial cuidado en ocultar su erudicion.

Algunos leves defectos obscurecieron tan bellas cualidades. Ninon era naturalmente envidiosa del mérito de las demas mugeres; y esta debilidad influia generalmente en los juicios que de ellas formaba; no podia sufrir á un hombre que tuviese las manos grandes ó que fuese abultado de vientre, y aunque tocaba divinamente el laud, se hacia rogar un buen espacio del que queria tener el gusto de escucharla.

El primero que pareció favorecido entre sus numerosos adoradores fué el jóven conde de Coligny. Le pintan de una arrogante figura, talla elegante y espíritu jovial; pero no fueron estas ventajas las que le adquirieron la preferencia que obtuvo entre sus rivales; tenia ademas el mérito suficien-

te para llegar á adquirirse la amistad de una muger como Ninon: por eso llegó á apasionarse de él en términos que tomó á su cargo hacerle abjurar los errores que oponian un obstáculo invencible á su fortuna y al ascenso en su carrera. Este amor fué escesivo, pero de duracion muy corta; porque la señorita de Lenclós jamás llegó á profesar á esta pasion, la veneracion y culto de los que quieren erigirla en virtud: todo su aprecio le reservaba para la amistad.

El Duque de la Rochefoucault, señor Saint Evremont, el abate de Chateauneuf, Moliere, y las personas del mas elevado mérito la profesaban un particular aprecio, y á tal estremo llegaban las deferencias que usaban con ella los mas encumbrados personages, que cuando el príncipe de Condé la hallaba en la calle, se bajaba de su carroza, y no desdeñaba en acercarse á hablar á Ninon á la portezuela de su coche. Este insigne guerrero se habia tambien alistado entre los amantes de la señorita de Lenclós, y sin duda sus talentos amatorios debian ceder en mucho á sus disposiciones militares,

porque un dia que se esforzaba para espresarla su pasion, dió lugar á que le contestase *¡Ay Príncipe mio, qué fuerte debeis ser!* haciendo alusion sin duda al proverbio latino: *Vir pilosus, aut libidinosus, aut fortis.* El aprecio que siempre la conservó la hace tanto honor, cuanto que el príncipe, segun asegura Madama de Sevigné, despreciaba generalmente á las mugeres.

La jóven Lenclós no se enamoró jamás por interés; solo su gusto era el que la decidia á amar. Noticioso el famoso cardenal de Richelieu de su talento y belleza, deseó verla, y comisionó para disponer esta entrevista al abate Bois-Robert, á quien solia emplear en este género de negociaciones. El deseo de ver de cerca á un hombre que atraia sobre sí la atencion de toda Europa, determinó á Ninon, mas que ningun otro motivo, y su entrevista tuvo efecto en la casa de campo que el cardenal tenia en Ruel; pero el único sentimiento que este personage logró inspirar en ella fué la admiracion: no la sedujo la esperanza del favor que lograría en la corte con solo aparentar amarle,

porque en ella ninguna consideracion podia suplir al amor.

Richelieu quiso vengarse de su rigor con la amiga de nuestra heroina, Marion de Lormes. Esta muger, que por su talento, su fisonomía y su inclinacion á los placeres se asemejaba en mucho á su amiga, habia sabido hacer disimulables sus flaquezas por las escelentes cualidades de su alma; y el cardenal encontró en ella los mismos obstáculos: decíase de él que sin embargo de reunir todos los talentos que constituyen un gran ministro, no poseia el arte de agradar á las mugeres. Se dirigió á la misma Ninon para ver de aplacar la dureza de su amiga, encargándola de ofrecerla á su nombre cincuenta mil escudos; pero la señorita de Lormes desechó la oferta por conservarse fiel al célebre Desbarreaux á quien entonces amaba.

Decíase que la reina Ana de Austria, regente del reino, escitada por los clamores de algunas mogigatas de la corte, envió orden á la señorita de Lenclós para que se retirase á un convento, dejando á su albedrio la eleccion del que hubiese de servirla

de asilo; y que ella contestó al esento de guardias, que agradecia en estremo el que la dejasen libre en elegir, y que en su consecuencia se determinaba pasar al convento de *Religiosos de S. Francisco el grande.* Pero puede asegurarse que la Señorita de Lenclós conocia demasiado sus deberes sociales para ir á mofarse tan á las claras de las disposiciones del gobierno.

El que mas tiempo logró conservarse en sus amores fue el Marqués de Villarceaux; es verdad que tambien reunia cuantas cualidades eran necesarias para agradarla, tanto por su presencia, como por su talento y por la igualdad de su carácter; aunque su aficion á las mugeres le hacia poco fiel y en estremo celoso, sin embargo Ninon vivió con él tres años consecutivos en sus estados. Una vida tan uniforme no convenia demasiado á los hábitos de uno y otro: acaso no la sostendria tanto el amor como el temor de volver á Paris á presenciar las desgracias que á la sazon afligian á su patria (1).

(1) Ocurrian por entonces las turbulencias de la minoria de Luis XIV.

La Señora de Villarceaux concibió contra ella unos celos tan enconados que tuvo con su esposo sérias desavenencias. Tenian un hijo, y un dia le hizo comparecer acompañado de su ayo, á que hiciese brillar su aplicacion á presencia de una concurrencia numerosa: rogó al maestro le hiciese algunas preguntas sobre las últimas lecciones que hubiese estudiado, y el buen hombre no pudo hallar otra mas á mano que esta: «*Quem habuit souccessorem Belus, Rex Assyriorum*? el muchacho contestó al momento: *Ninum.*» Al oir este nombre tan semejante al de Ninon se enfureció la Señora de Villarceaux y con la mayor acritud reconvino al preceptor diciéndole que era demasiado inoportuno el instruir al jóven de los estravios de su padre. En vano intentó justificarse, pues ninguna de sus respuestas bastó para disculparle de la pregunta que habia hecho, y de la cual habian juzgado por el sonido de la respuesta. Esta aventura circuló por todo Paris como la novedad del dia, y la misma Lenclós fué de las primeras que de ella se rieron.

Vivia entonces en la mas íntima amistad con la señora Scarron, quien fué su confidenta en los amores de Villarceaux; pero no tardó mucho en tener que arrepentirse de tener una amiga mas jóven, porque su confidenta se trocó en rival y la robó el corazon de su amante. Ninon lo sintió vivamente, pero la idea que se habia formado del amor y la escelencia de su carácter la volvieron á sus primeros sentimientos, y ella misma fué á su vez la confidenta de la señora de Scarron, y la rivalidad que en lo general suele destruir la amistad de las mugeres, no alteró en nada la que Lenclós y Scarron se profesaban; al contrario llegaron á identificarse en términos que pasaban muchos meses sin separarse ni aun de noche, sirviendo para las dos un mismo lecho.

Cuando la señora de Scarron llegó á la elevada grandeza en que despues se vió encumbrada, se complacia siempre en dar pruebas de sus recuerdos á su antigua compañera, y aun añaden que tomó por empeño el llevarla á la corte á que participase del favor de que ella disfrutaba; pero la

señorita de Lenclós prefirió el descanso y la libertad á tan lisonjeros ofrecimientos.

Poco tiempo tardó Ninon en consolarse de la infidelidad de Villarceaux: no se sabe á punto fijo si le dió por sucesor á Mr. de Gourville, hombre tan conocido por su talento como apreciable por las escelentes cualidades de su alma: lo cierto es que fué su amante en tiempo de las disensiones de la Foronda, y como se adhirió al partido del príncipe de Condé, se vió en la precision de alejarse de la corte, tomando préviamente las oportunas precauciones para poner á salvo su capital, que consistia la mayor parte en metálico. No sabiendo á quien confiarle, se decidió á depositar la mitad en la señorita de Lenclós, y el resto en manos de un célebre penitenciario conocido por la austeridad de sus costumbres. Terminadas las turbulencias que le habian precisado á espatriarse regresó á Paris y se dirigió á casa del sacerdote depositario de parte de sus bienes; pues con respecto á Ninon creyó desde luego que como muger de mundo no habria dejado de aprovecharse de su dinero.

Pero el buen eclesiástico, cuando le pidió la devolucion del depósito, contestó con la mayor frialdad. «En verdad que no sé de »qué dinero quereis hablarme; es cierto que »muchas veces nos entregan algunas canti»dades para el alivio de los pobres, pero »inmediatamente procedemos á su distribu»cion." El caballero de Gourville quiso insistir y entablar demanda, pero ni el temor de la justicia, ni sus quejas, ni sus amenazas produjeron ningun efecto, y aun no faltó quien murmurase de su temeridad; de suerte que la prudencia le precisó á abandonar tan malhadado negocio.

Semejante aventura le confirmó en sus sospechas acerca de Ninon, y tan persuadido estaba de que bajo diferentes pretestos le daria la misma respuesta, que ni aun quiso tomarse la molestia de pasar á visitarla. Sin embargo habiendo llegado ella á saber que Gourville estaba en la capital, le dirigió algunas quejas sobre la singularidad de su conducta, pero tomándolas él por una mofa no tuvo siquiera la atencion de contestar; ella insistió de suerte que no pudo menos

de pasar á verla. «No puedo perdonarme, le »dijo, mi estraño proceder para con vos, pe»ro, amigo mio, durante vuestra ausencia me »ha sucedido una desgracia, y espero tendreis »la generosidad de perdonármela.» Apenas oyó Gourville estas palabras no dudó ya que la *desgracia* hubiese recaido sobre su dinero: «He perdido, continuó Ninon, la pa»sion que os profesaba, pero no he perdido »la memoria: al tiempo de marchar me con»fiásteis veinte mil escudos, ahí los teneis en »la misma cajita en que me los entregás»teis; llevadlos, pero en adelante no me »considereis mas que como amiga.»

Sorprendido Gourville de tan inesperado proceder no pudo menos de referirla lo que la habia pasado con el penitenciario, y Ninon despues de haberle oido atentamente le contestó: «Amigo Gourville, no lo estra»ñeis; cada cual tiene su modo de proceder »y no admite comparacion el de un hombre »escrupuloso y concienzudo con el de una »débil muger, una coqueta.»

La señorita de Lenclós se apasionó con ternura del marqués de la Chatre, y este esta-

ba enamorado de ella con la mayor vehemencia; pero en lo más ardoroso de sus amores recibe una orden del gobierno para pasar al ejército inmediatamente: ¡qué golpe tan fatal para los dos amantes! En vano empleaba ella cuantos recursos podia sugerirla su ternura para tranquilizarse sobre su fidelidad durante la ausencia; conocia él demasiado su inconstancia y liviandad, y no podia calmar ni sus recelos ni su desconfianza: por fin la ocurrió ofrecerle un billete firmado de su mano por el cual se obligaba á no amar á ningun otro que á él, y logró satisfacerle con esta promesa: aceptó el billete, le besó con entusiasmo, y partió.

No pasó mucho tiempo sin que Ninon se entregase á nuevos amoríos: acordábase entonces de la singularidad del billete, y en los momentos en que su infidelidad era menos equívoca, solia esclamar en los brazos de su nuevo amante: *¡Pobre billete de la Chatre!*

El conde d' Estrées y el abate de Effiat fueron tambien apasionados suyos, pero se sucedieron tan inmediatamente en sus favores, que hicieron dudosa la paternidad de un hijo

que dió á luz, y sobre la cual contendieron algun tiempo, hasta que por último hubo de decidir la suerte; fue esta favorable al conde, quien poco despues fué elevado á la dignidad de mariscal de Francia y vice-almirante.

Este niño fué despues conocido bajo el nombre del Caballero de Boissière: su padre le dedicó á la marina, y en esta carrera se distinguió por su valor y capacidad, de forma que obtuvo rápidos ascensos: fué escesivamente aficionado á la música, aunque ninguna idea tuvo de ella. Fijó su residencia en Tolon y su gabinete favorito estaba adornado de toda clase de instrumentos del arte que formaba sus delicias. Todos los músicos italianos que transitaban por aquella capital se veian precisados á lucir su habilidad á presencia del caballero: solia obsequiarlos con esplendidez, pero era indispensable que pagasen el tributo debido á su mania: murió soltero en 1732.

Parecia que todos aquellos que poseian algun mérito debian á la señorita de Lenclós el homenage de su corazon. El conde de Fiesque, que era uno de los persona-

ges mas amables de la corte, la pagó con mas avidez que ninguno este tributo; ella tambien le correspondió con la pasion mas viva; pero ¿qué muger por amable que sea puede lisonjearse de inspirar un amor eterno? El del conde se debilitó, y no creyó justo disimulárselo á la que se le habia inspirado; sin embargo no se atrevió á declararse por sí mismo y tomó el partido de verificarlo por escrito.

Hallábase Ninon al tocador arreglando la hermosa madeja de sus cabellos, cuando recibió el fatal billete. Sorprendida por tan inesperada noticia, tomó las tijeras, y renunciando al placer de agradar á ninguno otro cortó toda una trenza, se la entregó al ayuda de cámara del conde y le dijo: "llevád»sela á vuestro amo, y decidle que esa es mi »contestacion." El conde supo apreciar en todo su valor este rasgo de cariño: se dirigió al punto á casa de Ninon y arrojándose á sus pies trató de hacerla olvidar el dolor que le habia ocasionado, y la juró de nuevo amarla mas que nunca.

Si la señorita de Lenclós hubiese obte-

nido solo el aprecio de los hombres, hubiera podido creerse que era debido al prestigio de su belleza; pero las mismas mugeres se apresuraban á ofrecerla su amistad. Cuando la Reina Cristina de Suecia pasó por Francia en el año de 1656, oyó hablar de Ninon al mariscal d' Albert, y algunos otros personages de distincion; movida por la curiosidad quiso verla, y le parecieron muy inferiores los elogios que de ella habia oido: se aficionó tanto á su trato que quiso llevarla consigo á Roma; pero Lenclós supo escusarse sin faltar al agradecimiento y á las consideraciones que á tan apreciable princesa eran debidos. Cristina apreció siempre la memoria de la Señorita á quien solia apellidar la *ilustre Ninon*; y no pudo nunca olvidar la calificacion que á su presencia hizo un dia de las mogigatas, á quienes llamaba las *jansenistas del amor*.

Ya habia pasado la primera juventud cuando el marqués de Sevigné se prendó de ella (1): sus amores sufrieron varias altera-

(1) Podria tener entonces 56 años.

ciones; se separaron y volvieron á reunirse diferentes veces. Madama de Sevigné refiere en sus cartas algunas de las desavenencias de estos amantes; sobre todo de la rivalidad de Ninon con la Champmellé, célebre actriz de aquellos tiempos: la primera queria que el marques la sacrificase las cartas de su rival, y aquel accedió. Era el ánimo de Ninon remitirlas al amante titular de la Champmellé, con intencion de que la diese, dice madama de Sevigné, algunos latigazos (1), pero la madre del marques hizo conocer á este lo poco digna que semejante conducta era de un hombre de distincion, y pasando el jóven á casa de Lenclós, medio por fuerza y medio por industria, logró sacarla las cartas de la cómica y las hizo quemar (2).

---

(1) Véase sus cartas, tomo 1.º

(2) Madama de Sevigné es el único escritor de su siglo que habla desventajosamente de Ninon; es verdad que tampoco guarda mayores consideraciones con otras personas dignas tambien de aprecio. «Vuestro hermano, dice en sus cartas, está en Saint Germain, entre Ninon y una cómica, y sobre todos Despreaux.»

«Hay ademas, dice en otro lugar, una comi-

Se refiere que cuando se separó del Marques de Sevigné conservó de él una idea poco ventajosa, y en lo sucesivo no le guardaba grandes consideraciones; solia decir que era un hombre indefinible, un alma de cántaro, un cuerpo de papel mojado; pero es facil de presumir que Ninon solo hablaba de este modo cuando estaba reñida con él; porque el marques probó su talento en la disputa literaria que sostuvo con Mr. Daccier. Los chistes y la delicada ironia que brillan en sus contestaciones revelan en él mayor discernimiento que el que Ninon le concede.

---

quilla, y todos los Despreaux y los Racines; y él *paga las comidas.*» Esta última advertencia favorece la opinion de los que aseguran que Madama de Sevigné era algo mas que económica.

Sin embargo, posteriormente esta muger célebre llegó á hacer justicia á la señorita de Lenclós: En una carta dirigida á Mr. de Coulanges le dice: «Corbinelli me refiere prodigios de la escogida so»ciedad que encuentra en casa de Ninon; por lo »tanto, diga lo que quiera madama de Coulanges, en »sus ultimos años reune todo lo mas escogido de »caballeros y señoras.»

Las ideas que esta tenia en cuanto á religion no eran demasiado ortodoxas. Disputaba un dia con el P. Dorléans sobre cierto artículo de fé que no la parecia muy claro: "Señora, dijo el jesuita, hasta tanto que »llegueis á convenceros, ofreced siempre á »Dios vuestra incredulidad." Este dicho dió ocasion á un epígrama de Rousseau. Pero no permaneció demasiado tenaz en sus principios, porque á lo mejor de su carrera se retiró á la soledad de un claustro (1).

El caballero de St. Evremont que conocia mejor que ningun otro el corazon de Ninon fue el que mas contribuyó á hacerla abandonar tan violento partido, y renunciar un género de vida tan opuesto á su caracter

---

(1) Por una composicion de Scarron pudiera colegirse que su enclaustracion fuera motivada por las instancias que su madre la hiciera en el artículo de la muerte; pero es inexacto, pues cuando sufrió aquella pérdida solo tenia quince años, y ni su conducta pasada podia haber ocasionado tan ejemplar arrepentimiento, ni conocia aun á los amigos que emplearon sus instancias en hacerla variar de resolucion.

y tan contrario á la felicidad de sus amigos: y despues de algun tiempo de retiro volvió á la sociedad y continuó observando la misma conducta que antes.

Las mugeres de la primera distincion no desdeñaron su amistad; porque siempre tuvo la delicadeza de hacer conciliable el disfrute de los placeres, con la esterioridad del recato. La Marquesa de... fue un dia á su casa acompañada de sus dos hijas á quienes acababa de sacar de un convento, con objeto de presentárselas para darlas á conocer una persona de tan distinguido mérito. Pero Ninon salió á recibirlas á la escalera, las abrazó amistosamente y dijo á su madre: "Me »permitireis, señora, que no admita en mi »casa estas señoritas. Son hermosas y ricas, »pueden aspirar á los partidos mas brillan»tes, y seria de temer que su venida aqui »llegase á perjudicarlas."

El conde de Choisseul, que llegó á ser mariscal de Francia, fue uno de sus amantes si bien no logró infundir en ella otros sentimientos que los del aprecio. «Es un digno caballero, decia de él, pero no es capaz de ins-

pirar deseos de amarle.» Era entonces su favorecido el célebre bailarin Pecaurt, y las visitas de este llegaron á infundir sospechas en Choisseul: un dia se encontraron los dos en casa de Ninon; Pecourt llevaba un traje equívoco bastante parecido á un uniforme. Despues de haberse cambiado varios insultos solapados, el conde le preguntó en tono burlon en qué cuerpo servia, y Pecourt le contestó risueño: "Mando en un cuerpo en que servis hace algun tiempo."

Esta respuesta confirmó los recelos del conde, se irritó, se enfureció, y quedó mas aficionado que nunca á la hermosa Ninon, la cual estaba cansada de su asiduidad; porque entre mil escelentes cualidades tenia el conde la desgracia de fastidiarla, y esto no lo perdonaba con facilidad. Llevada un dia de un movimiento de impaciencia no pudo menos de decir de él lo que Corneille de César.

«¡Cielos qué de virtudes me haceis aborrecer!»

Mas dichoso fue en sus amores con Ninon el Marques de Gersai: tuvieron por

fruto un hijo que hizo educar bajo el nombre del caballero Villiers, y al cual cuidó siempre de ocultar el secreto de su nacimiento. Luego que el caballero se halló en edad para ser presentado en el mundo, fue introducido en casa de Ninon, donde se le admitió como á todos los jóvenes de la mas elevada nobleza, que concurrian á ella á aleccionarse en el gran tono y perfeccionar su educacion y sus modales. Lenclós tenia á la sazon cumplidos sesenta años; pero su edad no estorbó que el caballero se prendase de ella: ocultó su pasion por mucho tiempo, mas al cabo su amor llegó á adquirir tal vehemencia que no pudo permanecer secreto por mas tiempo. Diole á conocer primero por el mudo lenguage de las atenciones, de los obsequios, y del entusiasmo. Ninon era demasiado ilustrada para que dejase de conocer el estado de su hijo, y su cariño era bastante escesivo para causarla la mayor afliccion; asi es que hizo por curarle cuantos esfuerzos pudieron dictarla la razon y la ternura maternal. Pero esta resistencia solo servia para irritar los deseos del caballero: por fin se vió

obligada á decirle que si insistia en su solicitud le prohibiria la entrada en su casa. El temor le hizo prometer que cesaria de amarla, y este juramento dictado por el amor fue religiosamente cumplido hasta que el mismo amor le precisó á romperle. Quiso por último tener con ella una esplicacion, porque su pasion escesiva no le permitia permanecer mas tiempo en la incertidumbre, y le pareció oportuna la ocasion en que Ninon pasaba una temporada en su casa de campo. Fue á visitarla, la halló sola y la habló como hombre desesperado. Lenclós enternecida por la compasion, y penetrada de dolor por ser la causa de la desgracia de su hijo, no pudo aparentar en aquella ocasion la firmeza de carácter que hasta entonces habia manifestado; el jóven Villiers creyó cercano el momento de su felicidad, y de las palabras pasó á las obras. Un movimiento de horror hizo retroceder á Ninon, y por último se vió obligada á declararle que era su madre. Es imposible describir la situacion de madre é hijo despues de tan terrible declaracion... El caballero salió precipitado de la estancia; se

ocultó en el bosque que estaba al estremo del jardin, y alli cediendo á un movimiento de desesperacion se atravesó con su espada.

Al advertir Ninon que su hijo no se presentaba mandó que le buscasen y le hallaron revolcándose en su sangre. ¡Qué espectáculo para una madre sensible y cariñosa! Quiso dirigirla algunas palabras que no pudo articular, y las miradas que sobre ella lanzaba antes de espirar, demostraban bien á las claras la vehemencia de su pasion; pero la agitacion que le causaron los cuidados y la asistencia de su madre solo sirvieron para acelerar su último suspiro. La razon y la filosofia perdieron entonces el imperio que siempre ejercieran en el espíritu de aquella madre desventurada, y fue necesaria toda la eficacia y discrecion de sus amigos para salvarla de su propia desesperacion..... Este suceso hizo en su alma una impresion profunda, y desde entonces puede asegurarse que á *Ninon* liviana y disipada, sucedió la *señorita de Lenclós* apreciable, sólida y afectuosa; y efectivamente desde aquella época hasta su muerte solo la daban este último nombre.

Pero esa especie de reforma en sus costumbres no alteró en nada absolutamente su inclinacion al amor; si bien sus galanterías fueron menos frecuentes y conducidas con mas tino y prudencia. El poeta de la buena sociedad, el célebre abate de Chaulieu suspiró por ella, y á pesar de las chanzonetas que la duquesa de B... hacia sobre su falta de recursos amatorios, hay motivos para presumir que no suspiró en vano.

Chapelle, tan conocido por la obra maestra llena de chistes titulada *Su Viage con Bachaumont*, no fue con ella tan dichoso, y se vengó por una composicion poética que hace muy poco honor á su corazon y á su talento.

El Gran Prior de Vendoma tan mal tratado como Chapelle, imitó su venganza dejando sobre el tocador de Ninon esta cuarteta:

Indigne de mes feux, indigne de mes larmes,
Je renonce sans peine a tes faibles appas:
Mon amour te pretait des charmes
Ingrate que tu n' avais pas.

Ninon contestó á estos versos por un juguete que hizo sobre los mismos finales:

Insensible à tes feux, insensible à tes larmes,
Je te vois renoncer á mes faibles appas;
Mais si l'amour prete des charmes,
Pourquoi n'en empruntais-tu pas?

La señorita de Lenclós tuvo una enfermedad, que hizo temer á sus amigos la desgracia de perderla. El abate Regnier Desmarets hizo una composicion á su convalecencia: Scarron, St. Evremon y otros autores se apresuraron á celebrarla, y en sus obras pueden leerse una multitud de composiciones formadas en elogio suyo.

Moliere no dejaba de consultarla sus comedias, y cuando la leyó el Tartufe (1) le refirió Ninon una aventura que la habia sucedido con un pícaro de igual calaña; pero supo delinear á su impostor con tal fuerza y verdad, presentó su caracter bajo un colorido tan vivo y luminoso, y tan cómico al mismo tiempo, que Moliere al despedirse no pudo menos de confesar que si su obra no estuviese concluida hubiera desistido de ella,

(1) Traducido al Español bajo el titulo de *El Hipócrita.*

por lo difícil que creia llegar á los rasgos enérgicos con que su amiga habia caracterizado el retrato que acababa de bosquejar.

Algunos autores daban tal importancia al voto de Ninon que hacian cualquier sacrificio por obtenerle. Mr. de Toureille, de la Academia francesa, no pudo conseguirle para su traduccion de Demóstenes y se vengó haciendo contra ella el epígrama siguiente.

Si de Ninon la crítica procuras
para un discurso henchido de latín,
tachará tus aciertos de locuras:
déjate de retóricas figuras,
dala solo figuras de Aretin (1).

En una ocasion se la antojó á la señorita de Lenclós esperimentar en uno de sus amantes hasta qué estremo puede llegar la debilidad de un hombre enamorado para con

---

(1) Pedro Aretino, escritor del siglo XVI, se hizo célebre por una obra que publicó adornada con una multitud de láminas ofensivas á la moral, que grabadas por Marco Antonio de Bolonia, bajo los dibujos de Julio Romano ocasionaron á este insigne discípulo de Rafael una horrorosa persecucion; en consecuencia de la cual estuvo privado de la libertad por algun tiempo. (*N. del T.*)

una muger capaz de abusar de ella. Eligió al efecto uno de los hombres mas distinguidos por su nacimiento y sus riquezas, y en uno de aquellos momentos de entusiasmo que sabia inspirar exigió de él una obligacion de casamiento con un dote de diez y seis mil duros: se la dió en efecto, y la hubiera asignado una cantidad mas considerable si Ninon lo hubiese indicado.

Poco tiempo despues advirtió aquel sugeto, estando en el tocador de su amada, que esta llevaba su firma en una papillota que acababa de servirla; toma asombrado el papel, le desdobla, y ve en él un fragmento de la obligacion consabida. «Eso debe daros á co» nocer, le dijo Ninon, el caso que yo hago de » las promesas de jóvenes atolondrados como » vos, y lo comprometido que estariais si hu» biéseis dado con una muger capaz de apro» vecharse de vuestras locuras!"

Uno de los últimos amantes de la Señorita de Lenclós fue el baron de Banier (1),

(1) Murió en Londres en 1686 á resultas de un desafio con el principe Felipe de Saboya.

hijo de un general sueco y pariente de los reyes de Suecia: tenia entonces cerca de 70 años. Pero lo mas estraño fue la pasion que á la edad de cerca de 80 años inspiró al abate Gedouin, ex-jesuita. El primer sentimiento que esperimentó fue la admiracion, pero de aqui pasó al amor insensiblemente, y llegó á apasionarse en términos que hizo renacer en Ninon los restos de aquella aficion dominante que habia tenido á la sensualidad; pero resolvió sin embargo contenerse durante cierto término, y prometió á su amante que accederia á sus instancias para un dia determinado: en vano trató de exigir esplicaciones sobre tan singular conducta, fue preciso armarse de paciencia y esperar á que cumpliese el plazo para exigir lo prometido: y en efecto Ninon fue muger de palabra. Entonces la rogó le esplicase por que habia diferido tanto tiempo su felicidad: «Dispensad» me le contestó este rasgo de vanidad. Cuan» do empezásteis á amarme solo tenia 79 » años y algunos meses, he querido que se » diga que Ninon tenia aun quien la amase á » la edad de 80 años cumplidos, y hasta ayer

» no podia realizarse." Por eso el abate de Chaulieu decia con justicia que el amor se habia refugiado en las arrugas de su frente. El abate Gedouin fue pues su ultima pasion, que vino muy luego á reducirse á una fina amistad.

Aunque de dia en dia iba debilitándose la salud de la señorita de Lenclós, no por eso dejaba de ser concurrida su casa por las personas mas distinguidas de su tiempo. "La » casa de Ninon, decia un autor moderno, era » el punto de reunion de cuantas personas » ilustres tiene la corte y la ciudad: las ma- » dres mas virtuosas solicitaban para sus hijos » el honor de ser admitidos en una sociedad » que se consideraba como el centro de la » mas brillante concurrencia. El abate Ge- » douin obtuvo en ella un general aprecio, y » adquirió amigos que se interesaron en su » reputacion y en su fortuna."

Tambien fue admitido en ella Fontanelle, conocido ya ventajosamente en la república de las letras por composiciones que revelaban un superior ingenio.

Voltaire fue tambien presentado á la

señorita de Lenclós siendo todavia niño, le examinó con atencion, y lo que forma el elogio de su discernimiento es que parece haber conocido desde luego lo que llegaria á ser, porque no solo le distinguió con su amistad y pronosticó su elevado ingenio, sino que le legó una suma para que adquiriese libros.

Lenclós, soportaba con una admirable paciencia su delicada salud, y en sus últimos dias concurria á la parroquia con la frecuencia que la permitian sus escasas fuerzas: hizo confesion general y recibió los santos sacramentos con todas las demostraciones de una verdadera piedad. La proximidad de la muerte no alteró en nada la serenidad de su alma, y supo conservar hasta el último momento la libertad y los adornos de su espíritu. "Si hubiéramos de creer, decia algunas » veces, como la señora de Cheuvreuse que los » que mueren van á conversar al otro mun» do con todos sus amigos, seria muy agra» dable la idea de la muerte.» Dicen tambien que pocos momentos antes de espirar no pudiendo conciliar el sueño compuso esta quintilla.

Huye, esperanza fugaz y pasagera:
no mi valor pretendas atenuar;
veo llegarse mi hora postrimera:
en mi edad ¡ay! la muerte no es severa:
¿qué de la vida puedo ya esperar?

La señorita de Lenclós murió á la edad de 90 años el 17 de Octubre de 1705. Puede considerarse el dolor que su pérdida causó á todos sus amigos. Cuantas personas tuvieron el gusto de tratarla hablan de ella en sus obras con entusiasmo y admiracion.

El marques de Lafare, célebre por sus poesias, habló de ella en estos términos. "No »conocí á la señorita de Lenclós en su edad »juvenil, pero á los 50 años, y aun á los 70, »tenia amantes que la idolatraban, y las per»sonas mas distinguidas de Francia se hon»raban con su amistad. No he visto muger »mas distinguida y respetable, ni mas dig»na de ser llorada. Reunia en su tertulia »los mas ilustrados de París, atraidos por »su amena conversacion; y su casa era tal vez »aun en sus ultimos años, la única donde se »hacia uso de los dotes del ingenio, y en la »que se pasaba el tiempo sin juego y sin

» fastidio. Finalmente hasta la edad de 87 » años fué considerada su casa por la socie- » dad mas selecta, y puede asegurarse que » Ninon, dotada de un talento festivo y agra- » dable, y que solo á las gracias ha ofreci- » do sacrificios, supo conservar una imagi- » nacion viva y brillante y un agradable cri- » terio."

Los nombres de sus principales amigos bastan por sí solos á formar su elogio. Los personages de la mas elevada alcurnia y del mérito mas distinguido, se honraban contándose en el número de los que Lenclós queria admitir en su amistad.

No ha faltado quien invente fábulas con objeto de adornar su historia: ha habido quien asegure que á la edad de 18 años se la apareció un noctámbulo, un negrillo, un duende ó cosa semejante y la predijo cuanto debia sucederla.

Ninon se habia formado principios que dan á conocer la solidez y exactitud de su discernimiento. "Qué dignas de compasion son las » mugeres, solia decir; su propio secso es » su enemigo mas terrible; el marido las ti-

»raniza, el amante las desprecia y las des-
»honra; siempre observadas sus acciones, con-
»trariados sus deseos; encadenadas por el te-
»mor, y la preocupacion; sin apoyo, sin so-
»corros, tienen mil adoradores, y no tienen
»ni un solo amigo: y ¿hemos de estrañar que
»sean caprichosas, disimuladas y de áspero
»genial?» Por eso decia que luego que se habia hallado en estado de raciocinar habia examinado cual de los dos sexos representaba un papel mas conveniente, y persuadida de que la suerte habia sido poco favorable á las mugeres resolvió hacerse hombre.

Segun ella la belleza sin gracia era un anzuelo sin cebo. Decia que ninguna muger sensata debia admitir amante sin el asenso de su corazon, ni sin el exámen y consentimiento de su razon debia admitir marido. Solia repetir muchas veces que se requiere mas talento para enamorar como es debido que para mandar un ejército, y conforme á esta máxima solia recomendar á las mugeres que procurasen cultivar su talento y robustecer su espíritu. Un compromiso de amor es un drama en el cual los actos son

muy cortos y demasiado largos los entreactos; para llenar este vacio es necesario echar mano de los recursos del espíritu.

Solia decir á sus amigas que debia hacerse provision de víveres pero no de placeres, pues de estos no debian tomarse mas que para el momento presente, olvidando cada dia el anterior y apreciar tanto un cuerpo desgastado como un cuerpo lozano y agradable; que era digno de lástima el que para arreglar su conducta necesitaba llamar á la religion en su ausilio; pues daba á conocer un espíritu limitado y un corazon corrompido.

Un dia que la felicitaban por la estimacion que hacian de ella los mas nobles personages, contestó: "Los grandes se glo» rian del mérito de sus antepasados porque » no tienen otro; los ingenios superficiales en» salzan su propio mérito porque le creen » superior á todo, pero á los verdaderos sá» bios nada les envanece." A veces solia considerar como cosas vanas y ridículas el escudo de Aquiles, el baston del consejero y el báculo del obispo.

Tampoco la faltaron á la señorita de

Lenclós remordimientos sobre los errores de su primera juventud; *así* lo dá á conocer en una carta escrita al caballero de St. Evremont: dice *así*. "Todos me dicen que tengo »menos motivos que nadie para quejarme »del tiempo; de cualquier modo que sea, si »me hubiesen propuesto una vida tal como »la que he tenido, me hubiera ahorcado yo »misma."

Todas las noches daba gracias á Dios por el talento de que la habia dotado y por las mañanas le suplicaba la preservase de las debilidades de su corazon. "Si yo hubiese »asistido al consejo del criador, decia muchas »veces, cuando formó la criatura humana »le hubiera aconsejado que pusiese las arru»gas debajo de los talones."

No era para ella el amor un objeto respetable, pero veneraba en estremo la amistad, y solia decir á sus amantes que los mas temibles rivales que tenian eran sus amigos. Pero aunque no juzgaba al amor muy ventajosamente no por eso dejaba de decir que no hay cosa mas variada en el mundo que los placeres que nos proporciona, aunque en

el fondo sean siempre los mismos. "Los poe-
» tas son unos majaderos en haber dado al
» hijo de Venus la antorcha, el arco y el ca-
» cax; porque el poder de ese dios solo re-
» side en la venda: mientras se ama no se re-
» flexiona, y en reflexionando se acabó el
» amor." Muchas de estas máximas se hallan esparcidas en las cartas que verán nuestros lectores.

Las desgracias que los amigos de la señorita de Lenclós esperimentaban solo servian para aumentar el afecto que los profesaba; siempre manifestó el celo mas asiduo en socorrerlos con sus consejos, con su crédito y con su bolsillo. St. Evremont hubo de disfrutar de aquella benevolencia en la época de su destierro: Ninon puso en juego todos sus recursos, todo su favor y el de sus amigos para obtener el perdon del ilustre proscripto; pero sus esfuerzos fueron inútiles hasta una época en que avanzado ya en edad rehusó disfrutar de la gracia que aquela habia alcanzado; prefiriendo vivir, decia él mismo, entre personas ya acostumbradas á sus manias.

Una de las mas inviolables máximas de Ninon fue no recibir cosa alguna de sus amantes, ni aun de sus amigos. Cuando la vejez y su quebrantada salud aumentaron sus necesidades, La Rochefoucault y otros muchos amigos la enviaron regalos y socorros de consideracion; pero los rehusó constantemente. Finalmente si Ninon de Lenclós hubiese nacido hombre no hubiera podido negársele el titulo del mas honrado y galante de su siglo. El caballero de St. Evremont caracterizó su alma admirable en esta cuarteta.

La previsora y prodiga natura,
para adornar el alma de Ninon,
quiso tomar de Venus la ternura
y la virtud severa de Caton.

SUCINTA NOTICIA

DE LOS PERSONAGES MAS PRINCIPALES

DE QUIENES SE HACE REFERENCIA

EN LA VIDA DE NINON DE LENCLÓS.

ALBERT (Cesar Febo de), conde de Moissens, mariscal de Francia; murió de 63 años en 1676.

CHAMPMELÉ, célebre cómica francesa, rival en los amores de Ninon con el marqués de Sevigné, murió en 1698.

CHAPPELLE (Claudio Manuel), célebre poeta francés: murió en París en 1686.

CHARRON (Pedro), chantre y teólogo de Condon; nació en Paris en 1541. Entre las obras que escribió la que le proporcionó mas justa celebridad fue *La sabiduría* (La Sagesse). Murió en Paris en 1603.

CHAULIEU (Guillermo Anfriso), abate de Aumale, poeta de mucho gusto, discípulo de Chappelle y amigo íntimo del duque de Vandoma: murió en 1720 á la edad de 81 años:

sus poesias se imprimieron juntas con las del marques de Lafare.

Choisseul (Cesar), duque, par y mariscal de Francia, de gran reputacion militar.

Coligny (Conde de). Fue el último de la casa de este nombre; murió en la batalla de Charenton en febrero de 1649, á la edad de 38 años, con su primo el duque de Chatillon, hermano de la célebre condesa de Suze.

Condé (Luis de Borbon, duque de Engien, príncipe de), célebre militar del reinado de Luis XIV, murió de 65 años en 1686.

Coulanges, magistrado y poeta, autor de muchas canciones populares.

Delormes (Maria): esta cortesana francesa cuya biografia nos ha parecido digna de la atencion de nuestros lectores, nació de 1612 á 1615 de una familia regular de Chalons en Champaña; fue amada de muchos, y entre otros de Enrique de Effiat y del cardenal Richelieu: con motivo de las reuniones que los descontentos tenian en su casa se decretó su prision; pero supo evitar el encierro en la Bastilla fingiéndose muerta, y

temiendo la humorada de ver pasar su entierro y contemplar las lágrimas de sus desconsolados amantes. Pasó á Londres donde casó con un lord y por muerte de este volvió á Francia: la robaron en el camino todas sus riquezas; pero el capitan de los bandoleros se enamoró de ella y se casaron: tardó poco en enviudar; volvió á Paris y se estableció en el arrabal de S. German mediante la seguridad de una renta vitalicia. Un dia tuvo la curiosidad de ir á Versalles, y viendo alli á su amiga Ninon corrió á abrazarla, pero la señorita de Lenclós, sin duda por su mucha edad, la desconoció. De resultas enfermó Delormes y sus criados la abandonaron en la cama robándola cuanto tenia: asi estuvo 24 horas hasta que un vecino movido á compasion é informado de que ninguna persona podia interesarse por la desventurada enferma, á no ser Ninon, pasó á casa de esta, pero se halló con la triste novedad de que habia fallecido pocas horas antes. Esta noticia fue el último golpe que atacó la existencia de Delormes, la cual falleció pocos momentos despues.

El autor de las memorias de la vida del conde de Gramont hace un curioso parangon entre Ninon de Lenclós y Marion Delormes, sumamente favorable á la primera.

Desbarreaus (Santiago Valles), consejero del Parlamento de Paris, cuyo cargo renunció para entregarse al libertinage: murió arrepentido de sus desvarios á los 70 años de edad en el de 1672.

Estrées (el conde de) fue mariscal de Francia: murió de 83 años en 1707.

Fontanelle (Bernardo le Bovier) nació en Ruan en 1657 y murió en París en 1757. Entre otras obras críticas que escribió se cuenta la titulada Pluralidad de los Mundos.

Gedouin (Nicolas) fue jesuita durante 10 años, despues abad de N. S. de Baugenci, y canónigo de la santa capilla: nació en 1667 y murió en 1744: perteneció á la Academia francesa.

Gersey (Marqués de) fue capitan de guardias de Corps en 1649: sus amores con Ninon tuvieron lugar en 1650.

Gourville, ayuda de cámara del Du-

que de la Rochefoucault, llegó á ser confidente de este y del gran Condé. Mientras en París se le ahorcaba en estátua, le enviaba el Rey á Alemania á negocios del mayor interés: poco despues sucedió á Colbert en el ministerio.

Lafare (Carlos Augusto, marques de), poeta, capitan de guardias de Corps del Regente: fue íntimo amigo de Rousseau, escritor de varias obras y reflexiones sobre el reinado de Luis XIV: nació en 1644 y murió en 1712.

La Rochefoucault. Esta casa ha producido muchos varones ilustres, pero el amigo de Ninon fue el príncipe de Marsillac, militar valiente y escritor recomendable, como lo prueban sus célebres Máximas de Estado y las Memorias de la regencia de la reina Ana.

Mignard. Hubo de este nombre dos hermanos célebres pintores; Pedro, apellidado el Romano por su larga permanencia en Roma, y Nicolas: ambos fueron muy distinguidos por los reyes de Francia: el último casó en Avignon, y es de creer que fuese de una hija de este de quien dijo Ninon que tan-

to mejor si no tenia memoria, con eso no citaria.

Moliere (Juan Bautista Poequelin de), poeta dramático conocido por todos los amantes de las letras. Nació en París en 1620 y murió en la misma capital en 1673 en la cuarta representacion de su célebre comedia *El enfermo imaginario*, que por tan funesto accidente no pudo terminarse.

Montaigne (Miguel), célebre escritor del siglo XVI y de un talento tan precoz que á los 6 años ya sabia el latin, poco despues el griego, y á los 13 concluyó sus estudios bajo la direccion de su buen padre, escudero de Montagú. Sus *Ensayos* abundan en sentimientos bastante libres, nacidos del fiel conocimiento del corazon humano. El cardenal Perron llamaba esta obra el Breviario de las gentes honradas. Murió Montaigne de 60 años en 1592.

Regnier des Marets, secretario perpétuo de la Academia francesa y uno de los mejores escritores del reinado de Luis XIV, murió en Paris á los 81 años de edad en 1713. Segun se dice su muerte fué oca-

sionada por un atracon de melon en casa del cardenal d' Estrées.

Retz (Juan Francisco Pablo de Gondi, doctor de la Sorbona, cardenal de) fue hombre de talento, muy astuto é intrigante: el haber tomado parte en las turbulencias de París produjo su arresto en 1652; pero posteriormente mejoró de caracter y de conducta, se granjeó el aprecio del pueblo, y viviendo como simple particular pagó mas de cuatro millones, importe de las deudas que habia contraido cuando vivia en la opulencia. Murió á los 66 años en 1679.

Richelieu, cardenal francés, primer ministro en el reinado de Luis XIII, y uno de los hombres de estado mas traviesos y emprendores de su tiempo. Su vida privada no fue la mas acomodada á su alta dignidad; pero la gran parte que tuvo en los sucesos mas notables de aquella época hizo olvidar sus debilidades y legó á la posteridad un nombre respetable.

Saint Evremont (Carlos de San Dionis), escelente escritor y militar valiente: fue alternativamente favorecido y perseguido por

la corte de Francia. El cardenal Mazarino le tuvo preso en la Bastilla por tres meses y por último murió refugiado en Inglaterra á los 90 años de edad en 1703.

Sevigné (Maria de Rabutin, marquesa de) célebre por su talento y por el amor á sus hijos el marqués del mismo título á quien Ninon dirigió esta correspondencia, y la condesa de Grignan, es autora de pensamientos ingeniosos, anécdotas literarias, históricas y morales y de varias cartas muy curiosas.

Sevigné (Carlos, marqués de) fue teniente de gendarmes delfineses; nació en 1646 y murió en 1713. La polémica que sostuvo con la Sra. Ana Dacier sobre la verdadera inteligencia de un pasage en la traduccion de las obras de Homero, le adquirió fama de literato.

Scarron (Pablo), poeta francés de humor festivo y varia fortuna: tuvo la de casar con la célebre madama de Mainteignon estando él baldado y pobre, y siendo ella una jóven de 16 años. Muerto Scarron en 1650, mejoró tanto de suerte su viuda que llegó á ser favo-

rita de Luis XIV con preferencia á madama de Montespan.

VILLARCEAUX (Luis de Mornay, marqués de), fue capitan de gendarmes del duque de Orleans; nació en 1619 y murió en 1691.

CARTAS
DE NINON DE LENCLÓS
AL MARQUES DE SÉVIGNÉ.

CARTA PRIMERA.

¡Yo, marqués, encargarme de vuestra educacion, guiaros en la carrera que vais á comenzar...! Eso es demasiado exigir de mi amistad. Bien sabeis, que apenas una muger que ya pasó de su primera juventud, toma algun interés particular por un jóven, empiezan las hablillas y las chanzonetas; dicen que trata de iniciarle en los misterios del amor, de introducirle amaestrado en el gran mundo; y ¡con qué malignidad no sazonarian esta espresion! ¿Seria, pues, prudente el esponerme á la aplicacion que de ella me pudieran hacer? Lo único que haré en obsequio vuestro será constituirme en confidente de vuestros amores; comunicadme las si-

tuaciones en que os halleis con las mugeres, y yo procuraré ayudaros á conocer su corazon y el vuestro.

Pero la complacencia que entreveo en este negocio no me impide conocer las dificultades de la empresa que voy á acometer. El corazon humano, que será el objeto de mis cartas, encierra elementos tan opuestos que cualquiera que de él hable no puede menos de incurrir en estrañas contradicciones; se cree tenerle asido con la mano y solo se posee una sombra. Es un verdadero camaleon que observado por lados diferentes se presenta bajo distintos colores, que no dejan de reflejar en el mismo sugeto que le observa: esperad pues leer infinitas singularidades. Por lo demas yo os propondré mis ideas; acaso no os parecerán tan seguras como estraordinarias, pero solo á vos toca el apreciarlas.

Sin embargo me queda un escozor: ¿podré ser siempre sincera sin esponerme á murmurar algunas veces de mi sexo? Pero supuesto que quereis saber mi opinion sobre el amor y sobre las que le inspiran, y que yo me hallo con ánimo bastante para habla-

ros con franqueza; cada vez que en el camino que me he propuesto seguir encuentre una verdad, la diré sin rebozo y sin detenerme á examinar á cual de los dos sexos desagrada: ya podreis presumir que tampoco los hombres se verán exentos de censura.

Mas antes de entrar en materia, decidme, en la correspondencia que vamos á entablar ¿no tendré nada que temer por mi tranquilidad? Es tan travieso el amor!... No pudiera suceder que tomase parte á escondidas en nuestro proyecto? Examinaré mi corazon.... no: está ocupado por distinto objeto, y los sentimientos que inspirais en él se asemejan menos al amor que á la amistad. Y poniéndonos en lo peor, si algun dia se le antojase dirigirse á vos, ya veriamos de salir de este mal paso lo mejor parados que fuese posible...

¿Con que vamos á empezar un curso de moral?.. Sí, señor, de moral; pero no os asuste esta palabra: trataremos solo de galantería, que harto conocida es su influencia sobre las costumbres para que no merezca un estudio particular. ¿Hay acaso pasion que

mas generalmente se padezca que el amor? El es el principal resorte de todas nuestras acciones: forma ó modifica los caracteres; hace la fortuna ó la desgracia de nuestra vida y nos determina al bien ó al mal: por consiguiente nada habria mas útil que llegar á conocerle; ¿pero seré yo capaz de daros de él ideas bastante exactas?.... no me atrevo á asegurarlo. Lo único que puedo prometeros es mis buenos deseos y mi sincera voluntad. Una cosa temo, y es que hablándoos siempre en tono magistral acaso llegaré á cansaros, porque cuando me pongo soy una ergotista desapiadada; y si mi corazon hubiese sido diferente de lo que es hubiera hecho el filósofo mas completo que han conocido los siglos. A Dios: cuando gusteis empezaremos nuestras lecciones.

Hoy ceno en casa de Rochefoucault con madama de la Sabliere y Lafontaine: ¿no tendremos el gusto de veros?

CARTA II.

Sí, señor, cumpliré mi palabra, y en todas ocasiones seré sincera aunque sea contra mí misma. Tengo mas resolucion de la que creeis, y acaso en la série de nuestra correspondencia tendreis ocasion de conocer que á veces llevo esta virtud hasta el estremo de la severidad. Pero acordaos entonces que solo soy muger en la apariencia, y que soy hombre en el corazon y en el espíritu. Como trato de ilustrarme á mí misma antes de comunicaros mis ideas, es mi intencion proponerlas al escelente sugeto en cuya casa cenamos anoche. Convengo en que tiene formada una opinion muy poco favorable á la pobre humanidad: que tanto cree en las virtudes como en los espíritus foletos. Pero esta severidad mitigada por mi indulgencia hácia las debilidades humanas, creo os suministrará la especie y la dosis de filosofia que se necesita para el trato con las mugeres. Volvamos á vuestra carta.

Asegurais en ella que nada que os agrada encontrais en la sociedad: que el fastidio, el disgusto, la desazon, os siguen por todas partes; que buscais la soledad y al momento os cansais de ella: que en una palabra no sabeis á qué atribuir la inquietud que os atormenta. Voy á sacaros de dudas ya que es deber mio deciros mi opinion sobre todo lo que pueda interesaros, aunque no sé si me dirijireis preguntas cuya solucion me sea tan dificil como sin duda os ha sido el proponerlas.

El disgusto de que os quejais no tiene otro motivo que el vacio en que se halla vuestro corazon. Ese corazon no tiene amor, aunque esta formado para esperimentarle. Esperimentais precisamente lo que se llama necesidad de amar. Sí, marques: la naturaleza os ha dotado de una porcion de sentimientos cuya actividad debe ejercitarse sobre algun objeto: os hallais en la edad mas á proposito para las agitaciones del amor; mientras no os ocupe ese sentimiento os faltará siempre alguna cosa y no cesará la inquietud que os atormenta. El amor es el resorte

del corazon como el calor lo es del cuerpo: amar es llenar los deseos de la naturaleza; en una palabra es satisfacer una necesidad. Pero enfrenad cuanto os sea posible este sentimiento, que sino os conducirá al estremo de la pasion; y yo os diré del amor lo que otros han dicho del dinero, que es muy buen criado, pero mal amo. Si quereis evitar su tiranía, preferid al trato de las mugeres respetables el de aquellas que se precian de ser mas divertidas que sólidas: en vuestra edad no podeis pensar en un compromiso serio, y por consiguiente no debeis buscar en una muger un amigo á quien confiar vuestros secretos, sino una querida frívola y complaciente.

El trato con las mugeres de elevadas pretensiones, ó con aquellas á quienes los estragos del tiempo han precisado á hacer valer sus exageradas cualidades, es bueno para un hombre que como ellas haya pasado de la edad juvenil: esta clase de mugeres seria para vos una compañia demasiado buena, si permitis esplicarme de este modo, y las riquezas deben ser proporcionadas á las necesidades; amad pues á aquellas mugeres

que á mas de una fisonomia agradable posean afabilidad en el trato, genio alegre, aficion á los placeres sociales, y que no se asusten al oir hablar de un compromiso de amor. A los ojos de un hombre juicioso, me direis, parecerán demasiado frívolas: ¿pero creeis que merecen ser juzgadas con tanta severidad? Persuadios, marques, que si por desgracia adquiriesen un caracter mas sólido, ellas y vos perderíais demasiado. Exigis solidez en las mugeres; ¿acaso no la encontrais en los amigos? En una palabra; no son nuestras virtudes las que necesitais, sino nuestra alegria y nuestras debilidades: el amor de una muger apreciable por todos conceptos seria muy peligroso para vos. Mientras no os halleis en estado de pensar en el matrimonio, tratad solo de divertiros con las hermosas, profesadlas solamente una aficion pasagera; pero si llegáseis á pensar mas seriamente, desde ahora os anuncio que vuestro afecto hácia ellas vendria á parar en mal.

CARTA III.

Teneis razon, caballero: si ayer os escribí en aquellos términos fue por efecto de la escelente opinion que de vos he formado. Si no estuviese persuadida de que pensais con mas solidez que la mayor parte de los jóvenes de vuestra edad, os hubiese hablado bajo distinto tono; pero he conocido que estabais pronto á incurrir en el estremo opuesto á su ridícula frivolidad. Fiad pues en mí, que conozco de qué modo necesita ser afectado vuestro corazon. Enamoraos, os repito, de una muger que semejante á un niño cariñoso os divierta con sus agradables travesuras, con sus estraños caprichos y con todas aquellas estravagancias que forman el encanto de la galanteria.

¿Quereis que os diga lo que hace peligroso al amor? Pues no es otra cosa que la idea sublime que á veces nos solemos formar de él; pero en la exacta verdad el amor considerado como pasion no es otra cosa que un

ciego instinto que debemos apreciar en su justo valor; un apetito que se decide por un objeto mas que por ningun otro sin que pueda saberse la razon de esta preferencia; mas si se le mira como compromiso de amistad presidido por la razon, entonces ya eso es una pasion, ya no es amor; es una estimacion afectuosa á la verdad, pero tranquila é incapaz de sacaros de vuestra situacion. Si siguiendo las huellas de nuestros antiguos héroes de novelas aspirais á los sentimientos elevados, vereis como ese pretendido heroismo sabe hacer del amor una locura triste y muchas veces funesta: es un verdadero fanatismo, pero si le desnudais de las preocupaciones con que le reviste la opinion, os conducirá á la felicidad, á los placeres y á la gloria: si la razon ó el entusiasmo fuesen en estos casos los agentes del corazon, el amor seria insípido ó frenético; si seguis el camino que os indico, podreis evitar esos dos estremos. Hay muchas clases de amores; ó por mejor decir muchos compromisos que en nada se le parecen; á no ser asi, seria el nombre de amor el único que no se prodigase. La clase que

os conviene es la conocida bajo el título de galantería, y esta solo la encontrareis en las mugeres de que os tengo hablado; vuestro corazon necesita ocuparse de un objeto y ellas son las mas á propósito para llenar sus deseos. Probad pues mi receta y esperimentareis alivio...

Os habia prometido filosofar, y ya veis que cumplo exactamente mi palabra. A Dios: acabo de recibir una carta de St. Evremont y voy á contestarle: aprovecharé esta ocasion para proponerle las ideas que os he comunicado, y mucho me equivoco si no merecen su aprobacion. Mañana espero á Moliere, que viene á leer por segunda vez su *Tartufe*, en el que creo ha hecho varias reformas: tened por seguro, marqués, que los que no convengan absolutamente en nada de cuanto os acabo de decir participan algo del espresado caracter.

CARTA IV.

Por mas que os digo, no puedo separaros de vuestra primera idea. Os empeñais en fijar vuestro amor en una muger respetable que pueda ser al mismo tiempo vuestra amiga. Esos sentimientos serian sin duda alguna dignos de elogio, si en la práctica pudiesen proporcionaros la felicidad que os prometeis; pero la esperiencia os enseña que todas esas palabras brillantes no son sino puras ilusiones. ¿Acaso para un compromiso de amor no se necesitan mas que cualidades serias? ¡Estoy tentada á creer que las novelas os han trastornado el cerebro! Los conceptos sublimes que habeis oido en las conversaciones, sin duda os han deslumbrado!.... ¿Y qué pretendeis hacer de esas quimeras de la razon? Voy á decíroslo; os hallais en el caso del que posee una bellísima coleccion de monedas antiguas, que por mucho que sea su verdadero mérito no tienen ningun valor en el comercio. Cuando trateis de establece-

ros en vuestra casa está bien que busqueis una muger sólida, de escelente conducta, llena de virtudes y de principios elevados. Todo eso conviene á la dignidad del himeneo; á su gravedad quise decir. Pero ahora que solo necesitais una ocupacion agradable, guardaos de pensar con reflexion. Los hombres generalmente suelen decir que buscan en el amor cualidades esenciales! ¡Qué dignos de lástima serian si llegasen á encontrarlas! ¿Qué lograrian entonces? Ser edificados, cuando solo necesitan distraccion y recreo. Una querida de las cualidades que la apeteceis seria una esposa á la cual conservariais un respeto infinito, convengo en ello; pero que no sabria inspiraros ni el mas mínimo entusiasmo. Una muger de tan distinguido mérito, os sujeta, os humilla demasiado para que podais amarla mucho tiempo. Precisado á estimarla, á admirarla muchas veces, no podreis menos de dejar de amarla: tanta virtud es una reprension demasiado directa, una crítica harto importuna de vuestros estravios para que deje de sublevar vuestro orgullo, y cuando este llega á verse mortificado, á Dios amor.

Analizad bien vuestros sentimientos, examinad vuestra conciencia y vereis que no me engaño. No porque deje de desear ardientemente que los sentimientos delicados y el mérito positivo tuviesen mas poder sobre vuestros corazones; que fuesen capaces de llenarles y ocuparles para siempre; pero estoy persuadida que es imposible en la práctica. Aqui no raciocino, hago una declaracion espresa sobre lo que debiais ser y sobre lo que sois en efecto. Mi designio es daros á conocer el corazon tal como es, no como yo quisiera que fuese. Por indulgente que os parezca sobre vuestros estravios, soy la primera en lamentar la depravacion de vuestro gusto, y me sonrojo al pensar que el sentimiento mas á propósito para hacer nuestra felicidad, si se aprecia debidamente, solo puede servir para humillarnos. Mas no siéndome fácil reformar los vicios del corazon humano, quiero al menos enseñaros á sacar de él el mejor partido; y ya que no pueda haceros reservado, trataré de enseñaros los medios de ser dichoso. Se ha dicho ya hace mucho tiempo que tratar de destruir las pasio-

nes, seria pretender aniquilarnos; contentémonos con arreglarlas. Puestas en nuestras manos son lo que los venenos en las de los boticarios; que preparados por un químico inteligente, de un instrumento mortífero hacen un remedio saludable y benéfico.

CARTA V.

¿Os habeis empeñado en enfadarme? ¿Es posible que dotado con un talento regular tengais á veces tan poca inteligencia? Así lo dais á conocer en vuestra carta: sin duda no me habeis entendido; ¿acaso os he dicho que pusiéseis vuestro amor en un objeto despreciable? Semejante ocurrencia está muy lejos de mi imaginacion. He dicho y repito que áctualmente necesitais un amor pasagero, y que para hacerle mas agradable no debiais ateneros solamente á las cualidades sólidas, á los sentimientos elevados; porque conozco muy bien lo que distrae, lo que

divierte á los hombres: un rasgo de locura, un antojo bien entendido, una disputa intempestiva hace mas efecto en ellos, los enamora mas que toda la razon imaginable, mas que el aplomo del mas sólido carácter.

Cierto sugeto á quien apreciais por la exactitud de sus ideas (1) decia en cierta ocasion que "*el capricho con las mugeres acompaña siempre á la hermosura para servirla de contraveneno;*" pero yo combatí con tal energia esa opinion que demostré bien á las claras lo opuesta que es á mis máximas. Y en efecto estoy firmemente persuadida que si el capricho acompaña á la hermosura es solo para dar mayor realze á sus encantos, para hacerlos valer, para servirlos de estímulo y sazonarlos. No hay sentimiento mas frio ni de duracion mas corta que la admiracion; porque nos acostumbramos con mucha facilidad á ver siempre unas mismas facciones por interesantes que sean; su misma hermosura cuando no está animada por un tanto de malignidad, basta por sí misma á destruir

(1) La Bruyere.

el efecto que ha causado. Un leve colorido de enfado basta por sí solo para prestar la variedad necesaria en un bello rostro, para prevenir el fastidio de verle siempre en la misma situacion. Desgracia la muger demasiado igual y consecuente: su uniformidad fastidia y desazona; es siempre la misma estátua; el hombre que está á su lado no esperimenta la mas leve contradiccion; es tan buena, tan amable, que priva á los que la rodean hasta de la libertad de disputar; y esta libertad es á veces demasiado agradable para renunciada. Poned en su lugar una muger vivaracha, caprichosa, determinada (por supuesto hasta cierto grado) y vereis cuán presto cambia todo de aspecto. El amante hallará en la misma persona el placer de la variedad, porque el capricho es en la galanteria una sal que impide su corrupcion; la inquietud, los celos, las disputas, las reconciliaciones, los pesares son los alimentos del amor. Preciosa variedad que llena, que ocupa un corazon sensible mucho mas deliciosamente que la regularidad en el trato y que la fastidiosa igualdad de eso

que llaman buen carácter. Esta es la regla que debe gobernaros.

En vano suspira la razon; todo os anuncia que el ídolo de vuestro corazon es un conjunto de capricho y de locura, pero es un niño mimado á quien no podeis menos de amar. Por mas esfuerzos que hagais para desprenderos, mas estrechamente os vereis encadenado; porque el amor nunca es tan fuerte como cuando se le vé pronto á terminar por los arrebatos de una riña. Vive en medio de las tormentas; en él todo es convulsivo, todo irregular: si se trata de conducirle al régimen, se apodera de él la languidez y espira. Sacad la consecuencia para vuestras mugeres de solidez.

CARTA VI.

Desde luego convengo, marqués, en que una muger caprichosa y pendenciera por naturaleza, es de trato espinoso y poco duradero. Su desigualdad, ó harto frecuente ó dema-

siado exagerada, debe hacer del amor una prolongada disputa, una continua tempestad. Por lo tanto no os he aconsejado que os enamoreis de una persona de semejante carácter. ¡Siempre entendeis mis ideas bajo un aspecto exajerado! Trataré pues de reducirlas al punto de precision que exige la buena fé en la correspondencia. En mi última carta os he retratado una muger amable, que lo era aun mas por cierto colorido de desigualdad que prestaba un bello realze á su belleza, y vos solo me hablais de una necia, arrebatada y quisquillosa: estamos pues muy distantes de entendernos; cuando os hablé de enfado quise dar á entender aquel que es producido por una aficion violenta, inquieta, y á veces por un si es no es de celos; el que nace del amor mismo, y no de la aspereza natural que generalmente suele llamarse mal humor. Cuando es el amor el que hace á una muger injusta, cuando él es la causa de sus prontos, ¿qué amante habrá tan poco delicado que tenga valor para quejarse? esos mismos estravios ¿no prueban bien á las claras la violencia de la pasion? El que sabe

contenerse en los límites de la moderacion no está sino medianamente enamorado. El que lo está de veras ¿será capaz de impedir verse arrastrado por la fogosidad de una pasion impetuosa, sin esperimentar todas las revoluciones que necesariamente debe ocasionarle? No por cierto. ¿Y quién es capaz de ver en el objeto amado todas esas agitaciones sin esperimentar un secreto placer? Al quejarse de sus injusticias, de sus arrebatos no puede menos de sentir en su interior un movimiento delicioso, porque conoce que es amado, que lo es con esceso y que esas mismas sinrazones son una prueba tanto mas convincente cuanto que es involuntaria. Sentadas estas esplicaciones, ¿creereis aun que mi intencion haya sido hacer la apologia de una muger de mal humor? Si las tormentas que os hace sufrir nacen de un fondo naturalmente desapacible, de un espíritu falso, de un carácter tiránico y envidioso; entonces será una muger aborrecible, y solo causará disputas irritantes; el amor con semejantes será un contínuo suplicio, del cual es preciso huir con presteza.

CARTA VII.

Creeis, amigo mio, haberme opuesto una razon convincente, diciéndome que nadie es dueño de disponer de su corazon, y que por consiguiente careceis de libertad para elegir el objeto de vuestro amor!... Moral de teatro! Abandonad esa máxima harto comun á las mugeres que creen con ella justificar sus flaquezas, que bien necesitan tener algo de que asirse, semejantes á aquel pobre caballero de quien habla Montaigne, que cuando la gota le atormentaba apelaba á los gritos y clamaba con todas sus fuerzas *malditos jamones!*

"¡Es efecto de la simpatia! ¿quién es capaz de resistirla? ¿quién en tal caso puede dominar su corazon?" Ya se vé, á tales razones ¿quién es capaz de replicar? Han conseguido acreditar estas máximas en términos que si alguno tratase de combatirlas tendria que habérselas con una infinidad de contrincantes. Y ¿por qué esas máximas

han hallado tal multitud de apologistas? Porque son muy pocos los que no están interesados en acreditarlas. Pero semejantes escusas no bastan á disculparlas; pues lejos de justificar las debilidades, son una esplícita declaracion de que no tratan de corregirlas, ¡y es de estrañar que se llame en su ausilio los decretos del destino cuando solo se trata de una eleccion inoportuna! Es un efecto del orgullo humano achacar á la naturaleza todo el vituperio de una pasion desarreglada, y conceder á su discernimiento todo el honor de una inclinacion feliz y razonable! Solo queremos conservar la libertad cuando obramos bien; pero apenas cometemos una falta, alegamos en nuestra defensa que nos arrastró á ella un ascendiente irresistible: diriamos de la naturaleza, lo que dice La fontaine de la fortuna.

> Que siempre el bien le hacemos los humanos
> y achacamos el mal á la natura.

Permitireis pues que me separe de la opinion general. El amor es involuntario, convengo; esto es, no somos dueños de pre-

ver ni evitar la primera impresion que un objeto hace sobre nuestro corazon; pero tambien sostengo que no es imposible debilitar ni aun estinguir absolutamente esa impresion por profunda que sea, y esto me basta para condenar toda pasion desproporcionada ó deshonrosa. ¿Cuántas mugeres no hemos visto que han logrado apagar en su corazon una debilidad que las habia fascinado, tan luego como han conocido que el objeto de su cariño era indigno de ellas? ¿Cuántas han logrado rehusar el mas afectuoso amor y le han sacrificado á las conveniencias de un sólido establecimiento? La fuga, el tiempo, la ausencia, son un remedio irresistible para una pasion; por ardorosa que sea, insensiblemente se vá debilitando y al cabo llega á apagarse enteramente. De aqui se deduce una verdad: que el amar no es mas fuerte que nuestras debilidades.

Bien sé que es necesario valerse de toda la fuerza de la razon para salir airosos de tamaña empresa. Conozco tambien que las dificultades que nos figuramos oponerse para alcanzar esa victoria sobre nosotros mis-

mos, nos desaniman y nos impiden arrostrar el combate; por lo mismo estoy íntimamente persuadida que no hay inclinacion invencible en teoria; pero hay muy pocas vencidas en la práctica: y ¿por qué? Porque ni aun queremos probar nuestras fuerzas en la liza de la reflesion con el amor.

Me parece, sin embargo, que no tratándose en la actualidad sino de una galanteria, seria una locura poneros sobre el potro para destruir la inclinacion que hayais podido concebir hácia una muger mas ó menos amable; aunque, como no estais aun enamorado de ninguna, me parece no tomareis á mal que insista en las razones que me decidieron á indicaros el caracter que juzgué mas conveniente á vuestra felicidad.

CARTA VIII.

¿Por qué, preguntaba yo un dia á la Se-

ñora de... habeis dejado al marqués para comprometeros con el comendador? Semejante conducta ha desmentido vuestro buen gusto; y mirad lo que haceis, porque es muy comun el juzgar de nuestro discernimiento por el ídolo de nuestros amores, y la superioridad del marqués sobre su rival es tanta que ha escandalizado á todos nuestros amigos.—«El mérito del primero, me contestó, »le concedia demasiado ascendiente sobre mi »libertad, y le inspiraba una confianza tal, »que ha llegado á ultrajar el amor propio »de una muger que sabe apreciarse á sí mis»ma. Con un hombre tan amable es preciso »vivir en una continua alarma, y la mirada »mas indiferente de cualquiera otra muger »ocasiona una desazon insoportable. Demasia»do cariñosa para dejar de tener celos, y de»masiado vana para manifestarlos, vivia siem»pre en un estado violento sobremanera: no »me atrevia á usar de la coqueteria mas leve, »ó del capricho mas insignificante. ¿No era »este un suplicio intolerable para una mu»ger jóven, de vivo genial y deseosa de agra»dar? Semejante situacion era harto embara-

» zosa para que durase mucho tiempo: se pre-
» sentó el comendador en ocasion que me la-
» mentaba amargamente bajo el peso de mis
» cadenas, y como yo solo deseaba un hom-
» bre apasionado pero sin pretensiones, aun-
» que con suficiente mérito para no hacerme
» sonrojar de su conquista, y con el cual pu-
» diese sin riesgo devolver á las demas muge-
» res los sobresaltos que me habian causado,
» me pareció el mas apropósito para llenar
» el objeto que me habia propuesto. Con él se-
» ré altanera, caprichosa, quisquillosa, incon-
» secuente, haré todo lo que me plazca. ¿Y
» no apreciais en nada la libertad de poder
» agraviarle impunemente?... Decidme ahora
» si mi infidelidad es obra del capricho ó del
» discernimiento."

Este relato os convencerá, marqués, del perjuicio que las mugeres se causan á sí mismas achacando al amor una ciega fatalidad, mientras que su eleccion es generalmente fruto de la reflexion mas detenida. Dicen, y se las cree por su palabra, que han sido arrastradas por un poder desconocido... Quiero en esta ocasion tomar la defensa contra el daño

que su disculpa las ocasiona. Eso es autorizar á los hombres á que las crean frívolas, imprudentes é incapaces de volver por sí mismas: yo sostengo que solo despues de haber hecho una combinacion exacta de las ventajas y de los inconvenientes que podrán encontrar, es cuando se deciden por un hombre mas bien que por ningun otro; operacion que sin saberlo nosotras suele llevar á cabo el amor propio. Si preguntais por egemplo á aquella propietaria qué razon ha tenido para dar la preferencia á un negociante sobre un hombre de su clase aunque superior en mérito, os dirá sin duda que por efecto de la simpatia; pero estrechadla á que os hable con franqueza, y si teneis la fortuna de conseguirlo, vereis como os contesta: "El hombre á quien prefiero va á insultar » con su magnificencia á mi mas íntima ami- » ga, y á humillar la orgullosa pobreza de su » magistrado: su opulencia cederá en benefi- » cio de mi lujo, su necedad de mi ironia, su » confianza de mi coquetismo, y sus carrozas » de mi orgullo: con él podré ser arrogante, » insultadora, coqueta, vana, perezosa; y con

» el otro seria por precision razonable, cortés, » consecuente, y afectuosa, en términos que » me moriria de fastidio."

¿Creeis que por efecto de simpatia se decide una beata por un clérigo de misa y olla mas bien que por un militar ó un empleado? ¿Os figurais que cuando la duquesa de... recibe un bailarin de la Opera sea la fatalidad de su estrella la que la haya conducido?... No, marqués, hacednos mas justicia. Somos mas ilustradas y consecuentes de lo que os parece: cada una de nosotras forma dentro de sí misma el cálculo; examina, juzga lo que conviene á su gusto, á su estado y á su genial, y sobre este punto raciocinamos mas de lo que nosotras mismas podemos presumir. Pasó ya la época en que se creia en las *facultades ocultas* y en las brujas y encantadores: ahora se procura indagar la razon de cada cosa, y al que tenga un mediano discernimiento le cuesta poco trabajo el descubrirla. En el comercio de la galanteria, los dos sexos tienen cuenta abierta entre sí; cada cual combina su capital y el de su asociado, y jamás se comprometen sin llevar meditada la ganan-

cia, ó por mejor decir sin esperanza de engañar al compañero.

CARTA IX.

Quien duda, marqués, que el *mérito esencial* es el que agrada mas á las mugeres?... Pero falta saber ahora la definicion que dais á esa palabra: ¿llamais mérito esencial la solidez del entendimiento, la exactitud del juicio, la estension en los conocimientos, la prudencia, la discrecion, en fin toda esa cáfila de virtudes que os sirven de estorbo en vez de contribuir á vuestra felicidad?... Entonces estamos discordes. Reservad todas esas cualidades para el comercio con los hombres, supuesto que estan convenidos en recibirlas; pero en cuanto á la galanteria trocad todas esas virtudes por otros tantos atractivos, que es el único mérito que se admite en el pais del amor: la única moneda corriente en su comercio, y guardaos de decir

que sea moneda falsa. El verdadero mérito consiste acaso, menos en una perfeccion positiva, que en la del convencimiento: es mucho mas ventajoso poseer cualidades que convengan á aquellos á quienes tratamos de agradar, que hallarnos adornados de otras infinitamente mas apreciables: porque se sabe generalmente lo oportuno que es adquirir las costumbres y aun á veces los vicios de los pueblos en que se vive, si se quiere pasar en ellos una vida agradable y placentera.

¿Cuál es el destino de las mugeres? ¿cuál el papel que tienen que representar?... Agradar á los hombres. Y como los atractivos del semblante, la esbeltez en las formas, todas las cualidades brillantes y ostentosas son los medios de conseguirlo, y las mugeres las poseen en alto grado, quieren que sus amantes se las asemejen por esas mismas cualidades: y hariais muy mal en tacharlas de frívolas; es demasiado brillante el papel que desempeñan, pues están destinadas á labrar vuestra felicidad. ¿No son, por ventura los alicientes de nuestro trato y la suavidad de nuestras costumbres, las que forman vues-

tros mas agradables placeres, vuestras virtudes sociales, y finalmente vuestro bienestar? Decid francamente: la aficion á las ciencias, el amor á la gloria, el valor, la amistad misma que tanto apreciais, y con razon, ¿bastarian á haceros perfectamente dichosos, ó al menos os proporcionarian un placer tal que llegase á persuadiros que lo érais?.. Seguramente que no. Nada de eso seria capaz de sacaros de la fastidiosa uniformidad en que yaceriais sumergidos, y seríais á un mismo tiempo los séres mas respetables y los mas dignos de compasion. Pero las mugeres se han encargado de disipar esa languidez mortal con la encantadora afabilidad de su trato, con los atractivos que han sabido esparcir en la galantería: una alegria retozona, un amable delirio, un arrobamiento delicioso son los únicos medios de despertar vuestra atencion y de haceros sentir que sois dichosos; porque, marqués, hay mucha diferencia entre gozar simplemente de la felicidad, y saborear el placer de disfrutarla. No le basta al hombre la posesion de lo necesario, lo supérfluo es lo que le hace rico

y le dá á conocer que lo es en realidad. No son solamente las cualidades sublimes las que os hacen apreciables, y acaso sea un defecto para el amor el poseerlas: para ser deseado, agasajado, ventajas tan lisonjeras á vuestro amor propio, es necesario ser agradable, divertido, necesario á los placeres de los demas: y os advierto que solo por estos medios lograreis haceros apreciable, principalmente entre las mugeres. Y ¿qué quereis que hagan de vuestro saber, de la exactitud geométrica de vuestro entendimiento, de la precision de vuestra memoria? Si solo poseeis esas ventajas, si no teneis algunas habilidades esteriores que suavicen la aridez de las ciencias, desde luego os pronostico que lejos de agradarlas las parecereis un severo censor, y el respeto que inspirareis en ellas desterrará la festiva alegria que se hubieran permitido si hubiéseis sido diferente. ¿Qué muger se atreverá á parecer amable á los ojos de un hombre cuya frialdad la molesta, que la observa y que á nada se decide? Nunca nos tomamos libertades sino con aquellos que atreviéndose primero, dan margen á que se

les trate con franqueza: en una palabra la escesiva circunspeccion ó la demasiada prudencia, opéra sobre el alma de los demas como un viento frio sobre el hombre que sale de una habitacion. Quiero decir que la reserva con que solemos obrar oprime los poros del corazon de los que nos rodean, y no los permite ensancharse. Procurad, marqués, evitar esos contratiempos: guardaos bien de introducir el hielo en la galantería dándoos solamente á conocer por la erudicion; debeis haber leido que mas facilmente se consigue hacerse amar por medio de defectos agradables que por cualidades eminentes. Las grandes virtudes son como las alhajas de oro, que no circulan en el comercio como la moneda del mismo metal.

Esta idea me hace recordar aquellos pueblos que en vez de metales solo usan como signo de su comercio conchitas de pescado: y ¿creeis que esas naciones dejen de ser tan ricas como nosotros con todos los tesoros del nuevo mundo? Cualquiera juzgará al pronto la riqueza de aquellos hombres por una pobreza verdadera; pero le será

muy fácil desengañarse si reflexiona que los metales no toman su valor mas que de la pública opinion, y que el oro en aquellas comarcas seria considerado como moneda falsa. Lo mismo sucede con las cualidades que llamais eminentes en el comercio de la galantería: en él se desprecia el oro; solo se reciben conchitas. ¿Y qué importa que el signo de convencion sea cual se quiera con tal de que los cambios se realicen?

De todo lo dicho se deduce, que si es cierto, como no podeis menos de convenir, que solo debeis esperar vuestra felicidad de las cualidades agradables de las mugeres, podeis estar seguro de que no conseguireis haceros amar de ellas sino por medio de ventajas análogas á las suyas. Y ¿no llegariais á fastidiaros, no os seria aborrecible la existencia, si siempre juiciosos, os hallárais condenados á no ser mas que sábios y sólidos y á no vivir sino como filósofos? Os conozco demasiado: no tardariais mucho tiempo en cansaros de ser admirado, y segun vuestra natural inclinacion, mas fácil os seria privaros de las virtudes que de los delei-

tes. Y entonces, ¿os divertiriais en daros la importancia de un hombre eminente en el sentido que lo tomais?... El verdadero mérito es el que aprecian aquellas personas á quienes queremos agradar. La galantería tiene su legislacion aparte, y en sus dominios los hombres amables son los verdaderos sábios.

CARTA X.

Nada mas edificante, caballero, que la pintura que me haceis de la constancia y la fidelidad que habeis de ostentar cuando llegueis á enamoraros. Pero, por mas acrisolada que sea vuestra moral, ¿estais seguro de agradar con ella á todos? Mas de una incrédula hallareis en vuestra carrera: porque están tan corrompidas las costumbres, que no parece sino que se complacen en poner en problema todas las virtudes de la galantería. ¿Cuál será vuestra sorpresa, vues-

tra indignacion cuando veais puesta en ridículo la constancia, y considerada como señal infalible de un mérito muy limitado?... Y mi aserto le hallareis confirmado por la esperiencia. Los sugetos á quienes tratais de imitar, apenas han logrado captar el capricho de una muger amable para instalarse con ella, cuando el íntimo conocimiento de su medianía los fija, los intimida y no los permite entablar nuevas conquistas: se consideran demasiado dichosos en haber sorprendido un corazon, y temen abandonar un bien que no esperan encontrar en otra parte; y como un momento de reflexion bastaria para desengañar á aquella muger del corto mérito de su adorador, ¿qué hace este para asegurarse? erige la constancia en virtud, y se forma un título de tirania sobre su corazon. Con semejante conducta convierten el amor en supersticion, y hacen de la inconstancia un crimen deshonroso; de forma que por medio de un pundonor mal entendido conservan un amor que solo deben al capricho, á la ocasion, ó á la sorpresa. Y un hombre como vos ¿ha de imitar tan despreciables

personages? Elevad vuestra imaginacion á sentimientos mas nobles; las mugeres amables son efectos que pertenecen á la sociedad; su destino es circular y hacer la felicidad de muchos; y el hombre constante es tan culpable como el avaro que detiene la circulacion en el comercio: su constancia le obliga á conservar un tesoro tal vez inutil para él, mientras le codician otros para hacer el uso conveniente...! Raras veces concluye la pasion á un mismo tiempo en ambas partes, y entonces ¿no es la constancia un verdadero suplicio? Yo la comparo á aquel tirano de la antigüedad que hacia espirar á un hombre atándole á un cadaver. Conozco yo un sugeto muy amable que es de muy diferente opinion que vos; ¿sabeis de qué forma interpreta la constancia en materia de amor?... Nunca abandona á una muger hasta que ya ha planteado una nueva conquista: va cediendo su pasion á la primera al paso que progresa con la segunda; pero como pudiera suceder que sin embargo de tan prudentes precauciones ocurriese alguno de aquellos acontecimientos que no estan al alcance de

la humana prevision y diese al traste con sus planes, observaba por principio quedar bien con todas sus queridas para poder con facilidad hallar alguna que le ocupase durante los interregnos. Y ¿cuántas veces no ha esperimentado las ventajas de semejante método? Ser fiel al amor es afanarse por perpetuar los placeres; serlo á las hermosas es querer morir de languidez; es hacerlas víctimas de unas virtudes, que, ó las obligan á fingir otras iguales, ó á sentir no poseerlas.

CARTA XI.

Procedeis muy de ligero, marqués... ¿Qué porque la condesa de... os haya causado alguna sensacion, os creeis ya enamorado? ¡Me guardaré muy bien de decidir de pronto sobre vuestro estado! Muchísimos he conocido que como vos y con la mejor buena fé se creian apasionados, y que en la realidad del hecho se hallaban muy distantes de estarlo.

En las enfermedades del corazon sucede como en las del cuerpo, que unas son positivas y otras imaginarias. No todo lo que os hace inclinar hácia una muger puede llamarse amor: la conformidad de genios y de gustos, la costumbre de verla, la abnegacion de sí mismo, la necesidad de pasar el tiempo en galanterías, el deseo de agradar y la esperanza de salir airoso, y otras mil razones que nada tienen que ver con una pasion amorosa, suelen confundirse muchas veces con el amor: y las mugeres son las primeras que dan pábulo á semejante error; pues fascinadas con los homenages que las tributan, con tal que cedan en beneficio de su orgullo, no se detienen á examinar las causas á que los deben: y en verdad que hacen muy bien en proceder así, porque en semejante examen siempre saldrian perdiendo.

A todos los motivos de que acabo de hablar debeis añadir otro, capaz tambien de ilusionaros sobre la naturaleza de los sentimientos que esperimentais: la condesa es sin duda alguna una de las mugeres mas bellas que se conocen, y nadie hasta ahora ha lo-

grado enamorarla: fiel á las cenizas de su esposo, ha rehusado el homenage del hombre mas amable. Por consiguiente nada mas lisonjero á vuestro orgullo que llevar á cabo una conquista con la cual adquiririais la nombradia á que aspirais. Ved ahi, mi querido marqués, lo que llamais amor: dificil será desengañaros, porque á fuerza de persuadiros á vos mismo que amais, dentro de poco llegareis á creer firmemente que estais en realidad enamorado. Será muy singular el ver la dignidad con que hablais de vuestros pretendidos sentimientos: con qué buena fé creereis que sois acreedor á la mas fina correspondencia: lo mas gracioso será las deferencias que acaso se verán obligadas á guardar con vos. Pero hará la desgracia que al fin llegueis á desengañaros, y seais el primero que se burle de la importancia que habeis dado á tan trivial negocio.

CARTA XII.

No hay remedio, marqués: llegó vuestra hora, y estais perdidamente enamorado. Asi lo infiero de la pintura que me haceis de vuestra situacion, y la amable viuda de quien me hablais, es efectivamente muy capaz de inspirar mas que cariño: el caballero de... me ha dado de ella informes ventajosos. Mas no bien empezais á notar alguna sensacion, cuando ya me acusais de los consejos que os he dado, escrupulizais en seguirlos, y os parece que la confusion que el amor logra introducir en el alma y los demas males que en ella causa, son mas temibles que apreciables pueden ser los placeres que proporcione: muchos hay es verdad, que están persuadidos de que las penas que el amor ocasiona, son por lo menos iguales á sus placeres. Sin entrar aquí en una discusion molesta para inquirir si tienen ó no razon, os diré francamente que el amor es una pasion que no es buena ni mala por *sí* mis-

ma, y solo las personas que la esperimentan son las que la determinan al bien ó al mal. Tampoco podré menos de decir en pro del amor, que sacamos de él una ventaja con la cual no puede entrar en comparacion ninguno de los disgustos que se le achacan: él nos saca de nuestra situacion, nos agita, y de este modo satisface una de nuestras mas urgentes necesidades. La uniformidad nos agobia, y el fastidio que produce es uno de los venenos mas funestos á nuestra felicidad. El corazon humano está formado para la agitacion, y ponerle en movimiento es cumplir el deseo de la naturaleza. ¿Qué seria sin el amor la edad florida? Una prolongada enfermedad, que no podria con propiedad llamarse vida, sino vegetacion: el amor es á nuestros corazones lo que los vientos á la mar; es cierto, suelen ocasionar tormentas y aun naufragios; pero ellos son los que la hacen navegable, á la agitacion en que la tienen es á quien debe su conservacion, y si la hacen peligrosa, al piloto toca dirijir bien las maniobras.

Vuelvo á mi testo; y aun cuando vues-

tra delicadeza se diese por agraviada de mi ingenuidad, no podria menos de añadir que á mas de la necesidad que tenemos de ser agitados, existe otra necesidad física y maquinal que forma la causa primitiva é indispensable del amor. Acaso no sea muy decente en una muger hablar este lenguage: bien sabeis que no con todos me produciria con tanta claridad; pero aqui no se trata de vanos cumplidos, sino de serias reflexiones; y si mis espresiones os parecen en alguna ocasion demasiado libres para una señora, debeis acordaros de lo que os dije cierto dia: "desde que »me hallé en edad de hacer uso de la ra»zon, me dediqué á examinar cual de los dos »sexos habia logrado mayores ventajas en la »distribucion de los papeles; y como ví que »los hombres se habian apropiado lo mejor, »determiné hacerme hombre." ¿No seria una locura examinar si es bueno ó malo enamorarse? Tanto valdria poner en cuestion si es bueno ó malo tener sed, y prohibir á todos que bebiesen, solo porque haya algunos que se embriaguen. Ya que no está en vuestro arbitrio dejar de tener una necesidad adheren-

te á la construccion mecánica de vuestro sér (¿veis que no ignoro los términos del arte?), dejad de imitar á nuestros antiguos novelistas: no os consumais en meditaciones y paralelos sobre las mayores ó menores ventajas que el amor proporciona; amad como os tengo prevenido, sin que sea para vos una pasion, sino una distraccion, un pasatiempo.

CARTA XIII.

Ya habia yo presumido cual seria vuestra respuesta, marqués: ya me parecia que no dejaríais de importunarme con vuestros elevados principios, de decirme que en amor nadie es dueño de contenerse en los límites que le place establecer. A los que asi racionan los considero yo como al hombre interesado en manifestar un acerbo dolor con motivo de una pérdida ó de un accidente de consideracion. Ese hombre conoce mejor que nadie los medios de consolarse, pero encuen-

tra cierta delicia en su llanto; se complace en creer él mismo y en hacer creer á los demas que su corazon es capaz de llevar hasta el último grado el sentimiento, y esta reflexion aumenta sus lágrimas. Busca todos los medios imaginables para alimentar su dolor, y se forma de él un ídolo á quien incensa por costumbre. Lo mismo sucede á los amantes de sentimientos elevados: estraviados por las novelas ó por los hipócritas creen interesado su honor en espiritualizar su pasion, y á fuerza de delicadeza consiguen llegar á cierto grado de supersticion galante, en el que se atrincheran con tanta mas terquedad cuanto que es su propia obra la que sostienen: es para ellos vergonzoso descender al sentido comun, volver á presentarse como hombres. Guardaos bien, querido marqués, de incurrir en semejante ridiculez; ese modo de engreirse, en el siglo en que vivimos, es solo el patrimonio de los tontos. Antiguamente se empeñaban en que el amor debia ser grave, reflexivo, y solo le apreciaban á proporcion de su dignidad. Decidme ahora, el que de un niño trata de exigir gravedad

y reflexion, ¿no pretende arrebatarle todos sus encantos y hacer de él un triste viejo?

La prueba mas concluyente de que esos sentimientos elevados no son sino abortos del orgullo y de la prevencion es que en nuestro siglo no existe ya esa aficion á la galanteria mística, á esas pasiones gigantescas. Si se pone en ridículo la pasion mas establecida, ó el modo de pensar que se crea mas noble y natural, se verán desaparecer como por encanto, y los hombres quedarán admirados al ver que unas ideas á las cuales profesaban una especie de idolatría, no son en realidad sino vanos caprichos que pasan como las modas. Asi, marqués, no os acostumbreis á divinizar la aficion que os inclina á la amable condesa, y llegareis á persuadiros, que para ser feliz en el amor, lejos de deber conducirle como un negocio sério, debeis tratarle superficialmente y sobre todo mezclar en él una dosis bastante de alegria. La misma serie de vuestra aventura será la que mejor os persuada esta verdad: segun la idea que de la condesa me he formado, la juzgo muy poco susceptible de una pasion melancólica, y me

parece que con vuestros elevados sentimientos la afectariais los nervios; ¡cuidado! que os lo advierto á tiempo.

Mi indisposicion continúa aun: quisiera deciros que no salgo en todo el dia; pero no creais que esto sea daros una cita.

CARTA XIV.

¡Con que habeis tomado por un crimen el contenido de mi última...! ¡He blasfemado contra el amor, le he degradado llamándole *apetito*, *necesidad*...! Pero vos, caballero, pensais mas noblemente: prueba de ello es lo que en la actualidad pasa en vuestro corazon; nada mas sublime que el sentimiento puro y delicado que os ocupa. Ver á la condesa, decirla mil ternezas, oir el dulce sonido de su voz, prodigarla sinceras atenciones; es la única estension, el término de vuestros deseos; esa es vuestra felicidad suprema. Lejos de vos esos sentimientos groseros que

me he tomado la libertad de sustituir á vuestra elevada metafísica: ¡sentimientos propios de almas terrenales capaces solo de los placeres sensuales! ¡Qué error el mio!... ¿Podia yo imaginar que la condesa fuese capaz de prendarse por causas tan poco dignas de su decoro? Hacerla sospechar en vos semejantes intenciones, ¿no seria esponeros infaliblemente á su aborrecimiento, á su desprecio &c.?

No son esos los inconvenientes que os hace temer mi moral... ¡Qué equivocado estais, amigo mio, sobre las verdaderas causas de vuestros sentimientos! Estadme atento, que quiero sacaros de vuestro error; pero con el tono que conviene á la importancia de lo que os voy á decir. Ya me coloco sobre el trípode sagrado: ya siento la presencia del Dios que me agita, ó por mejor decir tomo la gravedad del que medita profundas verdades, y que vá acaso á razonar en forma.

Los hombres por no sé qué idea estravagante han hecho vergonzoso el seguir la inclinacion recíproca que la naturaleza ha puesto en los dos sexos; pero como sin embargo han conocido que era absolutamente

imposible sofocar ese deseo, ¿qué han hecho para salir del mal paso? Han inventado sostituir las esterioridades de un afecto enteramente mental, á la humillante precision de convenir de buena fé en que satisfacian una necesidad, é insensiblemente se han ido acostumbrando á ocuparse de mil sublimes pequeñeces; pero aun han hecho mas; han creido que en todo ese frívolo accesorio, obra de una imaginacion acalorada, se hallaba encerrada la esencia de sus inclinaciones, y han concluido tomando por el mismo amor lo que solo habia sido inventado para ocultar su deformidad. Vedle pues ya constituido en virtud ó al menos adornado con todas sus apariencias. Pero rompamos el prestigio y reflexionemos por la práctica.

Los amantes al entablar sus relaciones, se creen animados ambos por los mas delicados sentimientos: apuran las finezas, las exageraciones, el entusiasmo de la metafisica mas esquisita; la idea de su escelencia les tiene enagenados por algun tiempo. Pero si les seguimos observando durante la serie de su amor, veremos como la naturaleza recobra

sus derechos: satisfecha ya su vanidad por el aparato de aquellas ideas alambicadas, va á dejar al corazon la libertad de sentir y de espresarse; y con tanto como han despreciado los placeres del amor, llega un dia en que, no sin sorpresa, y despues de un prolongado rodeo se encuentra en el mismo punto que un aldeano que lisa y llanamente hubiera empezado por donde ellos han concluido.

Una señora recatada, ante la cual defendí en cierta ocasion la tesis que acabo de sentar, se incomodó al oirme: ¿Qué, me »dijo con sobrada indignacion, pretendeis, »señora, que una persona que solo lleva »intenciones honestas, tales como el matri»monio, solo se decide con tan singular ob»jeto? Segun eso creereis que yo, por ejem»plo, que por virtud me he casado tres ve»ces, y por conservar el afecto de mis ma»ridos nunca he tenido cama aparte, solo »me he conducido de ese modo para pro»porcionarme lo que llamais placeres? Pues »en verdad que os engañais. Es cierto, que »nunca dejé de cumplir con los deberes de »mi estado', pero la mayor parte del tiem-

«po solo condescendia por distraccion, y »siempre murmurando contra las importu»nidades de los hombres. Si los amamos y »nos casamos con ellos es por su talento y »sus virtudes, y ninguna muger, á no ser »de aquellas que no quiero nombrar fija su »atencion en otras cualidades..." Yo la interrumpí, y mas por malicia que por gusto llevé la cuestion mas adelante, haciéndola conocer que lo que ella decia era una prueba mas de la exactitud de mis ideas. "La ra»zon que deducis de las legítimas miras del »matrimonio, prueban que los que las tie»nen, se encaminan al mismo objeto que »dos amantes cualquiera, con solo la dife»rencia de que desean una ceremonia mas." Este rasgo acabó de indignar á mi adversaria, porque los que ven sorprendido su secreto, con facilidad se enfadan: entonces me dijo con tono desdeñoso que se hallaba reunida en mí la impiedad con el libertinage; y se marchó. Quise informarme de su conducta, y ¿hubiérais presumido, marques, que con toda su decantada virtud á mas de sus maridos, jóvenes todos tres y

vigorosos, habia tenido tan frecuentes distracciones que los habia enterrado en poco tiempo?

CARTA XV.

¡Con que tanto os han desanimado las conversaciones de la condesa sobre su virtud, y sobre la delicadeza de sentimientos que exigiría en un amante!... Juzgais que siempre conservará esa austeridad de principios... No basta á tranquilizaros nada de cuanto os he dicho; creeis hacerme un gran favor contentándoos con dudar de la exactitud de mis ideas; y si os atreviéseis las condenariais enteramente. Nada de cuanto decis me admira; no es culpa vuestra si aun no veis con claridad en vuestros propios negocios, pero á medida que vayais progresando, se disipará la nube, y distinguireis con sorpresa la verdad de cuanto os llevo dicho.

Mientras se conserva la tranquilidad

del ánimo, ó por lo menos mientras que una pasion no ha llegado aun á aquel atrevimiento á que los progresos la van gradualmente conduciendo, todo parece grave; la esperanza del mas leve favor es un crímen, la mas inocente caricia cuesta un temblor irresistible. El amante nada exije al principio, ó lo que pide es tan ténue que cualquiera muger se cree en conciencia obligada á agradecer su desinterés. Para obtener una bagatela protesta no exijir nunca mas, y á pesar de las protestas adelanta y se familiariza de dia en dia: quiere besar la mano de sua mada!... Y ¿sería esta tan desconsiderada que le negase un favor que se concede á cualquiera íntimo amigo de la casa? (1)

Pero lo que de tan corta entidad nos parece hoy con relacion á lo que concedimos ayer, es demasiado considerable si se compara con lo que el primer dia nos exigieron. Una muger que confia en vuestra

(1) Téngase presente que esta práctica es conforme á las costumbres del vecino reino.

discrecion no advierte la gradacion imperceptible de sus debilidades. Os sabeis conducir al principio de una pasion con tales consideraciones, manifestais tanto respeto en el momento mismo en que faltais á él, que la infeliz no se atreve á desconfiar de vosotros: ¿os conduciriais con mas circunspeccion si tratáseis de conducirla por el camino de la virtud? De ese modo la haceis concebir tal confianza, la parecen tan fáciles de rehusar las pequeñeces que se la exijen, que cuenta hallarse siempre en la misma proporcion cuando lleguen á pedir cosa mas grave. Esa misma confianza es la que las hace pasar mas adelante: se lisonjean de que la resistencia irá en aumento segun la importancia de los favores que de ellas exijan; y tanto llegan á fiarse en su virtud que muchas veces con sus mismas caricias atraen el peligro; quieren probar sus fuerzas; desean saber hasta donde pueden conducirnos algunas complacencias: ¡qué imprudentes somos! asi conseguimos acostumbrar nuestra imaginacion á ilusiones que al cabo llegarán á seducirla. ¡Cuánto camino

ha andado una muger antes de conocer ella misma que ha cambiado ya de *situacion*! Y si reflexionando sobre lo pasado queda sorprendida de haber concedido tanto, no lo está menos el amante de tanto como ha obtenido. He aquí, marques, á donde conducen á las mugeres sus enérgicos discursos sobre la virtud. ¡Cuánto no pudiera yo deciros con este motivo, si no confiase en que ellas mismas cuidarán de desengañaros!

CARTA XVI.

Cuidado, marques, que si llego á incomodarme, pasaré mas adelante que ayer y llegaré á deciros que hay ocasiones en que ni aun se necesita apelar al amor para hacernos sucumbir. Esta proposicion en boca de una muger os parecerá sin duda una blasfemia; pero he prometido no ocultaros nada de cuanto concierna á nuestro asunto,

y cumpliré mi palabra, aunque me cueste indisponerme con todo mi sexo.

Conocí yo una muger, que, aunque en estremo amable, jamas se la habia achacado ningun compromiso de amor. Quince años de matrimonio no habian bastado para alterar en lo mas mínimo el afecto que á su marido profesaba; y su union podia citarse por modelo. Un dia en ocasion que residian en su casa de campo, sucedió que varios amigos se distrajeron allí hasta bastante avanzada la noche, de forma que les fue preciso quedarse allí á dormir. A la mañana siguiente las doncellas tuvieron que ocuparse en prestar su asistencia á las señoras huéspedas. La dueña de la casa se hallaba sola en su estancia cuando entró en ella un sugeto, á quien veia con bastante familiaridad, pero sin objeto alguno, á hacerle el cumplido que en semejantes casos se acostumbra: ofrecióse él á servirla en varias menudencias concernientes al tocador: el desaliño de su trage le dió una ocasion muy natural para dirigirla algunas lisonjas sobre ciertos hechizos que nada habian perdido

aun de su frescura: ella le contestó risueña, como quien recibe un cumplimiento. Sin embargo, de palabra en palabra llegaron al cabo á conmoverse, y algunos descuidos de que al principio no se hizo caso llegaron á trocarse en atrevimientos decididos: de la conmocion pasaron á la ternura, y por último la muger era ya demasiado culpable cuando aun creia que solo era una chanza!... ¡Cuál fué su confusion y su rubor despues de un estravio semejante!..... Jamas han podido comprender de qué modo pudieron pasar tan adelante sin haber antes tenido el menor presentimiento. Aquí me dan ideas de esclamar: mortales, que confiais demasiado en vuestra virtud; ¡temblad con este ejemplo! Esa pretendida virtud no es mas á veces que una impostura de la educacion que os abandona cuando mas necesitais de ella, y por animosas que os encontreis, hay momentos desgraciados en que la mas virtuosa es la mas débil. La causa de esta anomalía es que la naturaleza vela siempre por sus intereses, siempre se dirige á un mismo fin. La necesidad de amar forma en una muger

una parte esencial de ella misma, al paso que la virtud es una pieza de adorno.

CARTA XVII.

Sí, marqués, os lo repito; todo cuanto vuestra amable condesa continúa diciéndoos sobre su virtud y la delicadeza que desearía en un amante, puede ser sincero en la actualidad, aunque en semejantes casos siempre exageran las mugeres; pero se engaña á sí misma si cree conservar tan severos y delicados sentimientos. Desconfiad de cuanto os digan las mugeres sobre la galanteria, porque tenemos dos especies diferentes de sentimientos, los que destinamos á dar de nosotras una idea elevada, y los que conservamos *in petto*. Hablamos conforme á los primeros, pero obramos con arreglo á los segundos. Los magníficos sistemas de que tan brillante ostentacion sabemos hacer al-

gunas veces, alucinan á los jóvenes inespertos; pero no bastan á impedir que un hombre perspicaz penetre nuestras verdaderas ideas á traves de todo ese cúmulo de frases que ponemos en juego. Todo lo mal que las mogigatas hablan del amor, la resistencia que le oponen, la poca aficion que afectan á los placeres, el miedo que les tienen, todo eso no es en sí otra cosa que amor: es ocuparse de él: es tributarle homenage á su manera; porque el rapaz sabe tomar para con ellas mil formas diferentes: se alimenta, como el orgullo, de su propia derrota: solo parece destruirse para dominar mas á su antojo. Así, pues, debeis persuadiros de que todas esas metafísicas en nada se diferencian de las demas mugeres: su moral parece muy austera, pero si las observais advertireis que sus compromisos terminan del mismo modo que los de la muger menos escrupulosa. Hay tambien sus melindres en los afectos como en los modales: esta especie de melindre le poseen en alto grado, y como en cierta ocasion dije á la reina de Suecia son las jansenistas del amor.

En las edades de la galantería, es el platonismo la pasion de la vejez (1). Si examinais las mugeres que quieren acreditar ese sistema y os dedicais á observar en qué tiempo hacen consistir el amor en los sentimientos elevados y en las delicias del alma, advertireis que es en la edad en que carecen ya de las gracias y de los defectos de la juventud. Por cada metafísica sincera y decidida que me manifesteis desde los diez y ocho hasta los treinta años, os prometo enseñaros una muger hermosa entre los sesenta y los ochenta.

CARTA XVIII.

Os equivocais, caballero: el verdadero medio de conocer á fondo á las mugeres no

(1) Platon, filósofo de la antigüedad, fue el primero que habló del amor metafísico y desprendido de afectos sensuales.

es juzgarlas como lo haceis, por las apariencias. Ese método os haria arriesgar juicios inexactos que unas veces las serian demasiado favorables y otras muy injuriosos, y la equidad exige que no seais tan solícito en achacarlas defectos que no tienen, como exacto en penetrar los que tratan de ocultaros. Estoy convencida de que la prevencion que habeis concebido contra la muger de quien os hablé en una de mis anteriores es absolutamente injusta: habeis creido que porque se entregó sin amor y casi sin resistencia no era virtuosa; y yo no opino como vos: voy á deciros sobre el particular verdades que tal vez os escandalizarán.

No siempre la resistencia de una muger prueba su virtud; muchas veces prueba mas su esperiencia. Si alguna de nosotras quisiera hablaros con franqueza os confesaria que el primer movimiento es de rendirse, y que si resisten es solo por reflexion. La naturaleza nos conduce al amor, la educacion nos separa de él; y nuestra gloria consiste en combatir nuestras inclinaciones. No siendo natural el impulso de resistir es necesariamen-

te obra del arte: ese arte tiene sus reglas; pero la teoria de esas reglas nada vale si se ignoran los medios de ponerla en ejecucion. En la profesion de muger virtuosa sucede lo que en todas las demas profesiones: solo la costumbre de ejercerla puede conducir á la perfeccion; y aquella que no estando habituada al amor, que en toda su vida haya sido acometida con fuerza, y que repentinamente llegue á serlo, estará menos en estado de defenderse que otra que á fuerza de resistir á hombres á quienes no amaba haya aprendido á defenderse del que ama: la primera no ha puesto jamas á prueba sus fuerzas, y por lo mismo no se ha visto en estado de conocer su flaqueza: asi es que no ha podido suplirla con la astucia y el artificio á que la otra ha llegado á acostumbrarse. La admiracion causada por la novedad de la situacion en que se halla cuando se ve acometida, el desorden de sus sentidos, la confusion de sus ideas, la cólera misma se apoderan de ella en términos, que antes de que haya vuelto en sí de la sorpresa que la causó el ataque, ya se halla completada su derrota. Pa-

ra una muger de esa clase no es nada peligrosa la seduccion; un hombre tímido y delicado no es nada apropósito para hacerla olvidar su deber. Si se la dá tiempo para reflexionar se la encontrará sobre las ascuas; pero pobre virtud si el ataque es repentino, si el amante es emprendedor, si tiene el suficiente atrevimiento para escitar los sentidos, y consigue la dicha de dar con alguno de aquellos momentos de debilidad, demasiado frecuentes en nosotras. Momentos terribles, que si por desgracia supiesen los hombres dar con ellos, muy pocas mugeres serian capaces de oponerles resistencia. Pero no por esta ingénua declaracion vayais á formar una idea desventajosa de nosotras. Esos movimientos de debilidad son demasiado involuntarios para que puedan acarrearnos la mas mínima reconvencion, y á veces nos sorprenden en las ocupaciones menos á propósito para escitarlos. Nosotras somos las primeras que nos avergonzamos; los combatimos con todas nuestras fuerzas, y nos complacemos despues de superarlos. ¿No seria una injusticia tomarlos por causa de desprecio?

¿Puede hacerse á ninguno responsable de lo que no depende de su voluntad? ¿Puede tomarse por delito el curso mecánico de los humores?

Ya veis, marqués, como una muger sorprendida puede ser menos criminal que aquella que por los ataques sucesivos y considerados haya tenido tiempo para inferir la proximidad del peligro. Esta ha debido preverle y prepararse á la defensa durante toda la serie de su correspondencia amorosa: y regla general, cuanto menos acostumbradas estemos á la galantería, tanto mas facilmente lograrán vencernos. Cuidado, os repito, con deducir de aquí consecuencia alguna contra nuestra virtud: la señora de quien os hablé el otro dia es buen ejemplo; apenas volvió de la sorpresa en que su debilidad la habia sumergido, cuando se entregó al dolor mas acerbo y colmó de agrias reconvenciones y desprecios al causante de su rubor. Este era un hombre lleno de honor y de delicadeza que avergonzado de la desgraciada casualidad que á tal accion le habia conducido, se esmera mas desde entonces en hacer olvidar

los favores que habia disfrutado que otros en procurar obtener los que les niegan.

CARTA XIX.

Estoy sobremanera complacida de vuestra última carta: ¿sabeis por qué? porque me ofrece una prueba palpitante de la verdad de cuanto os anunciaba en mis anteriores. Por de pronto veo que habeis olvidado toda vuestra metafísica, y me pintais con tal entusiasmo los encantos de la condesa que me prueba que vuestros sentimientos no son tan delicados como creíais de buena fe y me queríais tambien hacer creer. Decidme francamente, si vuestro amor no fuese obra de los sentidos ¿os complaceriais tanto en contemplar aquel talle, aquellos ojos que os embelesan, aquella boca que con tan vivos colores retratais? Si tanto os seducen las cualidades del corazon y del espíritu, ahi teneis una muger de cincuenta años que considerada

bajo ese aspecto acaso vale mas que la condesa: todos los dias la estais viendo, pues es parienta suya. ¿Por qué pues no la haceis el amor? ¿por qué olvidais una infinidad de mugeres de su edad, de su fealdad y de su mérito, que os han hecho algunas indicaciones, y que se encargarian gustosas de desempeñar para con vos el papel que tratais de representar con la condesa? Y por otra parte ¿por qué deseais tanto que esta última os distinga de los demas hombres? ¿cuál es el origen de vuestra desazon cuando algun otro la merece la mas leve fineza? Que ¿el aprecio que profese á los demas podrá disminuir el que os haya cobrado? ¿Se conocen por ventura en la metafísica las rivalidades y los celos? No lo creo asi; yo tengo muchos amigos, pero no me detengo á celarlos; no siento que amen á ninguna otra muger; porque la amistad no es un sentimiento adherente á los sentidos: el alma es la única que conoce su impresion, y el alma no pierde un ápice de su valor por entregarse á un mismo tiempo á objetos diferentes. Ponedla en paralelo con el amor, y conocereis la diferencia del objeto que con-

duce á un amigo del que se propone un amante: entonces no podreis menos de confesar que no me separo de la razon tanto como llegásteis á persuadiros al principio, y que pudiera muy bien suceder que en materia de amor tuviéseis un alma tan terrenal como la de algunos prójimos á quienes os place acusar de poca delicadeza.

No quiero sin embargo inculpar solo á los hombres en ese proceso: soy franca, y creo que si las demas mugeres quisiesen tambien serlo, no podrian menos de convenir en que no son mucho mas delicadas que vosotros. En efecto, si ellas no imaginasen en amor otros placeres que los del alma, si no esperasen agradar por otros medios que por el talento y la bondad del caracter, ¿se dedicarian con tanto esmero á agradar por medio de la hermosura y del adorno. ¿Qué es para el alma la delicadeza del cutis, la esbeltez del talle, ó las bellas formas del brazo? ¡cuántas contradicciones se observan entre sus verdaderos sentimientos y los que quieren ostentar! Si las observais, os persuadireis con facilidad de que solo desean hacerse

amar poniendo en juego los atractivos sensibles, y que las demas prendas las miran como inutiles. Si las ois, os darán ideas de creer que aquellos atractivos son los que menos aprecian; pero suelen escapárselas á veces algunas ingenuidades bien particulares; y voy á referiros una.

Conoceis á la señorita de... Es dificil hallar una joven mejor formada, fresca, robusta, llena de salud, y sobre todo melancólica: razones suficientes para proporcionarla en breve un buen marido. Nadie mejor que su madre, hipócrita si las hay, conoce esta necesidad. El magistrado... alto, seco, delgado, un verdadero *paja larga*, se arroja en la palestra; su fortuna y su nacimiento eran proporcionados á la familia de la hermosa; pero la madre se opone con tenacidad al enlace, dando para ello escusas muy triviales: el marido se enfurece, los parientes murmuran, la joven se consume de tristeza, pero la madre firme en sus trece. Cansada por último de oirse tratar de injusta y estravagante, pierde un dia los estribos y esclama: «Ja» mas consentiré en que mi hija se case con

» el magistrado: quiero que sea muger de bien, » y solo la daré un marido tan robusto y tan » sano como ella."

CARTA XX.

No sé si la culpa es mia ó vuestra, caballero, pero lo cierto es que no habeis comprendido con exactitud mis ideas, y me poneis en el caso de esplicarme de nuevo. En efecto os he dicho que por mucha que sea la delicadeza que los platónicos empleen en encubrir el amor, no por eso dejará de ser una necesidad física, y que solo se esfuerzan en decorarle con *títulos pomposos* para no verse precisados á avergonzarse de amar. Pero no puedo figurarme como habeis podido deducir de esto que no conozco otro amor que el poco delicado, y que los sentimientos que trato de inspiraros se asemejan mas al libertinage que al amor verdadero. No puedo atribuir esto sino al artifi-

cio de alguna mogigata que acaso haya logrado estraviar vuestro entendimiento; mucho trabajo me cuesta el creer que sin induccion estraña hayais sido capaz de hacerme tales reconvenciones. He tratado de persuadiros que los sentidos son la causa primera del amor; pero ¿cuándo os he dicho que el amor consiste solo en los placeres sensuales, y que este era el único objeto que debiais proponeros al amar? Al contrario, ¿no he deplorado la *miseria de la humanidad* cuando os he dicho que me era muy triste *que el sentimiento mas propio para hacer nuestra felicidad, apreciado en su justo valor solo pudiera servir para humillarnos?* ¿No os he dicho que *trataba de retrataros el corazon humano tal como es en sí, y no como yo desearia que fuese?* Os aseguro que no hallareis en mis cartas una sola espresion de la que podais deducir que os he aconsejado seguir la impresion de vuestros sentidos: todo prueba que he querido poneros á salvo de los consejos de las mogigatas, y formar en vos un hombre galante y no un libertino. Que ¿no encontrais ninguna diferencia

entre uno y otro? Mi objeto ha sido preservaros de las pasiones tempestuosas, descubriéndoos sus verdaderos resortes, y jamas hubiera llegado á conseguirlo si os hubiese dicho como las mugeres escrupulosas. "La » verdadera felicidad está en el amor; es un » sentimiento noble y desinteresado de todo » cuanto concierne á la humanidad; él solo » es capaz de estasiar vuestra alma y hace- » ros conocer la superioridad sobre los de- » mas seres. Dichoso el corazon que puede » esperimentarle en toda su pureza: los pla- » ceres de este amor consisten en la union » perfecta de los corazones; en las espansio- » nes de dos almas delicadas formadas la una » para la otra; en la certidumbre de ser tier- » namente amado por el objeto de nuestra » inclinacion. Como todos esos placeres son » inocentes, son puros y delicados, y jamas » vienen seguidos del arrepentimiento. Las » penas de este amor son solo la impaciencia » de verse, el sentimiento de separarse, el » temor de no amar lo suficiente y el deseo » de ser mas afectuoso: sus vínculos un in- » violable cariño, una estimacion fundada

»en el conocimiento de un mérito positivo,
»y una confianza la mas perfecta."

Ved ahí, marques, la falsa pintura que os hubiera hecho, si hubiese tratado de alucinaros y esponeros á todas las estravagancias que puede acarrear el amor concebido bajo tan seductores coloridos. Si un amor de esa especie pudiese existir en realidad, si los que creen esperimentarle tuvieran tanto de juiciosos como tienen de locos, si fuesen siempre tan delicados, como atrevidos se tornan con el tiempo, no hay género de duda que esa clase de amor seria el preferible. Pero creedme; ese brillante aparato esterior con que le cubren, es una máscara con que tratan de encubrir su pretendida fealdad: y yo que solo trataba de hacer de vos un hombre galante y no un místico, ¿debia hablaros como las que se interesan en engañaros? ¿Debia llenar de vanos sofismas vuestro corazon? Solamente he tratado de ilustrarle; conoced, pues, vuestra injusticia, y si aun encontrais algo de reprensible en mis principios, cada vez que predicando sobre la continencia nos digan que hasta en las re-

laciones mas inocentes debemos temer las sugestiones de la sensualidad, diré yo entonces que eso es invitarnos al libertinage.

CARTA XXI.

Eso es tomar las cosas muy á lo vivo, caballero, ¡dos noches sin dormir!... eso es amor verdadero, no cabe duda. Habeis usado el lenguaje de la vista; os habeis insinuado con bastante claridad, y no han manifestado la mas mínima atencion; eso, amigo mio, clama venganza. ¿Es posible que despues de ocho dias enteros de asiduidad y desvelos tengan un corazon tan inhumano para no haceros concebir la mas leve esperanza? Eso no puede comprenderse fácilmente: una resistencia tan constante escede los límites de la verosimilitud; y vuestra condesa es una heroina del siglo pasado. Pero si ya empezais á impacientaros, imaginaos cuánto tiempo hubiérais tenido que padecer

si hubiérais continuado afectando la elevacion de sentimientos que tanto os lisongeaba: habeis adelantado en ocho dias mas que el difunto Celadon en ocho meses.

Sin embargo hablando sériamente, ¿teneis razon para quejaros? Tratais á la condesa de ingrata, de desdeñosa, de insensible &c.; y ¿con qué derecho os espresais de esa manera? ¿No llegareis nunca á creer lo que cien veces os tengo repetido? El amor es un vano capricho involuntario hasta en los mismos que le esperimentan. ¿Por qué quereis obligar al objeto amado ni aun al mas leve agradecimiento por un sentimiento ciego y tomado sin su consentimiento? ¡Qué singulares sois los hombres! ¡Os dais por ofendidos porque una muger no corresponda con avidez á las miradas afectuosas que la dirigis! Sublévase vuestro orgullo, y desde luego la acusais de injusta, como si fuera culpa suya que se os haya trastornado el cerebro! ¡Como si estuviese obligada á esperimentar la misma enfermedad! ¿Es culpa de la condesa el que su entendimiento haya permanecido pacífico sin embargo de haberos

visto delirar? Dejad de acusarla y de quejaros, y pensad solo en comunicarla vuestro mal: os conozco muy bien; sois demasiado seductor, y acaso no tardará mucho en esperimentar sentimientos iguales á los vuestros. Ademas, posee cuanto se necesita para subyugaros é inspirar en vos una pasion tal como yo la deseo para vuestra felicidad: no la juzgo susceptible de una séria pasion. Viva, juguetona, inconsecuente, dominante, decidida, no puede menos de daros bien que hacer. Una muger atenta y cariñosa os fastidiaria; es preciso trataros militarmente para distraeros y conservaros. Tan luego como la querida se constituye en amante, se ve al enamorado ceder en su cariño: mas hace; erígese en tirano, y concluye finalmente por aquel desden que conduce en derechura al disgusto y á la inconstancia.

Por eso os aseguro que habeis encontrado cuanto podiais apetecer. ¡Qué de tormentas vais á esperimentar! ¡cuántas disputas, cuántos despechos, cuantos juramentos de no volver á verla! Tened presente que toda esa agitacion será para vos un continuo suplicio,

si tratais al amor como héroe de novela, pero que vuestra suerte será mucho mas agradable si sabeis considerarle como hombre juicioso.... ¿Y habré de continuar escribiéndoos? ¿Los instantes que empleais en leer mis cartas no serán otros tantos hurtos hechos al amor? ¡Que no sea yo testigo de todas vuestras situaciones! Porque para quien lo considera á sangre fria, no hay cosa mas divertida que las convulsiones de un hombre enamorado.

CARTA XXII.

Perfectamente, marqués; veo que ya empezais á amaestraros, y estoy muy satisfecha de vuestro proceder. Efectivamente, no podiais encontrar un medio mas apropósito para consolaros de los desdenes de la condesa, que figurándoos que no son verdaderos; sin embargo no puedo menos de confesaros que la prueba en que os fundais me

parece demasiado leve. Una muger puede muy bien elogiar á cualquiera, sin que esto denote que se halle apasionada; y porque la condesa os alabe ¿os creeis autorizado para concluir que os ama? pero ese rasgo es muy genérico en los hombres: la mas mínima palabra que se le escape á una muger los hace formar castillos en el aire. Todo se refiere á su mérito; su vanidad de todo se apodera; de todo pretende sacar partido. Si se les cree bajo su palabra, ninguno ama sino por agradecimiento: las mugeres tampoco son demasiado razonables sobre este particular; y de ese modo la galantería es un comercio en el cual siempre aseguramos tener en caja fondos anticipados: siempre nos confesamos deudores: y ya se sabe que el orgullo está mas dispuesto á pagar que á dar en anticipo. Sin embargo, ¡cuántas veces no nos equivocamos! ¡Cuantas veces sucede que aquel que creia obrar por reconocimiento, es el que dá los primeros pasos! Si dos amantes quisiesen espresarse con sinceridad sobre el principio y progresos de su pasion, qué de declaraciones no se harian! Elisa, á quien Valerio di-

rigió una lisonja harto sencilla, contestó, acaso sin pensarlo, mas afectuosamente de lo que se acostumbra á tales cumplidos Se apodera él con avidez de su respuesta, y de obsequioso se vuelve enamorado; el fuego va cundiendo insensiblemente en los dos corazones: por último se enciende, estalla, y ved ahí una pasion en forma. Pues si dijesen á Elisa que ella se habia anticipado, que habia dado los primeros pasos, la pareceria falsa, injusta una asercion demasiado cierta. De aqui se deduce que el amor no es generalmente obra de esa simpatia que se llama invencible, sino de nuestra vanidad. Examínese el origen de todas las relaciones amorosas, y se verá que comienzan por elogios recíprocos. Dicen que es la locura la que conduce al amor; yo diré que es la lisonja, y que es dificil penetrar en el corazon de una hermosa sin haber antes pagado el tributo debido á su vanidad. Juzgad de todo lo referido hasta qué estremo nos fascina la necesidad de amar. Semejantes á aquellos entusiastas que por la fuerza de su imaginacion creen ver los objetos á quienes su espíritu está estrechamen-

te enlazado, del mismo modo nos figuramos ver en los demas los sentimientos que deseamos encontrar en ellos. Deducid la consecuencia: ¿no seria muy facil que os hubiéseis dejado alucinar por una idea equivocada? La condesa puede muy bien haberos elogiado con el único objeto de haceros justicia, sin haber llevado mas adelante su intencion; y no sé si me atreva á decir que sois injusto al suponerla disimulo para con vos. Y aun cuando asi fuese, ¿por qué no quereis que os disimule su inclinacion, si es que habeis llegado á inspirársela? ¿Acaso no acostumbran las mugeres ocultar sus sentimientos? y el mal uso que haceis de la certidumbre de ser amado, ¿no justifica demasiado su conducta en este caso?

P. D. No, marqués, no me ha ofendido la curiosidad de la Señora de Sevigné; al contrario estoy muy complacida de que haya querido ver las cartas que de mi recibís. Estaba sin duda persuadida de que se trataba de galanteria sostenida por mi; y asi ha tenido ocasion de desengañarse, y de saber que no soy tan frívola como habia presumido: la juzgo

bastante equitativa para que en adelante forme de Ninon una idea diferente de la que hasta ahora habia concebido; pues no ignoro que no habla de mí muy favorablemente; pero su injusticia en nada influirá sobre mi amistad para con vos. Tengo la suficiente filosofia para consolarme de no merecer la aprobacion de las personas que me juzgan sin conocerme; y suceda lo que quiera continuaré hablándoos con la misma franqueza que hasta aqui, segura de que la señora de Sevigné, sin embargo de su notoria delicadeza no podrá menos de convenir en el fondo con mis ideas.

CARTA XXIII.

¿Por fin despues de tantas penas y desvelos habeis conseguido enternecer aquel corazon que os parecia inflexible? Me alegro infinito, pero al mismo tiempo no puedo menos de reirme de veros interpretar como lo

haceis los sentimientos de la Condesa; participais como todos los hombres de un error, del que es preciso sacaros por lisonjero que os parezca. Estais persuadidos de que vuestro mérito es el que inflama el fuego de la pasion en el corazon de las mugeres y que las bellas cualidades que os adornan son las únicas causas del cariño que os demuestran. ¡Qué ilusion! es verdad, no lo creeis sino porque vuestro orgullo os lo persuade; pero examinad sin prevencion, si os es posible, cual es el motivo que nos determina, y conocereis que *os engañais vosotros mismos*, y que *nosotras* tambien os engañamos: que bien considerado, sois el juguete de nuestra vanidad y de la vuestra, porque el mérito del objeto amado no es sino la ocasion ó la disculpa del amor y no su verdadera causa; y por último que todo ese sublime artificio de que una y otra parte os adornais se halla encerrado en el deseo de satisfacer la necesidad que os he indicado como movil de esa pasion. Y por mas humillante que sea esta verdad no por eso deja de ser efectiva: nosotras las mugeres entramos en el mundo con una necesidad

de amar indeterminada; y si nos decidimos mas bien por un objeto que por otro, seamos francas, no es por hacer justicia al mérito; sino porque no podemos resistir á un instinto maquinal y casi siempre ciego, ó, lo que tampoco os favorece demasiado, cediendo á razones cuyo conocimiento humillaria al objeto de nuestra inclinacion. En prueba de ello apelaré á esas pasiones desarregladas que muchas veces nos hacen amar con delirio á personas desconocidas, ó que por lo menos no conocemos bastante á fondo para que nuestra eleccion deje de ser imprudente en su origen: si salimos bien de ellas es por pura casualidad. Casi siempre nos apasionamos sin un detenido examen, ó por motivos estravagantes, de los que nosotras mismas nos avergonzamos si fijamos en ellos la atencion; por eso yo suelo comparar el amor á aquella apetencia que nos hace desear un manjar con preferencia á otro sin saber los motivos.

Ved ahí cruelmente disipadas las quimeras de vuestra imaginacion, pero puedo gloriarme de haberos dicho la verdad: os envaneceis con el amor de una muger por-

que estais persuadido de que ese amor supone mérito en el objeto que le ocasiona. Le haceis mucho honor, ó por mejor decir habeis formado de vos mismo una opinion harto ventajosa. Persuadíos de que si os amamos, no es por vosotros mismos; seamos sinceras; en el amor solo buscamos nuestra propia felicidad. El capricho, el interés, la vanidad, el temperamento, la contínua desazon que nos inquieta cuando nuestro corazon se halla vacío, tales son los motivos de esos sublimes sentimientos que pretendemos divinizar. No son las cualidades elevadas las que nos conmueven: y si de algun modo son admitidas entre las razones que nos deciden en favor vuestro ¿creeis que sea el corazon quien las reciba? Pues estais engañado, porque es la vanidad, y la mayor parte de las cosas que os hacen agradables á nuestros ojos, apreciadas por lo que en sí valen os pondrian en rídiculo, ó acaso os acarrearian el desprecio: pero ¿qué quereis? necesitamos un adorador que alimente la idea de nuestra escelencia; nos hace falta un objeto complaciente que sufra nuestros capri-

chos; en fin deseamos un hombre. La casualidad nos presenta uno, el primero que se le antoja aparecer, y le aceptamos, pero no le escogemos. Y ¿os lisonjeareis aun de ser el objeto de afectos desinteresados, ó de creer que las mugeres os aman por vosotros mismos? ¡Ay señores mios! que la mayor parte de las veces no sois sino los instrumentos de sus placeres, ó los juguetes de sus caprichos.

Sin embargo debemos hacerlas justicia: nada de eso hacen con intencion determinada: los sentimientos que acabo de esplicar no se hallan suficientemente desarrollados en su imaginacion, y con la mayor sencillez creen que solo las determinan y las conducen á amar los elevados sentimientos de que su orgullo y el vuestro se alimentan, y seria tal vez una injusticia tacharlas de falsedad; pero sin presumirlo se engañan á sí mismas y os engañan á vosotros.

Juzgad de mi amistad, cuando os he revelado los secretos de la diosa de los placeres y trato de ilustraros aun á espensas de mi propio sexo: cuanto mas conozcais á

las mugeres, menos locuras hareis por sus caprichos.

CARTA XXIV.

No os satisface mucho, amigo mio, el que os hable en tono caballeresco del estado en que os hallais, y si he de complaceros preciso me será considerar vuestra aventura por lo sério; me guardaré muy bien de hacerlo así. ¿No considerais que el estilo de mi correspondencia es consecuente á mis principios? Hablo trivialmente de una cosa que me parece frívola ó de puro pasatiempo: pero si tratase de un negocio del cual dependiese una felicidad duradera, me veriais tomar el tono conveniente. No os compadezco, porque estoy persuadida de que está en vuestra mano no hallaros en estado de ser compadecido; y con solo un giro de la imaginacion lo que os parece pena podrá convertirse en placer. Para conseguirlo no

necesitais mas que serviros de mi receta y os aliviareis al momento. Hablando francamente no hay cosa mas ridícula que el trato íntimo de dos amantes: la mas insignificante pequeñez es para ellos un negocio de la mayor gravedad; la mas leve nubecilla produce una furiosa tormenta: si la hermosa dirije una mirada á otro zagal, diriais al ver los ojos del amante inflamados de enojo, que le habian hecho el mas sangriento ultraje. No se debate con tanta dignidad un negocio de estado como los dos amantes van á discutir la ridícula causa de su encono: van á prodigarse agrios denuestos, á insultarse bajo el mismo tono que otros se dirigen los mas finos cumplimientos. Si se separan enfadados, inmediatamente vuelan los billetes agri-dulces á casa de la infiel; pónense en movimiento, los lacayos intrigantes, los amigos entremetidos, las dueñas conciliadoras; se proponen, desechan y modifican condiciones... Cualquiera diria que se trataba de conciliar los intereses de dos repúblicas!... Yo tambien he amado, porque nadie está libre de incurrir en semejantes locuras; y

cuando mas seriamente ocupados nos hallábamos de algun debate, en el momento en que cada cual discutia sus razones y sus derechos con aquella importancia que convenia á tan sérios asuntos, si por desgracia reflexionaba yo en lo que decíamos y el tono en que lo decíamos, entonces ya no era yo dueña de reprimir el prodigioso deseo de reir que de mí se apoderaba; tenia que ceder, y soltaba la carcajada; ¡qué descortesia!... ya podeis figuraros cuál se redoblaria entonces la gravedad de mi contrincante; pero mi risa se aumentaba con su seriedad, y el mejor partido que podia tomar era acompañarme en la burla y tratar esas cosas con la trivialidad que se merecen. Imitádnos, marqués. Cada uno trata de justificar sus pasiones dándolas cierto aspecto de dignidad y de importancia: cada cual tiene su idolillo y le inciensa á su manera; y si habeis de tener una locura, siquiera procurad que no sea melancólica, porque entonces fastidiará á cuantos os rodeen y el primero á vos mismo.

CARTA XXV.

Me está muy bien empleada la guerra que me haceis por la mala opinion que parece he formado de mi sexo: conozco que es preciso pensar seriamente en corregirme, porque si continuo hablándoos mal de mi prógimo, al cabo llegareis á juzgarme una perversa. Por otra parte ¿es culpa de las mugeres si tratan de engañaros sobre los verdaderos sentimientos que las conducen? Hagámoslas justicia: serian siempre sinceras si por ese medio pudiesen prometerse el agradaros. Lo conozco por mí misma; lo único que deseamos es poder entregarnos libremente á nuestra inclinacion. No hay una siquiera entre nosotras que no haya deseado mil veces en el transcurso de su vida disfrutar esa libertad de que vosotros abusais tantas veces. ¿Creeis que entonces no seria para nosotras una satisfaccion el poder convenir en el verdadero objeto á que nos dirigimos en amor? Pero como conoceis que

solo las dificultades pueden estimular vuestro deseo, por eso habeis tratado de crear obstáculos. Habeis calculado que era preciso que uno rehusase lo que los dos desean, y seguramente no habeis querido encargaros del papel mas dificultoso: nos le habeis cedido á nosotras haciendo consistir nuestra gloria en la destreza que pongamos en disfrazarnos; de tal modo nos habeis acostumbrado á la simulacion sobre este artículo, que todas las demas facultades del alma se han resentido de su impresion, y por último se han llevado las cosas hasta un estremo tal, que nosotras mismas creemos ser sinceras, acaso cuando mas fingimos. Prueba es de esta verdad lo que en mi última os decia: cuando las mugeres aseguran que vuestro mérito y vuestras bellas cualidades son los únicos móviles de su cariño, estoy persuadida de que creen hablaros con franqueza; pero tampoco dudo que cuando advirtiesen menos delicadeza en su modo de pensar, no dejarian de hacer tantos esfuerzos para disimular esa deformidad, como harian para ocultar una dentadura que des-

figurase su semblante perfecto y agraciado: aun estando solas tendrian buen cuidado de no abrir la boca, y de ese modo á fuerza de ocultar á los demas aquel defecto y de disimulársele á sí mismas llegarian á olvidarle enteramente. ¿Y de qué sirven tan repetidos esfuerzos? El fondo de las cosas no por eso deja de ser tal como os le he pintado.

¡Y cuánto no se perderia por una y otra parte si las mugeres y los hombres se manifestasen tales como son! Si el encargado de un papel en el teatro hiciese brillar sus verdaderos sentimientos en vez de los del héroe á quien representa, eso ya no sería ser actor, sería sustituir el carácter efectivo al que se habia convenido aparentar. La naturaleza desnuda es á veces monstruosa; ¿por qué hemos de quejarnos de los que tratan de corregirla y embellecerla? Gocemos del encanto, que nos distrae y nos recrea, y dejemos de indigar la causa secreta que le produce: analizar el amor es tratar de curarse de él. Psignis le perdió por haber querido conocerle.

Volviendo á lo que os decia sobre la

sinceridad de las mugeres, no vayais á creer que tengo formada mas ventajosa idea de la vuestra. Si os he dicho que haciais mal en engreiros de su eleccion y de sus sentimientos hácia vos; si os he afirmado que los motivos que las determinan no son demasiado laudables para los hombres; debo añadir aqui que tambien ellas se engañan si creen que los sentimientos de que tan pomposa ostentacion haceis son producidos por la fuerza de sus atractivos ó por la impresion de su mérito. ¡Cuántas veces sucede que esos hombres que con tan respetuoso semblante las acometen, que hacen brillar tan delicados sentimientos, que tanto lisonjean su vanidad que solo parece respiran por ellas y para ellas, que solo desean hacer su felicidad: ¡cuántas veces, repito se determinan esos hombres por razones enteramente opuestas!... Estudiadlos, penetradlos, y vereis en el corazon del uno, en vez de aquel amor puro y desinteresado, deseos atrevidos y contrarios á vuestra felicidad: en el del otro el designio de disfrutar vuestras riquezas ó el orgullo de poseer una muger de vuestro ran-

go: otro habrá que para obsequiaros se haya visto impelido por cáusa menos honrosa para vos, pues trata nada menos que haceros servir de trampantajo para infundir celos á la muger á quien ama en realidad; y si ha aparentado obsequiaros ha sido solo para hacerse lugar con su querida, abandonándoos con estrépito para correr á sus brazos... ¿Qué mas podré deciros? El corazon humano es un enigma inesplicable; un estraño conjunto de elementos contrarios entre sí... Creemos conocer lo que en él pasa, lo vemos en efecto, y casi siempre ignoramos la causa.

Si quiere esplicar con sinceridad sus sentimientos, esa misma sinceridad debe parecernos sospechosa: acaso sus movimientos proceden de causas enteramente opuestas á las que el cree esperimentar. Tanto los hombres como las mugeres, ignoran la mayor parte de las veces lo que los hace querer ó sentir de esta manera ó de la otra. Pero al cabo han tomado el mejor partido posible, que es interpretarlo todo en beneficio propio; desagraviarse de su miseria positiva

formando castillos en el aire, y acostumbrarse, como creo haberos dicho antes de ahora, á divinizar los sentimientos. Como en semejante arreglo cada cual encuentra donde cebar su vanidad, nadie ha tratado de reformar este estilo, ni de examinar si es un error... Adios. Si venis esta noche hallareis en mi casa sugetos que con su alegria os harán olvidar la seriedad de mis discursos.

CARTA XXVI.

Vais á juzgarme acaso mas cruel que la condesa: ella causa vuestros disgustos, es verdad; pero yo hago aun algo mas; pues me falta poco para burlarme de ellos. ¡Oh! A mí me interesan en gran manera vuestras penas; y conozco que los obstáculos que se os oponen son de la mayor gravedad. ¿Quién ha de atreverse á hacer una declaracion amorosa á una muger que se complace en evitar las ocasiones de escucharla?... Tan pron-

to os parece enternecida, tan pronto es la muger que menos se cuida de cuanto os desvelais por agradarla; oye gustosa y responde con agrado á los requiebros y á las atrevidas indicaciones de cierto caballero petimetre de profesion, al paso que á vos os habla con seriedad ó distraida. Si tomais un tono tierno y afectuoso, os contesta con un chiste, si es que no procura cambiar de conversacion. Todo eso os intimida y desespera, y yo os aseguro que todo eso es amor y solo amor; y no creais que para adelantar mas en su cariño sea necesario hacerla una declaracion en forma. Mas se persuade una muger de que es amada por lo que adivina, que por lo que quieren decirla.

¿Sabeis por qué rehusa el escucharos? Porque sabe ya de antemano lo que vais á decirla. Si os permitiese hablar, la sería preciso incomodarse, y esto precisamente es lo que trata de evitar. Esas distracciones que afecta, esas simuladas desatenciones con que procura enmascarar sus verdaderos sentimientos, deben daros á conocer que ha penetrado lo que pasa en vuestro corazon, y que

de ningun modo la sois indiferente. Pero vuestra timidez, las consecuencias que por precision deben seguirse á una pasion como la vuestra y el interés que se toma por vuestra situacion, intimidan á la condesa misma, y vos sois quien la oponeis esos obstáculos: un poco mas de atrevimiento por vuestra parte os facilitaria á los dos los medios de comunicaros. Acordaos de lo que pocos dias hace decia el caballero de la Rochefoucault. "Un hombre apreciable puede enamorarse »como un loco, pero ni puede ni debe ha»cerlo como un tonto."

No es esto aconsejaros que seais temerario; eso tendria en la actualidad sus inconvenientes: para ello necesitariais haber adquirido algun derecho y que supiéseis aprovechar las ocasiones, cosa que en el amor no es demasiado dificil. Pero en semejantes casos es donde hay que apelar al mas exacto discernimiento para saber dirijirse, porque tan perjudicial es la sobrada lentitud como la precipitacion escesiva. No se trata de una temeridad absoluta, sino de la relativa al grado de virtud de que se revista la muger

á quien se trata de rendir. "Tal habrá, di» ce Montagne, que puede dar mas y no dá » tanto, pero lo poco que dá la cuesta mas que » á su amiga el todo que entrega."

Otra máxima mia voy á daros que no dejará tampoco de seros util. Jamas ataqueis á una muger hasta saber á qué grado llega la impresion que en ella hayais causado; porque si por desgracia la sois indiferente, no teneis que esperar otra cosa que los mas severos tratamientos. No hay cosa que mas adule nuestra vanidad que encontrar la ocasion de hacer brillar nuestra virtud contra aquellos á quienes no amamos; y desgraciado el temerario á quien destinemos á servir de escarmiento para adquirir reputacion: ninguna consideracion le guardaremos: será una víctima inmolada en las aras de nuestra gloria. Que ¿no es una satisfaccion para nosotras alcanzar una ruidosa victoria sin que nada le cueste á nuestro corazon? Con respecto á vos no creo que tengais que temer esta desgracia; pero á todo evento tengo ideado un medio que os hará sacar partido de vuestra misma timidez. Una clase de timidez

hay que convendria admirablemente á vuestro estado actual, y es aquella que descubre en el amante una inclinacion decidida, y al mismo tiempo revela los esfuerzos que le cuesta el ocultarla; sentimientos los dos muy lisonjeros para las mugeres: mucho amor, pero mucho mas respeto. Con el primero rendís el homenage debido á su hermosura, el otro es un tributo que pagais á su altivez. Algunas, y cuidado que son las que mas delicadeza aparentan, se complacen en dar al que no se atreve á pedirlas; ellas mismas le facilitan los medios de insinuarse en su confianza, y si en lo sucesivo abusa no se pueden dar por ofendidas, como que es obra suya. Asi, cuando una muger ha inspirado aficion á un hombre que tiene esa clase de timidez de que acabo de hablar, procede con él como si le dijera: "Vuestra timidez me »anuncia el aprecio que de mí haceis y la »idea que de mi virtud habeis formado; pe»ro es preciso reducirlo todo á su justo valor. »Seguras de que los hombres combaten de»masiado nuestra honradez, exajeramos un »tanto su fortaleza, y si queremos que nos

» juzguen invencibles, tambien es preciso sa-
» ber que deseamos nos traten como si no
» lo creyesen. El punto esencial es conciliar en
» la práctica dos cosas que tan opuestas pa-
» recen entre sí, y vos no teneis suficiente es-
» periencia para hermanarlas: si os abando-
» no á vos mismo, estoy previendo que ó lle-
» gareis á ofenderme por libertades inopor-
» tunas, ó lograreis impacientaros por temo-
» res ridículos; y como yo conozco la justa
» proporcion que es preciso observar, quie-
» ro yo misma dirigiros por las gradaciones
» que exige mi delicadeza. Luego que hayais
» llegado al punto de confianza necesaria, ca-
» minareis vos solo; y si, como preveo, exce-
» deis los límites, que solo os prescribo para
» dejaros la gloria de salvarlos, entonces
» afectaré un enojo con el que de antemano
» os habré ya familiarizado: de ese modo
» satisfaré á mi inclinacion y á mi gloria:
» á mi inclinacion proporcionándome lo que
» aparentaba desdeñar; y á mi gloria, osten-
» tando ofenderme de lo que ponia el colmo
» á mis deseos. No creais que nuestro desig-
» nio sea no tener debilidades. La obra maes-

» tra del arte es proporcionaros las mayo-
» res disculpas para tener así menos que re-
» prendernos; darnos por ofendidas de vues-
» tras temeridades y sacar partido de ellas."

Tal es el punto, marqués, al que debeis tratar de conducir á la condesa. Si la timidez puede ser de alguna utilidad en el amor, usadla del modo que acabo de prescribiros; y cuidado sobre todo con equivocaros sobre la clase de respeto que las mugeres exigen: un respeto afectuoso, deferente, es el que debeis guardar para con ellas; no un respeto de inaccion ó de idiotismo. El respeto en los hombres debe ser para nosotras lo que nuestro pudor es para ellos; cuando es la sazon mas bien que el obstáculo de sus placeres ¿no sirve para aumentar el precio de nuestros atractivos y el valor de su victoria?... No pidais nada; pero manifestad deseos violentos de obtener y un tímido recelo de darlos á conocer, y obtendreis cuanto apetezcais. Acaso á vuelta de dos dias sea necesario comportaros de un modo diferente y manifestar una perfecta seguridad. Tantas son las contradicciones que encierra el

corazon, que es preciso variar hasta lo infinito el modo de atacarle.

CARTA XXVII.

¿Es posible, marqués, que suceda lo que me escribís? ¿La condesa persevera en sus rigores, y el desden con que admite vuestros obsequios os anuncia una indiferencia que os apesadumbraría si mi moral no acudiese en vuestro ausilio? Me parece haber dado con la clave del enigma. Conozco vuestro genial: sois alegre, jugueton y hasta dominante para con las mugeres, con tal que no lleguen á afectaros; pero las que os llegan á conmover os infunden tal circunspeccion que toca en cobardia. Hoy que ya estais tan casi seguro de ser amado es preciso cambiar de conducta: abandonad á los entusiastas los razonamientos sublimes, los elevados sentimientos; dejadlos estasiar en la idea que se han formado de la felicidad. Os lo aseguro en nombre de mi sexo; hay momen-

tos en que mas queremos sufrir algunas libertades, que ser objeto de una veneracion profunda. Mas corazones se salvan del peligro por la torpeza de los hombres, que por la virtud de los que los poseen.

En mi última carta usé de diferente lenguage porque así lo exigia vuestra situacion; pero habeis llegado ya al momento en que, despues de haber llenado las atenciones debidas á la altivez de la condesa, estais en el caso de pagar al amor algun tributo. Apenas un amante llega á persuadirse que ha agradado, no debe manifestar su pasion sino por el mas ardiente entusiasmo; la confianza debe ya suceder á la incertidumbre. Desde que ya hemos consentido en dejarnos adivinar, cuanta mas timidez nos manifiesten tanto mas se interesa nuestro orgullo en inspirarla; cuantas mayores consideraciones guarden á nuestra resistencia, mas respeto queremos exigir. Entonces quisiéramos poder deciros: "Siquiera por compasion á nuestro estado no supongais en nosotras tanta virtud, porque nos pondreis en el caso de conservarla."

Guardaos cuidadosamente de considerar como difícil nuestra derrota; id acostumbrando gradualmente nuestra imaginacion á veros dudar de nuestra indiferencia. Muchas veces el medio mas seguro de ser amado es aparentar la persuasion de estarlo. Un poco de despreocupacion en el modo de pensar es lo que mas facilita el entendernos. Cuando vemos que un amante persuadido de nuestra correspondencia nos trata con las consideraciones que exige nuestro orgullo, nos figuramos que siempre obrará lo mismo, por mas seguridades que tenga de nuestra inclinacion. ¿Cuánta confianza no llegará á inspirar por ese medio? ¿cuántos progresos no debe prometerse? Pero si su conducta nos hace estar en una contínua alarma, entonces ya no se trata de defender nuestro corazon, porque no es la virtud la combatida, sino el orgullo, y este es el enemigo mas formidable en las mugeres. Nosotras solo tratamos de disimularnos que hemos consentido en dejarnos amar; poned á una muger en situacion de que crea que solo ha cedido á una especie de violencia ó

de sorpresa, persuadidla de que no dejareis de apreciarla, y os aseguro que poseereis su corazon. Tratad á la condesa como lo exige su carácter: es vivaracha y juguetona; servios de la locura para conducirla al amor; que no llegue á conocer que os distingue de los demas que la visitan: sed tan alegre y divertido como ella. Estableceos en su corazon antes que llegue á conocer que lo intentais, y os amará sin saberlo; y llegará un dia en que se admire del camino que tiene adelantado sin presumir siquiera que habia dado un paso.

CARTA XXVIII.

No me canso de admiraros, marqués, cuando os veo comparar el profundo respeto y estimacion que manifestais á la condesa, con los modales libres y casi indecorosos del caballero; no concibo cómo podeis deducir de aqui que deberia concederos la prefe-

rencia. Es preciso esplicaros vuestro propio corazon y demostraros la inexactitud de vuestros raciocinios. El caballero no procede mas que por galanteria; todo cuanto dice es sin intencion, ó al menos asi lo parece. Solo la frivolidad, la costumbre de requebrar á cuantas damas se le presentan, es la que le hace producirse de esa manera: en muy poco ó en nada se considera al amor en esa clase de relaciones. Semejante á la mariposa, no se detiene en cada flor sino un solo momento; su objeto no es mas que una distraccion pura y sencilla. Tanta frivolidad no es capaz de causar recelo á una muger: la condesa sabe apreciar en su justo valor sus conversaciones, y por decirlo de una vez le conoce por un hombre cuyo corazon se halla agotado. Las mugeres, que si hemos de creerlas, la mayor parte de los objetos los consideran metafisícamente, saben muy bien distinguir un amante de esa especie, de un jóven como vos. Por eso sereis siempre mas temible y aun tambien mas temido con el modo de insinuaros que habeis adoptado. Me elogiais vuestra estimacion *respetuosa*.

pero yo os aseguro que nada tiene de eso, y la condesa tambien está persuadida de ello. No hay cosa que tenga un fin menos respetuoso que una pasion como la vuestra. Muy diferente del caballero, exigís agradecimiento, preferencias, correspondencia y hasta sacrificios: la condesa distingue con un solo golpe de vista todas esas pretensiones, ó por lo menos, si no puede distinguirlas aun á través del velo que las encubre, la naturaleza la hace presentir lo mucho que podrá costarla si os facilita los medios de declararla una pasion de la que sin duda alguna participa. Rara vez se detienen las mugeres á meditar las razones que las determinan á la rendicion ó á la resistencia: no se divierten en conocer ni en definir, pero sienten, y el sentimiento en ellas es exacto y ocupa el lugar de las luces y de la reflexion: es una especie de instinto que en caso necesario las advierte y las conduce acaso con tanta seguridad como la razon mas ilustrada. Vuestra hermosa Adelaida, quiere gozar del *incógnito* todo el tiempo que la sea posible; proyecto muy conforme á sus intereses, y que

no obstante estoy persuadida de que no es efecto de la reflexion. Por otra parte no conoce que la pasion contenida en el esterior vá á hacer en el interior mas rápidos progresos y estragos mas formidables. Si quereis creerme, dejadla que arroje profundas raices, y á ese fuego que se esfuerza en ocultar, dadle tiempo suficiente para que abrase el corazon en cuyos límites tratan de sofocarle.

Entre tanto creo no podreis menos de confesar que habeis padecido dos equivocaciones de consideracion: creeis respetar á la condesa mas que el caballero, y ya veis que sus requiebros son desinteresados, al paso que vos atentais nada menos que al corazon de la dama. Por otra parte os figurais que la afectada distraccion é indiferencia de esta eran presagios sino pruebas de vuestra desgracia. Desengañaos, amigo mio, no hay prueba mas cierta de una pasion que los esfuerzos que se hacen por ocultarla. Si la condesa os trata con afabilidad aunque arriesgueis algunas espresiones que denoten vuestra inclinacion, si os vé sin incomodar-

se dispuesto á hacerla la declaracion amorosa, desde luego os aseguro que se halla enamorada: creedme, la condesa os ama.

CARTA XXIX.

Por fin, marques, os oyen sin enfado protestar que amais, y jurar por todo lo mas sagrado que conocen los amantes, que sereis constante hasta la muerte. Y ahora ¿creeis en mis profecías? No obstante, os tratarán mejor si consentís en ser juicioso y quereis limitaros á los sentimientos de una amistad pura y desinteresada, porque el nombre de amor alarma á la condesa.... ¿Quién se detiene á disputar sobre las cualidades cuando la cosa en el fondo es una misma? Pero os importunan con dudas injuriosas sobre la sinceridad y constancia de vuestro cariño: se niegan á creeros, porque todos los hombres son falsos y perjuros; no quieren amaros, porque los demas son in-

constantes... ¡Qué dichoso sois, y que mal conoce la condesa su propio corazon si se figura que por ese medio va á persuadiros de su indiferencia! ¿Quereis que os descifre el verdadero valor de sus palabras?... Participa de la pasion que la manifestais, pero las quejas y desgracias de sus amigas, la han convencido de que las protestas de los hombres son casi siempre falsas: aunque en esta parte no puedo menos de confesar su injusticia, porque yo, que no me precio nunca de adularlos, estoy muy persuadida de que en tales ocasiones casi siempre proceden con sinceridad. Se enamoran de una muger, es decir sienten deseos de poseerla: la imagen seductora que se forman de su posesion los alucina; se figuran una série infinita de delicias. ¿Pueden presumir que el fuego que les devora llegue á debilitarse y á estinguirse? Les parece absolutamente imposible que asi llegue á suceder, y por eso nos juran con toda sinceridad que nunca dejarán de amarnos; y el dudarlo seria una injuria atroz, aunque no por eso dejan de prometer mas de lo que pueden cumplir.

Su prevision no los advierte que es imposible que el corazon se halle ocupado siempre de un mismo objeto. Cesan de amar sin saber por que, y no tienen valor para hacerse escrúpulo de su tibieza: continuan aun asegurando que aman, mucho tiempo despues de hallarse estinguida su pasion, y por último cansados de atormentarse á sí mismos, ceden al disgusto y se declaran inconstantes con tan poca aprension como antes juraron amar toda su vida. No hay cosa mas sencilla: la fermentacion que un amor naciente habia escitado en sus corazones, causó el encanto que los alucinaba, pero disipado el hechizo, y recobrada la serenidad, ¿qué podemos imputarles? Cuando prometieron, creian poder cumplir: si despues se han visto imposibilitados de egecutarlo, ¿qué nos importa? Muchas habrá que de ello se feliciten; unas por ver rotas las cadenas que las oprimian, otras porque la inconstancia de los hombres cede en beneficio de su aficion á la variedad.

Sea lo que quiera, lo cierto es que la condesa os achaca la inconstancia de vuestros

semejantes, y teme que os parezcais á los demas enamorados... ¡Qué torpes son las mugeres si creen que con semejantes temores, con sus dudas sobre la sinceridad y la inconstancia de los hombres, logran hacerlos creer que desprecian ó que huyen del amor! Cuando llegan á temer que las engañan haciéndolas esperar que gozarán de sus delicias; cuando se figuran que esos gozes serán de corta duracion, prueba es de que ya esperimentan los encantos de la pasion amorosa; y que las desazona el recelo de ser privadas de sus placeres demasiado pronto. Combatidas incesantemente por ese temor y por el poderoso atractivo que las inclina al placer, vacilan, y tiemblan de haber disfrutado de él lo suficiente para que su privacion las sea mas sensible. Creedme, marques, todas las mugeres que usen el lenguage de la condesa os dicen en sus espresiones: "Yo »me figuro todas las delicias del amor; la »idea que de ellas he formado es harto se»ductora. ¿Creeis que en mi interior no de»seo tanto como vos disfrutar de sus encan»tos? Pero cuanto mas hechicera es la ima-

»gen que de ella he formado acá en mi men-
»te, mas temo que no sea para mí otra co-
»sa que una ilusion deslumbradora, y si re-
»celo entregarme á sus goces, es solo por el
»temor de que mi felicidad espire antes de
»tiempo... ¿No abusareis algun dia de mi es-
»cesiva credulidad? ¿no llegará un tiempo en
»que castigueis la demasiada confianza que
»en vos he depositado?... Por lo menos ale-
»jad ese dia cuanto sea posible... Si yo pu-
»diese prometerme gozar por largo espacio
»el fruto del sacrificio que he de haceros,
»os confieso con franqueza, que no pasaria
»mucho tiempo sin que estuviésemos conve-
»nidos."

CARTA XXX.

El rival que os han dado es tanto mas temible cuanto que es un hombre tal como yo os habia aconsejado que apareciéseis. Conozco al caballero, y ninguno hay mas sa-

gaz que él pára conducir con arte una seduccion: apostaria á que no siente en su corazon ni la herida mas leve: por eso acomete á la condesa con toda serenidad: estais perdido, sin remedio. Un amante tan apasionado como la habeis parecido comete al dia mil inadvertencias, y los negocios mas sencillos perecen entre sus manos. A cada instante dá ocasiones á la crítica; y tal es su desgracia, que unas veces le daña su timidez y otras su precipitacion. No sabe aprovechar ninguna de aquellas ocasiones que aunque de corta entidad siempre dejan ganar algun terreno: por el contrario, un hombre que solamente enamora por distraccion aprovecha las ventajas mas insignificantes, nada se le escapa, observa su progreso, reconoce los flancos poco fortalecidos y se apodera de ellos: todo lo combina, todo lo dirije al mismo objeto. Hasta sus mismas imprudencias son efecto de la mas sana reflexion, y sirven para anticipar la victoria; finalmente adquiere tal superioridad que fijaria, por decirlo así, el dia de su triunfo.

Guardaos, marqués, de querer andar en un dia todo el camino: no manifesteis tanto amor que la condesa haga una entera confianza en el esceso de vuestra pasion. Causadla algunas inquietudes, obligadla á que se tome algun desvelo por conservaros, inspirándola de intento el temor de perderos. Ninguna muger os tratará con menos atenciones que aquella que os crea demasiadamente enamorado y que mas seguridad tenga en poseeros: su orgullo, mas aun que su virtud, la harán intratable. Semejante al mercader que ha conocido en vos sobrados deseos de adquirir sus telas exijirá mas de lo regular sin consideracion ninguna. Moderad pues una imprudente fogosidad, manifestad menos pasion y escitareis mas; porque solo conocemos un bien en el momento en que se nos vá de entre las manos. En el amor es indispensable un poco de artificio para labrar la felicidad de ambos amantes. Acaso os llegaria á aconsejar, si necesario fuese, que añadiéseis á vuestra pasion algo de trubaneria; porque en cualquiera otro negocio vale mas ser engañado que pí-

caro; pero en materia de amor los tontos son los engañados, y los pícaros tienen siempre de su parte á todos los bufones.

Es preciso convenir en que la verdad de mis asertos depende en gran parte del objeto cuya conquista habeis emprendido. Si hubiéseis dado con una muger ya de esperiencia no dejaria de seros de suma utilidad la aplicacion de mis consejos; pero tal vez haya que emplear diferentes armas para combatir á una novicia. Nada se aventura en manifestar á esta toda la impresion que ha causado: su agradecimiento es igual al efecto que sus encantos han producido; vuestro amor es el termómetro del suyo, y si conoce su violencia es para corresponder á ella agradecida: al contrario, la muger de mundo solo trata de utilizar vuestra pasion en beneficio de su vanidad, y hacer pagar bien caros unos favores á los que vos mismos habeis dado un valor bien elevado. De aqui podeis inferir que no hay verdades absolutas, pues casi todas son relativas. A Dios.

Me causa lástima el despedirme sin haberos dicho siquiera una palabra de consue-

lo. No hay que desanimarse: por mas formidable que os parezca el caballero, debeis tranquilizaros; y aun ¿quién sabe si la astuta condesa le habrá hecho aparecer en la palestra para inquietaros? No soy aduladora, pero puedo complacerme en asegurar que valeis mucho mas que él: sois jóven, empezais á brillar en el mundo y os consideran como á un hombre que nunca ha amado, al paso que el caballero cuenta ya algunos años de vida y de placeres. ¿Quién es la muger que desconoce estas ventajas? ¿Pero cuál es la que conociéndolas tenga la sencillez de confesarlas?

CARTA XXXI.

¿Probidad en el amor, marqués? ¿Estais en vuestro juicio? Amigo mio, sois hombre al agua: me guardaré muy bien de enseñar á nadie vuestra carta, porque serviriais de irrision á cuantos os conocen. ¿No os atreveis

decis, á tomar á vuestro cargo el artificio que os he aconsejado? Vuestra candidez y vuestros elevados sentimientos hubieran hecho de vos un hombre afortunado en tiempos menos positivos. Entonces se trataba el amor como un asunto de honor y delicadeza; pero hoy que la corrupcion del siglo todo lo ha trastornado, el amor no es mas que un juguete del humor y de la vanidad. La inesperiencia tolera aun en vuestras virtudes una rigidez tal, que si no tuviéseis suficiente entendimiento para amoldaros á las costumbres de la época, os perderia infaliblemente. En el dia no puede nadie presentarse tal como es en sí: todo se halla minado; nadie se paga mas que de ademanes, de signos y demostraciones. Todo es una farsa teatral; y los hombres tienen escelentes razones para proceder de esa manera; nadie ganaria si cada cual digese ingenuamente el bien ó el mal que piensa de su prójimo; por eso está convenido sustituir esa sinceridad de frases con todas las contrarias, y este modo de obrar se ha introducido por contagio en el amor. Sin embargo de vuestros principios eleva-

dos, no podreis menos de convenir en que cuando este estilo llamado cortesania, no se lleva hasta el estremo de la ironia ó hasta el de la traicion, es una virtud social el seguirle, y el comercio de la galanteria no es el que menos necesita de que sus personages aparezcan distintos de lo que son en sí. ¡Cuántas ocasiones no hallareis en que gana mas un amante disimulando su estremada pasion, que en otras aparentando un entusiasmo que no tiene! Tengo formada mi idea de la condesa, y me parece mas diestra que vos; estoy segura de que pone tanto cuidado en disimular su inclinacion, como vos en ostentar y multiplicar las pruebas de la vuestra. Os lo repito, amigo mio; cuanta menos pasion manifesteis mejor os tratarán; inquietadla tambien por vuestra parte; infundidla el temor de perderos; vedla venir: que este es el medio mas seguro de conocer el lugar que ocupais en su corazon.

CARTA XXXII.

¡Vos celoso, marqués! ¡Cuánto os compadezco! Sin duda será haceros un gran favor el disipar la desazon que os causa la asiduidad del caballero, aunque no me parece facil conseguirlo. Os aplaudis de vuestros sentimientos, y como os figurais que prueban vuestro amor y delicadeza, ¿quién es capaz de haceros renunciar á ellos? Si quisierais, sin embargo, examinar la naturaleza de esos sentimientos, encontrariais su verdadero origen, no tanto en el amor que profesais á la condesa, como en vuestra vanidad, y veriais que son al mismo tiempo humillantes para vos é injuriosos para ella.

Sí, marqués, los celos en la forma que los sufrís, segun me los delineais en vuestra carta, no son otra cosa que el dolor de ver que el mérito de otro sugeto hace impresion en el alma de una muger, de cuya posesion solo vos os considerais merecedor; y convenis en que si os atreviérais á seguir los mo-

vimientos de una vanidad ultrajada, exigiriais como primera prueba de amor, un absoluto desprendimiento, una marcada indiferencia para con todos los demas: quisiérais que solo en vos fijase su atencion, que no saludase á ninguno otro que se os asemejase, y que despreciase abiertamente las atenciones de los hombres de mérito mas distinguido.

Temeis que algun otro os arrebate el corazon de la condesa; y ¿no es eso una prueba de lo apreciable que es para vos su posesion? Sed franco; confesad que no serian tan vivos vuestros temores si la pérdida de tan preciosa prenda no supusiese en el rival favorecido un mérito superior al vuestro. Dejar de ser amado no es mas que una desgracia, que puede muy bien ser motivada por un capricho; pero ser suplantado, ver preferir á otro, eso es mucha humillacion, y lo mas singular, en un amante tan delicado como vos lo pareceis, es que de lo primero no se tarda mucho en consolarse, pero lo segundo no se perdona facilmente: y la verdadera razon acaso no la penetrais;

voy á decírosla: lo uno solo ultraja el amor, y lo otro la vanidad. ¿Pero aun esta vanidad esta bien entendida? el que teme un rival, ¿no se hace acreedor á que se le den? ¿no es en cierto modo confesar que conocemos alguno digno de competir y aun de obtener la preferencia? Formad mejor opinion de vos mismo: los celos no son el medio mas apropósito para asegurar la fidelidad de una querida; al contrario solo pueden servir para debilitarla: es familiarizarla con unos sentimientos cuya sola idea debia parecerla un crimen: cuando la indicais el temor de su inconstancia la acostumbrais á considerarla como posible, la advertis que se haga un mérito de su fidelidad. Afectad las apariencias de una perfecta confianza, y la quitareis hasta el pensamiento de amar á ninguno otro. ¿Quién se atreve á faltar á un hombre que tan seguro está de ser amado con constancia? ¿tendria tal seguridad si no mereciese en efecto ser preferido á los demas. Tal es la lógica de las mugeres.

Tampoco ignoran, por otra parte, que los celos son ofensivos al objeto amado; que

sospechar de su fidelidad es acusarle de perfidia, desconfiar de su moralidad y erigirse en tirano; es prometerse de los denuestos lo que no ha podido obtenerse de la inclinacion. Un corazon que á tal precio se conserva, ¿puede hacer la felicidad de un hombre de delicadeza? pero me engaño; no hay corazon que á semejante precio pueda conservarse... ¿No se envilece á sí mismo el que tan mala opinion puede formar?

Esos son los celos tales como existen en casi todos los amantes: ahora, decidme, ¿deben considerarse como prueba de amor?

Voy á daros una idea exacta de un método bien diferente de probar el amor, copiándoos una carta que en otro tiempo escribí al conde de Coligny.

CARTA DE LA SEÑORITA DE LENCLOS

AL CONDE DE COLIGNY.

¡Qué injusto sois, mi querido conde! Na-

da de cuanto os he dicho ha bastado á tranquilizaros... Las visitas del duque de... continuan inquietándoos, y veo que me confundis con esas mugeres que no conocen en el amor ni la probidad ni la franqueza. Estudiad mejor mi caracter; si hubiéseis dejado de agradarme, si el duque os hubiese reemplazado en mi corazon, no hubiera usado de mas sutileza que declararlo ingenuamente, y me hubiese guardado muy bien de esperar ni de merecer vuestras reconvenciones. Hacednos mas justicia, y tratad de imitar la delicadeza que me he prescripto para con vos. ¿Creeis ingenuamente que por mi parte he estado exenta de cuidados? ¿imaginais por egemplo que he podido ver sin alterarme vuestras reiteradas visitas á la presidenta; que he oido hablar sin conmoverme de vuestras cenas en casa de Hortensia y de los conciertos en la de la mariscala? y ¿he dejado escapar la mas mínima queja en semejantes ocasiones? No lo creo. El temor de causaros el mas leve disgusto, de oprimiros, de privaros vuestras distracciones, ha sido bastante para contenerme. Al amaros no conozco otra felicidad que

la vuestra; toda mi atencion se ocupa en esceder á mis rivales en belleza, y procurar que encontreis á mi lado un placer superior á todos los que las demas puedan ofreceros. Como las mugeres ordinarias no buscan otra cosa en el amor que su propia felicidad ó el interés de su orgullo; los celos en ellas participan del encono y de la tirania. ¡Qué diferentes son en mi corazon! Pero cuán diferente es tambien el principio de que proceden! Ninguna de ellas tiene, en verdad, un amante como el que yo tengo, y á él es á quien debo toda la tranquilidad de que disfruto. Mi querido conde tiene un discernimiento exacto, un gusto delicado: y estas dos escelentes cualidades son las que me han tranquilizado contra las pretensiones de las demas mugeres: no sé si por prudencia ó por vanidad, me he lisonjeado siempre de que sabria distinguir á una amante verdadera y apasionada de aquellas mugeres que solo por la coqueteria se dejan conducir. A los ojos de un necio un cumplimiento es una insinuacion amorosa; un obsequio es una distincion; la mas mínima alabanza, sazonada

tal vez con ironia, la creen una declaracion, y en fin una aficion frívola la juzgan una pasion verdadera: como que carecen de delicadeza sobre la eleccion de los objetos, todo lo que afecta las apariencias de una feliz aventura tiene derecho á complacerlos; pero con un hombre de vuestras circunstancias, cada cosa queda reducida á su justo valor; la aficion no puede pasar por sentimiento, ni la falsedad por franqueza, ni la apariencia por realidad. No cifra su gloria en la conquista de todos los corazones; poco ambicioso de inspirar aficion en general, cuando llega á encontrar la única persona que merece su homenage, se dedica esclusivamente á conmover su corazon, á conservarle, á colmarle de cuantas distinciones es acreedor. Otras muchas podrán tambien contribuir á distraerle, ser el objeto de su galanteria, pero ninguna llegará á interesarle. Cuántas veces me he dicho á mí misma: ahora está el conde en casa de Hortensia ó de la presidenta; acaso esté á su lado con placer; otra muger es el objeto de su distraccion, de su alegria; pero es feliz, y eso me basta.

El interés que allí se toma en nada se asemeja á los placeres que disfruta á mi lado: la especie de felicidad que el amor le proporciona ocupa un lugar muy diferente de todo cuanto deja de referirse á ella. El conde no tiene conmigo la misma alegria que con las demas mugeres; sus miradas, sus obsequios, sus mas indiferentes ademanes adquieren una impresion muy diferente. Asi es que lejos de aborrecerlas, me alegro infinito que contribuyan á diversificar sus placeres, y aun las agradezco, las amo, y en ellas á quien amo no es á otro que á mi conde. Por otra parte, querido conde mio, cuanto mas amables sean, mas lisonjero me será que las visiteis con frecuencia sin que vuestra inclinacion hácia mí se disminuya... ¿Pero habré de temer de vos el llegaros á ser indiferente? Entonces ¿qué otra cosa pudiera consolarme de la pérdida de vuestro corazon que el mérito y la belleza de mi rival?

¿Seria la presidenta la que mereciese vuestra preferencia? Es juguetona, vivaracha y agradable, pero lo es solamente por tempe-

ramento. ¿Seria Hortensia? Sus ojos respiran ternura y languidez, no la falta amabilidad y gracias; pero estas ventajas solo se las debe á la naturaleza. ¿Habré de temer acaso á la mariscala? En verdad que reune un elegante talle á un gusto esquisito en el adorno, y abunda en chistes y en talento; pero esas cualidades solo las debe al deseo de ser distinguida por los hombres, y á su afan por humillar á las mugeres. Ahora examinad cual es en mí el origen de las pocas ventajas que en mí habeis encontrado; y hallareis que solo las debo al amor. El es quien las ha dado el ser, y quien las dá todo el valor: á él es á quien debo esa vivacidad que solo vos sabeis apreciar; él quien pone en mis ojos esa impresion de ternura capaz de inspirarle á quien es su objeto; él solo infunde nobleza en mi presencia, en mi adorno un gusto refinado, esplendor en mi belleza, animacion en mi espíritu y espresion en mi silencio. Sin él todo es en mí, todo es para mí sin vida, sin accion. En una palabra, conde, á vos es á quien lo debo todo, nada á la naturaleza, á la casualidad ni al or-

gullo. Quisiera que todos los hombres me rindiesen sus homenages para sacrificarlos en las aras de vuestro amor. Pero ya que os place dudar aun de mis sentimientos egerced un imperio que me complazco en reconocer; hablad, y no volveré á recibir mas en mi casa al objeto que causa vuestra inquietud; y no se os pase por la imaginacion que trato de haceros considerar esta accion como un sacrificio; pues aun cuando me costara algun esfuerzo, es tal mi amor que todos los sacrificios que pudiera haceros solo servirian para estrechar mas y mas los lazos que nos unen."

Esta es, marqués, la única especie de celos que conviene padecer y escitar.

CARTA XXXIII.

Un silencio de diez dias, caballero, empezaba ya á tenerme con cuidado.

Por fin ha tenido un éxito feliz la apli-

cacion que de mis consejos habeis hecho, y no puedo menos de felicitaros; pero lo que no apruebo es que la negativa que os hacen de una declaracion os ponga de mal humor; tan preciosa es para vos la espresion *yo os amo*. Quince dias hace tratabais de investigar el corazon, de penetrar los secretos de la condesa: lo habeis conseguido: conoceis su inclinacion hácia vos: ¿qué mas podeis apetecer? una declaracion mas ó menos ¿puede aumentar vuestros derechos á su corazon? En verdad que sois muy singular porque al cabo ¿sabeis que no hay cosa mas apropósito para alarmar á una muger juiciosa que esa terquedad con que los hombres en general exigen la declaracion que os han negado? No puedo comprenderos. ¿Esa negativa no es mil veces mas preciosa á los ojos de un hombre delicado, que la declaracion mas positiva y terminante? ¿Quereis conocer vuestros verdaderos intereses? pues lejos de perseguir á una sobre ese punto, dedicaos como os he dicho antes de ahora, á ocultarla los progresos de su inclinacion. Haced que os ame antes que lo pueda advertir, an-

tes de ponerla en la necesidad de declararselo á sí misma. ¿Puede esperimentarse una situacion mas deliciosa que la de ver un corazon interesarse por vos, sin percibirlo, acalorarse por grados y al fin enternecerse? ¡Qué deleite será el gozar en secreto de todos sus movimientos, dirigirlos, aumentarlos, apresurarlos, complacerse en la victoria antes de que la hermosa haya podido presumir que preparaban su derrota! Eso es lo que yo llamo placeres. Creedme, marqués, obrad para con la condesa como si hubiéseis logrado ya la declaracion á que dais tanta importancia. No os ha dicho *yo os amo*; pero el no haberlo dicho es porque os ama en efecto, y habrá hecho en desquite cuanto la haya sido posible por daros á conocer su amor. ¡Cuántas se habrán entregado en los brazos de sus amantes sin haber llegado á pronunciar esa fatal palabra!

Semejante declaracion suele ser en las mugeres difícil de pronunciar: desean por lo menos tanto como vosotros manifestar esa inclinacion que con tanto afan procurais descubrir; pero ¿qué quereis? los hombres, in-

geniosos en crearse obstáculos han añadido la vergüenza á la confesion que ellas hicieran de su estado, y cualquiera que sea la idea que se hayan formado de nuestro modo de pensar, esa declaracion siempre es para nosotras humillante, porque por poca esperiencia que tengamos no dejamos de conocer todas sus consecuencias. El *yo te amo*, no es en sí mismo criminal, pero sus resultados nos asustan. ¿Qué medio buscaremos para disimularlos? ¿Cómo dejar de prever los compromisos que trae consigo?

Ademas, mirad bien lo que haceis; vuestra perseverancia en exigir esa declaracion no es tanto efecto del amor como de la vanidad, y desconfio de que podais engañarnos sobre los verdaderos motivos de vuestras instancias. La naturaleza nos ha dotado de un instinto admirable que nos deja discernir con exactitud todo lo que nace de la pasion, de cuanto la es estraño. Siempre indulgentes para con los efectos que produce un amor que os hemos inspirado, os perdonamos las imprudencias, los arrebatos, las estravagancias de que los amantes sois capa-

ces; pero nos hallareis dispuestas á irritarnos cada vez que nuestro amor propio haya de entrar en lucha con el vuestro. Y ¿quién lo creeria? siempre que nos dais motivos de disgusto es por cosas las mas indiferentes á vuestra felicidad. Vuestro orgullo reunido á esas pequeñeces es el que os impide gozar ventajas verdaderas. Creedme, contentaos con complaceros de la certidumbre de que sois amado de una muger adorable; disfrutad, sin tiranizarla del placer de ocultárselo á ella misma, gozad de su seguridad. Si á fuerza de importunidades llegaseis á arrancar el *yo te amo* ¿qué adelantariais con eso? ¿terminaria entonces vuestra incertidumbre? Sabeis si acaso no le debiais mas á la complacencia que al amor. ¿Yo conozco muy bien á las mugeres; y son muy capaces de engañaros con una declaracion entendida, pronunciada solo con los labios, sin que jamas viéseis en ellas esas demostraciones involuntarias de una pasion que se quiere contener. En una palabra las declaraciones verdaderamente apreciables no son las que nosotras hacemos, son las que se nos escapan.

CARTA XXXIV.

Ya estais en el colmo de la alegria: está ya decidido, os sacrifican un rival, y el triunfo es vuestro. ¡Con qué facilidad se lisonjea vuestra vanidad! Cómo me reiria yo si vuestra pretendida victoria se dirigiese á despacharos algun dia vuestra licencia absoluta; porque si desgraciadamente ese sacrificio de que tanto os envaneceis no fuese mas que una ficcion; si la condesa hubiese tratado por ese medio de despertar en el corazon del caballero un amor que empezaba á adormecerse; si solo fuéseis la ocasion de los celos en el uno y el instrumento del artificio en la otra ¿creeriais que eso fuera algun milagro? Todos los hombres piensan del mismo modo: se figuran que el sacrificio que les hacen de un rival supone su superioridad sobre él; y ¡cuántas veces sucede que ese sacrificio es efecto de la astucia! Muy á menudo suele ocurrir que la víctima de esa combinacion se complace de ella tan sinceramente como su ven-

cedor. Si por casualidad es sincero ese sacrificio, una de dos, ó la hermosa habia amado á ese rival, ó no: en el primer caso, cuando le despide prueba que ya no le ama; y ¿qué gloria se saca de semejante preferencia? Si no le habia amado ¿qué podremos concluir en favor vuestro de esa pretendida victoria? En los dos casos os prefiere á un hombre que la era indiferente ó tal vez aborrecido.

Hay ademas otra ocasion en que podeis ser preferido sin que la preferencia os sea gloriosa; y es cuando la vanidad del objeto de vuestro afecto es mayor que su inclinacion hácia vos. Con vergüenza nuestra sea dicho: pocas veces sucede que un amante sin mas mérito que su amor, pueda competir mucho tiempo en el corazon de las mugeres con un hombre distinguido por su rango, por sus criados, por sus posesiones, y por su nacimiento. La mediania en la fortuna de un amante hace sonrojar á las mugeres, y si vacilan en proclamar su vencedor, en hacerse un deber de sacrificarle, solo las detiene la eleccion de los motivos que á ese acto la

conducen, entre las muchas razones que para despedirle se la presentan. No quiera Dios que se me pase por la imaginacion el que debais á semejantes causas la victoria que me comunicais; creo á la condesa demasiado sinceramente enamorada, para que la preferencia que obteneis deje de ser efecto de su inclinacion y de vuestro mérito; pero he querido daros á conocer cuántas veces habria motivos para avergonzarse de su triunfo si se conociese su verdadero origen.

CARTA XXXV.

Ya no es el caballero el causante de vuestras inquietudes; la condesa recibe en su casa muchos mas hombres que mugeres, y esa conducta os alarma... Creedme; lejos de quejaros de ella, procurad arraigar esa costumbre. Muchas señoras he conocido, que aconsejaban á sus amigas tratasen de formar su sociedad de hombres de distincion

y recibiesen las menos mugeres que las fuese posible, persuadidas de que las lisonjas de aquellos son siempre menos peligrosas para una joven que los consejos y el ejemplo de estas.

Pocas mugeres hay que no se hayan visto comprometidas, unas por imprudencias y otras por faltas positivas. Lo uno y lo otro es igual para el público; de todas hace la misma clasificacion, y no guarda mayores consideraciones con las que con ellas se relacionan. La tranquilidad de la condesa y la vuestra, no quedarian con semejante sociedad menos espuestas que su reputacion. Las intrigas que reinan en semejantes reuniones, la envidia que todas las mugeres se tienen unas á otras os espondrian á disgustos sin fin. Si la hermosura de la condesa, sus gracias, y talento escediesen al de las demas, como continuamente las observaban de cerca, se aumentaria su envidia: las mas eminentes cualidades de la primera serian el objeto de las burlas y chanzonetas mas insultantes; su inclinacion hácia vos, sus atenciones, su fidelidad se-

rian elogiados por la sátira y por la ironía, mas á propósito para hacerla sonrojar que todos los requiebros de los hombres mas apreciables. Al contrario, el deseo de merecer el aprecio de estos últimos, el temor de ser descubierta por los que procediesen con objeto determinado, la firmeza de alma que se adquiere en su trato, sostienen la fidelidad de una muger, la fortaleza de sus principios, y muchas veces de una querida afectuosa hacen una amiga sólida y verdadera.

Pasaré mas adelante á riesgo de escandalizaros; estoy persuadida de que la sociedad de las mugeres, aun de las mas juiciosas, puede ser peligrosa para una jóven. La virtud no destruye en nosotras el fondo de envidia que en materia moral constituye el carácter distintivo de nuestro sexo: puede una ser consecuente y no por eso dejar de ser envidiosa, y por lo mismo perversa. La jóven no tiene que temer de las honestas consejos contrarios á la virtud, pero está próxima á otro peligro no menos temible. Casi todas las que abrazan la profesion de *juiciosas*, ó pasaron ya la edad de la juven-

tud, ó son defectuosas en su conformacion, ó se hallan dotadas de un carácter duro é incompatible con todo lo que constituye una persona amable. Estas tres especies tienen con corta diferencia los mismos intereses y siempre las mismas intenciones, que son declamar contra las mugeres de mérito porque las privan de los homenages á que se creen acreedoras. Empiezan por afectar desprecio á las bellezas del rostro y las gracias de la juventud; continúan haciendo valer la superioridad de las cualidades sólidas que se precian de obtener. Pero al ver que los hombres tienen la poca delicadeza de preferir la hermosura, las prendas agradables, la festiva alegria, concluyen por disminuir cuanto las es posible esas bellas cualidades que constituyen el adorno moral de la juventud. Son la *Celeno* de la fábula que corrompia cuanto tocaba (*). Adjunta os incluyo copia de una carta que viene como de

(*) Celeno era una de las tres arpías, y tenian esta cualidad.

molde á mi pensamiento: me parece inutil deciros de qué modo ha llegado á mis manos; siempre he cuidado de recoger cuantos documentos pueden desarrollar los dobleces del corazon humano.

"Cuanto mas lo medito, querida amiga, mas me persuado de que hemos errado el camino que debia conducirnos á nuestro objeto. Las frecuentes ironias, los continuos epigramas, un odio declarado, no me parecen armas muy á propósito para destruir las ventajas que á nuestra comun enemiga la conceden su juventud y algunos débiles atractivos. La conducta que observamos descubre demasiado nuestras intenciones, puede escitar contra nosotras el odio, y si la declaramos una guerra abierta, ¿quién sabe si llegará á reunir la compasion á los demas sentimientos que ya ha logrado escitar? Sigamos en adelante una senda enteramente opuesta; busquemos su trato; hagámonos amigas suyas; esforzémonos por ganar su confianza; usemos del ascendiente que los años deben naturalmente darnos sobre su juventud, en

» fin tratemos de llegar á dominarla y hacer-
» nos confidentas suyas. A fuerza de destreza
» y de paciencia, estoy segura que llegaremos
» algun dia á lograr que no vea, ni oiga ni
» piense sino por medio de nosotras. Nues-
» tro triunfo es seguro si conseguimos inspi-
» rarla indiferencia hácia esos vanos atrac-
» tivos cuya frivolidad la haremos conocer:
» sustituyamos á la hermosura con que la
» naturaleza la ha adornado la aficion á las
» cualidades eminentes; la circunspeccion á
» la vivacidad; la verdad al sofisma la
» satisfaccion á la desconfianza; el tono jui-
» cioso á las chanzas picantes. En una pa-
» labra, hagámosla tan sólida, tan estimable
» que lograremos desvanecer esos hechizos
» que atraen y fijan á los hombres en torno
» suyo. Es verdad que nos esponemos á ha-
» cer una muger madura y reflexiva de la
» que debia ser únicamente loca y divertida;
» pero ¿qué mas podemos desear? Si la acos-
» tumbramos á despreciar sus cualidades, to-
» das sus virtudes serán desordenadas, y si
» no me equivoco, se pasará muy poco tiem-
» po sin que la veamos incurrir en el ridí-

» culo, y será tan poco obsequiada como si fue-
» se vieja y fea cual ninguna. Ese es, amiga
» mia, el partido que mas prudente me ha
» parecido: manifestar envidia es reconocer la
» superioridad de una rival; pero destruirla
» aparentando perfeccionarla, es la obra maes-
» tra del arte y el colmo de la satisfaccion.»

¿Qué os parecen, marqués estos principios? Si os nombrase la persona de quien proceden no me creeriais; tanta es su reputacion, tan acreditada se halla en el sentido contrario. Es una muger que pasa por agena de pasiones y de pretensiones; es, dicen, la candidez, la franqueza personificada: nada mas puro que sus principios, nada mas indiferente que su corazon, nada mas sincero que su amistad... Ahora fiaos en las virtudes.

CARTA XXXVI.

¿Me dispensareis, marqués, el que me

haya reido del motivo de vuestra aflicion? Eso es tomar las cosas muy á pechos. Algunas imprudencias, os han acarreado, decís, el enojo de la condesa, y vuestro dolor es estremado. Habeis besado su mano con un entusiasmo que todos lo han notado, y ella ha reprendido públicamente vuestra indiscrecion; y las notables preferencias con que distinguis á la condesa, siempre ofensivas para las demas mugeres os han espuesto á las enconadas zumbas de la marquesa y su cuñada. ¡Sin duda que son unos sucesos terribles! ¿y teneis la candidez de consideraros perdido sin recurso por las apariencias de un enojo fingido, sin que siquiera os haya pasado por la imaginacion que en el fondo estareis acaso disculpado? A mí me toca persuadiros, y para ello me veo precisada á revelaros estraños misterios por lo que á nosotras concierne. Pero cuidado, que al escribiros no pienso hacer la apologia de mi sexo. Debo hablaros con franqueza; os lo he prometido asi, y sabré cumplirlo.

Las mugeres nos vemos de continuo agitadas por dos pasiones inconciliables entre sí,

el deseo de agradar y el temor de la deshonra: juzgad cual será nuestra perplejidad. Por una parte deseamos espectadores del efecto de nuestros atractivos, nos ocupamos de continuo en procurarnos celebridad; impacientes por encontrar ocasiones de mortificar el orgullo de las demas mugeres, quisiéramos hacerlas presenciar todas las preferencias que obtenemos, todos los homenages que nos tributan. ¿Sabeis en este caso por dónde medimos nuestras satisfacciones? Por la pesadumbre de nuestras rivales, las imprudencias que las revelan los sentimientos que inspiramos, nos estasian á proporcion de su desconsuelo, y esas mismas indiscreciones nos persuaden mas de que somos amadas, que una circunspeccion incapaz de proporcionar ninguna reputacion á nuestros encantos.

Pero qué de disgustos suelen acibarar unos placeres tan esquisitos. A par de tantas ventajas camina la mordacidad y la maledicencia de los concurrentes, y no pocas veces su desprecio: fatalidad que nos contrista sobremanera. En el mundo no se sabe di-

ferenciar la muger que tolera ser amada, de la que recompensa el amor que la profesan. Una muger juiciosa, sola y á sangre fria preferiria su buena reputacion á la celebridad mas apreciable. Pero si se la coloca frente á frente de rivales que puedan disputarla el precio de la belleza, aunque sepa perder esa reputacion que tanto estima, aunque la cueste mil compromisos, nada iguala en ella al placer de verse preferida. No pasará mucho tiempo sin que os recompense con su distincion; al principio creerá no concedérsela sino al agradecimiento; pero sin embargo no dejará por eso de ser una prueba de su inclinacion; y temiendo aparecer ingrata, será sensible y cariñosa.

¿Creereis ahora que vuestras imprudencias nos enfadan? Si al pronto nos damos por ofendidas, es por pagar el tributo debido á la moral, y vos seriais el primero en reprobar una indulgencia escesiva; pero cuidado con trocar los frenos. Si en tales ocasiones no nos enfadásemos, seria ofendernos á nosotras mismas: deber nuestro es recomendaros prudencia y discrecion; vosotros

sabeis cuál es el vuestro. Dicen que tomar las leyes al pie de la letra no es entenderlas; estad seguro, que satisfareis nuestros deseos si sabeis interpretarlos.

CARTA XXXVII.

¡Al fin se van cumpliendo mis predicciones! ¡la condesa ya solo se bate en retirada: ¡creeis que no tiene otro objeto que esperimentaros! En vano tratais de comprometerla por medio de notables preferencias, por la imprudencia de la pública ostentacion de vuestro afecto; ya no tiene aliento para reprenderos; la mas mínima escusa hace espirar en su boca las reconvenciones, y su enfado es tan precioso que haceis cuanto está á vuestro alcance por merecerle. ¡Con qué placer participo de la alegria que os causa un éxito tan brillante! Pero si la estimais, procurad que esa conducta, por lisongera que sea, no dure mucho tiempo. ¡Qué mal co-

nocen sus verdaderos intereses las mugeres que quieren cuidar de su reputacion! ¿Por qué multiplicar asi por una incredulidad afectada las ocasiones de dar en que ocuparse á la murmuracion? ¿cuándo se persuadirán de que no están sujetas á esos obstáculos todo el tiempo que dura su pasion amorosa? Las dudas que afectan de la sinceridad de sus amantes, son las que mas perjuicio causan á su estimacion; mas aun que su derrota misma, su incredulidad da margen á mil imprudencias que las comprometen, y asi espenden su reputacion al pormenor. Un amante nada perdona cuando se le presenta la ocasion de probar la sinceridad de su afecto. El entusiasmo mas indiscreto y la mas notable preferencia, le parecen los medios mas seguros de conseguir su objeto: pero le es imposible emplearlos sin que todos los adviertan, y sin que las demas mugeres se den por ofendidas y ejerzan su venganza por medio de las mas insultantes invectivas. Pero una vez sentados los preliminares; es decir tan pronto como empezamos á creernos recíprocamente amados, nada aparece ya en el esterior,

nada traspira y si algo traslucen de nuestras relaciones, si las ponen en cuento no es mas que por el recuerdo de lo que pasó en un tiempo perdido para el amor. Admirad semejante anomalia: precisamente los esfuerzos que hacemos por conservar la virtud son los que perjudican á la reputacion. ¿Por qué esponerse á esos inconvenientes cuando al cabo tenemos que ceder?

Conozco que mis observaciones no hubieran sido admisibles en aquel tiempo en que la torpeza de los hombres hacia mas intratables á las mugeres; pero en el dia, que la audacia de los sitiadores nos deja tan pocos recursos, hoy que ya está averiguado que desde que se inventó la pólvora no hay plazas inexpugnables, ¿por qué esponernos á las molestias de un sitio en forma, cuando es seguro que al cabo de mil trabajos y desastres habrá precision de capitular? Que reflexione vuestra amable condesa, y verá los peligros á que la espone una desconfianza mas prolongada de vuestros afectos: es necesario obligarla que os crea por el cuidado que debe tener de su reputacion, suministrán-

dolá en esto una razon mas para que os conceda una confianza que sin duda la cuesta mucho dilatar.

CARTA XXXVIII.

Os ha escandalizado, marqués, mi última carta; ¡pretendeis á toda fuerza que no sea imposible hallar en nuestro siglo mugeres virtuosas! ¿y quién os dice lo contrario? Al comparar las mugeres á las plazas sitiadas he sentado que no hay ciudad que no se haya rendido. ¿Cómo he podido decir semejante cosa, cuando hay muchas que no han sido atacadas? Ya veis que soy de vuestro parecer: me esplicaré sin embargo para evitar sutilezas y argumentos. Ved aquí mi profesion de fé sobre este particular: creo firmemente en las mugeres virtuosas con tal que nunca hayan sido atacadas ó en la suposicion de que lo hayan sido con torpeza; creo tambien en las mugeres virtuosas aun-

que atacadas y bien atacadas, si no han tenido ni temperamento, ni pasion violenta, ni libertad, ni marido aborrecible. Me dan ideas de comunicaros con este motivo una conversacion bastante acalorada que sobre el particular sostuve siendo todavia jóven con una mogigata, á quien una aventura ruidosa acababa de arrancar la máscara. Entonces no tenia yo aun esperiencia y juzgaba á las demas con aquella severidad que se conserva hasta que algunas faltas personales nos hacen ser mas indulgentes para con el prójimo. Se me antojó criticar sin consideracion la conducta de aquella muger, ella lo supo, y como algunas veces soliamos vernos en casa de una parienta mia, me llamó un dia aparte y me dirigió la repasata que voy á repetir, la cual me causó bastante impresion para quedar grabada en mi memoria.

"Quiero hablaros un momento á solas, »me dijo, no para echaros en cara las es»presiones con que me habeis injuriado, si»no para daros consejos cuya solidez acaso »algun dia llegareis á conocer. Habeis re»probado mi conducta con tal severidad, y

» en la actualidad me tratais con un despre-
» cio que me aseguran de lo mucho que os
» envaneceis de no haber dado todavia que
» decir. Creeis ser virtuosa, y estais persua-
» dida de que la virtud no os abandonará
» jamás. Esas, querida mia, son puras ilusio-
» nes de vuestro amor propio, y yo me creo
» obligada á ilustrar vuestra inesperiencia,
» y haceros conocer que esa virtud que tan-
» to os envanece, lejos de ser duradera ni vos
» misma sabeis si existe ya. ¿Os asusta este
» preámbulo? pues estadme atenta un mo-
» mento, y no podreis menos de convenir en
» la verdad de cuanto voy á deciros.

«Nadie hasta ahora os ha hablado de
» amor; solamente el espejo os ha advertido
» que sois bastante bella. Vuestro corazon,
» segun infiero por el desden que manifestais,
» no se halla aun desarrollado, ó por mejor
» decir la voz de la naturaleza no ha reso-
» nado en él. Mientras permanezcais en esa
» situacion, mientras no os pierdan de vista,
» como ahora sucede, yo respondo de vos: pe-
» ro cuando el corazon llegue á hablar, cuan-
» de esos ojos, hechiceros por sí mismos, ha-

»yan recibido sentimiento, vida, animacion;
»cuando hablen el lenguage del amor; cuan-
»do os agite una inquietud interior, y os aco-
»metan deseos medio sofocados por los es-
»crúpulos de una buena educacion, hacien-
»doos sonrojar en secreto mas de una vez,
»entonces vuestra sensibilidad y los comba-
»tes que os costará el sujetarla, os enseña-
»rán á disminuir vuestra severidad para con
»las demas y sus faltas os parecerán mas disi-
»mulables. El conocimiento de vuestra debi-
»lidad no os permitirá contemplar como in-
»falible vuestra virtud. Os admirareis mas
»todavia cuando veais el corto socorro que en
»esa virtud hallais contra una inclinacion
»impetuosa; tanto que llegareis á dudar si
»aquella ha existido. ¿Quién es capaz de ase-
»gurar el valor de un hombre que en ningun
»combate se ha visto todavia? Lo mismo su-
»cede con nosotras. Los ataques que nos dan
»son los que pueden dar á conocer nuestra
»virtud, asi como el peligro descubre el va-
»lor. Mientras nunca se ha visto al enemigo,
»se ignora hasta qué punto es formidable,
»y hasta qué grado de resistencia podre-

»mos oponerle. Para que una muger pueda »llamarse prudente y virtuosa por esen»cia, es preciso que ningun peligro, por »enorme que sea, ninguna causa por apre»miante que parezca, ningun pretesto sea »capaz de hacerla sucumbir: es preciso que »la ocasion mas favorable, el amor mas »tierno, la mas secreta certidumbre, el apre»cio, la confianza mas perfecta en el que las »acomete, es preciso que todas esas ventajas »reunidas no hayan podido hacer mella en »su valor; de forma que para saber si una »muger es virtuosa en el verdadero sentido »de la palabra debe suponerse una que ha»ya salido ilesa de tantos peligros reunidos, »porque seria como si nada hubiese hecho el »haber resistido al amor sin temperamento, »á la ocasion sin amor, ó al temperamento »sin ocasion. Su virtud seria siempre incier»ta mientras no hubiese sido acometida á »un mismo tiempo con todas las armas ca»paces de vencerla. Siempre se podria decir »que si su temperamento hubiese sido dife»rente no hubiera resistido al amor, ó que »si se hubiera presentado ocasion favora-

» ble, su virtud hubiera sido una farsa."

Segun eso, la dije, no habrá ninguna muger virtuosa, porque no creo que puedan hallarse muchas que hayan sido acometidas por tantos enemigos á la vez. "Puede muy » bien suceder, me contestó, pero ¿sabeis la » causa? Porque no se necesitan tantos para » vencernos; con uno solo basta."

¿Y pretendeis, repliqué, que nuestra virtud no consiste solamente en nosotras, pues que la haceis depender de la ocasion y de otras causas agenas á nuestra voluntad? " Sin » duda alguna, hija mia, ¿sois dueña de tener » un temperamento frio ó ardiente? ¿Está en » vuestra mano el defenderos de una pasion » violenta? ¿Depende de vos el arreglar to- » das las circunstancias de vuestra vida de » forma que nunca os encuentre sola un aman- » te á quien adorais, que conoce sus ventajas » y sabe aprovecharse de ellas? ¿Depende de » vos el impedir que su entusiasmo, por ino- » cente que sea, deje de producir sobre vues- » tros sentidos el efecto que por necesidad de- » be causar? Seguramente que no, y sostener » lo contrario, seria lo mismo que afirmar que

» el acero puede si quiere dejar de seguir al » iman. ¿Pretendeis acaso que vuestra virtud » es obra vuestra? ¿Qué, podeis atribuiros la » gloria de una ventaja que á cada momento » estais espuesta á perder? La virtud de las » *mugeres, como todos los demas bienes que* » disfrutamos es un don del cielo, es un fa- » vor que puede retirarnos. Conoced bien » cuán injusta sois gloriándoos de ser virtuo- » sa; persuadios bien de vuestra sinrazon, » cuando tan cruelmente maltratais á aque- » llas que al nacer tuvieron la desgracia de » traer al mundo una invencible inclinacion » al amor; aquellas de quienes se ha apode- » rado una pasion violenta, ó que se han » visto en uno de aquellos momentos desgra- » ciados, de los que vos misma tal vez no hu- » biérais salido mas triunfante.

» ¿Quereis que os dé otra prueba de la » exactitud de mis ideas? La buscaré en vues- » tra misma conducta. ¿No estais en la mas » íntima persuasion de que toda muger que » quiere ser virtuosa no debe dejarse sorpren- » der; que debe observarse exactamente hasta » sobre las mas insignificantes bagatelas, por-

» que conducen á cosas de mayor importan-
» cia? ¿No creeis mucho mas facil evitar la
» audacia de los hombres con solo afectar
» un esterior severo, que defenderos de sus
» ataques? La prueba de lo que digo es, que
» la educacion para contener á las jóvenes
» en los límites de la virtud, las rodea de
» una prodigiosa multitud de trabas. Hace
» mas: una madre prudente no descansa ni
» en los sólidos principios de su hija, ni en
» el temor de la deshonra que ha infundido
» en ella, ni en la mala opinion que de los
» hombres la ha hecho formar: no la pier-
» de de vista y la pone en la imposibilidad
» de sucumbir á la tentacion. ¿Cuál es la
» causa de tantas precauciones? Esa madre
» teme la fragilidad de su hija si un instante
» la deja espuesta al peligro; y á pesar de
» todos los obstáculos de que la rodea; ¿cuán-
» tas veces sucede que el amor todo lo su-
» pera? Una joven bien educada, ó por me-
» jor decir bien vigilada, se envanece de su
» virtud, porque se figura que es producto de
» sí misma; pero casi siempre es lo mismo
» que un esclavo cuidadosamente encadena-

» do que quiere le agradezcan el no haber
» emprendido la fuga.

» ¿Y qué idea formareis de las mugeres
» perdidas? O no han sido bastante ricas ó bas-
» tante dichosas para que las haya rodeado
» incesantemente esa multitud de obstáculos
» que os han salvado; los hombres las han
» combatido con mas atrevimiento, con mas
» facilidad, con mayor frecuencia y con un
» número infinito de ventajas; ó las impresio-
» nes de la educacion, del ejemplo, de la al-
» tivez, la esperanza de un establecimiento
» ventajoso no han sido capaces de sostener-
» las. Si hubiéseis nacido dos puertas mas
» abajo de esa muger á quien mirais tan des-
» deñosamente, ¿quién sabe si al cabo de dos
» dias todos los ausilios estraños que sostie-
» nen esa virtud de que tanto os engreis, no
» serian sino unas débiles é impotentes bar-
» reras, y llegariais á haceros mas despre-
» ciable que ella, pues que teniais mas me-
» dios para preservaros de esa desgracia?

» No quiero arrebataros, sin embargo el
» mérito de vuestra virtud para que dejeis
» de apreciarla; al convenceros de vuestra

» fragilidad, solo pretendo un poco de indul-
» gencia para aquellas á quienes una inclina-
» cion harto impetuosa ó circunstancias des-
» graciadas han precipitado en un estado tan
» lamentable hasta á sus mismos ojos. Mi
» único objeto es haceros conocer que no de-
» beis envaneceros tanto de poseer una ven-
» taja que no os la debeis á vos misma, y de
» la que acaso mañana os veais privada."

Iba á continuar, pero nos interrumpieron. No pasó mucho tiempo sin que la esperiencia me diese á conocer que debia desconfiar de muchas virtudes que hasta entonces habia admirado, y de la mia la primera.

CARTA XXXIX.

Estoy en la misma persuasion que vos, marqués; aunque las ideas que ayer os comuniqué parecen verdaderas en teoria seria peligroso que todas las mugeres se de-

jasen persuadir de ellas. El conocimiento de su fragilidad no es el medio mas á propósito para hacerlas virtuosas, sino la íntima conviccion de que son libres y dueñas de ceder ó de resistir: si aseguran al soldado, que vá sin recurso á ser vencido, ¿lograrán entonces hacerle combatir con valor? Pero os habeis olvidado de que la que hablaba en mi carta tenia un interés personal en hacer recibir su sistema. Es verdad que si se examinan sus razonamientos á la luz de la filosofia, parecerán por lo menos especiosos; pero seria de temer que permitiéndonos raciocinar sobre la virtud, llegásemos á poner en problema las reglas que debemos recibir y practicar como una ley cuyo examen es un delito. Persuadir á las mugeres que su virtud no se la deben á sí mismas, ¿no seria quitarlas el mas poderoso estímulo que las obliga á conservarle; quiero decir, la persuasion de que al defenderla defienden su propia obra? La consecuencia de semejante moral no seria otra que el desaliento; asi que no puede servir para otra cosa en la práctica que para disminuir á los ojos de

una muger culpable los estravios en que ha tenido la flaqueza de incurrir. Pero volvamos á lo que os interesa.

Al cabo, despues de algunas revoluciones é incertidumbres ¿estais seguro de que os aman? Habeis escitado uno de aquellos momentos de ternura en que la condesa no ha podido ocultar por mas tiempo su secreto, y al fin ha pronunciado aquella palabra que tanto ansiabais escuchar; ha hecho mas, ha dejado escapar mil demostraciones involuntarias de la pasion que habeis inspirado: y la certidumbre de ser amado lejos de disminuir vuestro amor acaba de aumentarle; sois en fin el hombre mas dichoso.... Si supiéseis con cuanto placer me alegro de vuestra felicidad, creo que seriais aun mas feliz.

¿Quereis, sin embargo que os diga mi sentir? el giro que toma este negocio empieza á ponerme en cuidado. Acordaos que hemos convenido tratar al amor un poco superficialmente: todo lo mas que debeis tomar es una aficion trivial y pasagera, y no una pasion en regla; y sin embargo veo que cada dia van las cosas adquiriendo un nue-

vo carácter de seriedad. Os conducis con una dignidad que empieza á disgustarme: el conocimiento del verdadero mérito, las cualidades sólidas, la escelencia de carácter, entran en los motivos de vuestra inclinacion, y se reunen á los encantos personales para aumentar en vos el fuego del amor. Yo no quisiera que se mezclase tanto interes en un negocio de pura galantería, pues de ese modo no deja suficiente libertad; ocupa en lugar de distraer. Sentiria que vuestra correspondencia llegase al fin á tomar un giro grave y acompasado; pero acaso no pasen muchos dias sin que entableis nuevas pretensiones, y la condesa con su resistencia reanimará vuestra inclinacion: una tranquilidad demasiado duradera derramaría en el alma un veneno mortal. La uniformidad mata al amor: cuando el espíritu de orden llega á apoderarse de una inclinacion, la pasion desaparece, se sucede la languidez, penetra el fastidio y termina todo por un fatal disgusto.

CARTA XL.

Madama de Sevigné no es de mi opinion en cuanto á las causas que doy al amor. Pretende que muchas mugeres solo le conocen por buen estilo, y que en sus relaciones amorosas no ha tomado parte la sensualidad. Segun su doctrina, aun cuando lo que llama mi *sistema* fuese fundado, pareceria siempre desordenado en boca de una muger, y pudiera acarrear consecuencias á la moral.

Seguramente, marqués, esos cargos son harto graves; ¿pero son fundados? Eso es lo que yo no me puedo persuadir. Veo con dolor que madama de Sevigné no ha leido mis cartas en el sentido en que las he escrito. ¡Yo sistemas! En verdad que me hace demasiado honor: nunca ha sido tanta mi aplicacion que me haya permitido componerlos. Por otra parte me parece que un sistema no es otra cosa que un sueño filosófico, y ¿considerará como un aborto de la imaginacion todo cuanto os he dicho? En este caso esta-

mos muy distantes del asunto. Yo no sueño, describo objetos reales: deseo sentar una verdad, y para conseguirlo no trato de sorprender al entendimiento, quiero interrogar á los sentidos. Acaso la haya chocado la singularidad de algunas de mis proposiciones, que por haberme parecido demasiado evidentes no he querido tomarme la molestia de probarlas: y ¿será necesario tomar el compas geométrico para investigar en una máxima de galanteria su mayor ó menor grado de certeza?

Por otra parte temo tanto las discusiones de escuela, que de buena gana entraria en capitulacion. Madama de Sevigné me decis, es en estremo metafísica; pues bien que se quede con sus escepciones con tal que me deje la tesis general. Confesaré tambien si lo exijis que en efecto existen esas almas privilegiadas; jamas he oido negar las virtudes del temperamento: por eso no tengo nada que decir de las mugeres de esa especie: no las critico porque no encuentro nada que reprobar en ellas; tampoco creo de mi deber el alabarlas; me contento únicamente con darlas el pa-

rabien. Sin embargo examinadlas detenidamente y vereis confirmado lo que os dije al empezar nuestra correspondencia. El corazon quiere estar siempre ocupado; si la naturaleza deja de guiarle ó si no le conduce á la galanteria, sus inclinaciones entonces no hacen sino cambiar de objeto. La que hoy aparece insensible al amor, es porque ha dispendiado la porcion de sentimiento que tenia que darle. El conde de Lude (1), segun dicen, no ha sido siempre indiferente á Madama de Sevigné, y hoy le tiene enteramente distraido su estremado cariño á Madama de Grignan. Segun aquella, me he hecho mas que medianamente culpable para con las mugeres: hubiera debido callar en caridad los defectos que haya podido descubrir en mi sexo, ó si se quiere, que mi sexo me haya hecho descubrir en mí. Pero hablando ingenuamente, ¿os parece, marqués, que si lo que os llevo dicho llegase á hacerse público, se darian por ofendidas las mugeres? ¡Qué mal las conoceis! Todas por el contrario halla-

(1) Gran maestre de artilleria.

rian que agradecer: decirlas que si se han dejado arrastrar á la galanteria ha sido por un instinto mecánico, ¿no es facilitarlas una disculpa? ¿No es acreditar ese fatalismo, esas simpatias que tanto se complacen en dar por escusa de sus estravios, y á las cuales doy yo muy poco crédito porque estoy persuadida que pueden resistirse? Si sostuviese que el amor es obra de la reflexion seria un golpe fatal para su orgullo, que las haria responsables de su buena ó mala eleccion.

Sí, lo repito: todas las mugeres se darán por satisfechas de mis cartas: las metafísicas, es decir, aquellas á quienes el cielo ha favorecido con un temperamento feliz, hallarán con placer consignada en ella su superioridad para con las demas mugeres y no dejarán de felicitarse de la delicadeza de sus sentimientos considerándolos como obra suya. Las que la naturaleza ha formado de una manera menos delicada, me juzgarán sin duda acreedora á algun agradecimiento por haber revelado un misterio que las oprimia en secreto. Habíanlas obligado á disimular su inclinacion, y ellas habian sido tan escrupu-

losas en no faltar á ese deber como atentas á no carecer de nada en cuanto concierne á los placeres: su interés está en que las adivinen sin que ellas comprometan su secreto; asi el que revele su corazon las hace un esencial favor. Tambien estoy muy convencida de que las que en el fondo tengan unos sentimientos los mas conformes á los mios, serán las primeras que los combatan y sin embargo las habré hecho la corte de dos maneras igualmente agradables: una, adoptando máximas que las lisonjean, y otra proporcionándolas ocasion de aparentar rebatirlas.

En fin, Madama de Sevigné, pretende que mi *sistema* podria acarrear consecuencias: en verdad, que no puedo comprender de qué manera ha podido formarse semejante idea sin embargo de la exactitud de entendimiento que en ella se reconoce. Si se despoja al amor, como yo lo hago de todo cuanto puede seducir, si se le hace considerar como efecto del temperamento, del capricho, de la vanidad; si se le arranca la nobleza y la dignidad de que la metafísica le reviste, ¿no es evidente que se le hace mucho menos peli-

groso? ¿No lo seria mucho mas si, como pretende Madama de Sevigné, se le erigiese en virtud? De buena gana compararia mi opinion con la de aquel famoso filósofo de la antigüedad, que creyó no poder debilitar el poder de las mugeres sobre sus conciudadanos, sino descubriendo sus flaquezas. Pero quiero hacer en vuestro favor un esfuerzo mas: ya que me tratan como muger sistemática es preciso que me someta á lo que exige tan brillante título. Raciocinemos, pues, por un momento sobre la galanteria con el método que conviene á los negocios árduos.

¿No es el amor una pasion? Las personas entendidas ¿no pretenden que pasiones y vicios significan una misma cosa? ¿Es nunca mas seductor el vicio que cuando toma las apariencias de la virtud? Luego es necesario no presentarle sino bajo una forma capaz de alejar de él á las almas virtuosas... Luego los platónicos no le han divinizado con semejante objeto. Para justificar las pasiones, ¿no se ha adoptado siempre el medio de elevarlas al apoteosis? ¿Y yo qué es lo que hago? Me atrevo á declamar contra una su-

persticion acreditada; despedazo el ídolo de su veneracion. ¿No es una temeridad? ¿Debia prometerme otra cosa que una encarnizada persecucion de las mugeres cuyo culto favorito pretendia destruir? Me parece estar viendo á todos los pedantes del pais latino acusar á Descartes de heregia porque desacreditaba las facultades ocultas de la antigua filosofia. Por consiguiente, si combaten mis principios, no será porque los consideren falsos, sino porque son capaces de destruir el imperio de las mugeres sobre los corazones y de disipar ilusiones que tanto las interesa conservar. Y lo siento por ellas: era muy cómodo no tener que sonrojarse cuando esperimentaban las primeras impresiones del amor, antes bien poder felicitarse y haber de achacarlas al poder de un Dios. Pero ¿qué las habia hecho la pobre humanidad? ¿por qué desconocerla y buscar en los cielos la causa de sus flaquezas? Quedémonos sobre la tierra y en ella la encontraremos, pues está en su lugar

En verdad, que no he declamado abiertamente en mis cartas contra el amor; no os he aconsejado que dejeis de tenerle, por-

que estaba persuadida de la inutilidad de mis consejos; lo que he hecho es esplicaros qué cosa es el amor; por ese medio he disminuido la ilusion que no hubiera dejado de causaros, ó por lo menos he debilitado su poder, y la esperiencia me justificará. Sé muy bien que en la educacion de las mugeres se ejecuta todo lo contrario. ¿Y qué fruto se saca de semejante método? Empiezan por engañarlas tratando de inspirarlas respecto del amor el mismo miedo que de las brujas y espíritus foletos; las pintan á los hombres como monstruos de infidelidad y de perfidia: si se presenta uno muy amable que haga alarde de afectos delicados; que tome las apariencias de un cariño modesto y respetuoso, entonces la joven, educada bajo aquellos principios, no deja de persuadirse de que la han engañado, y cuando conozca hasta qué punto la han exagerado las cosas, quedarán desacreditadas en su mente las doctrinas y los que se las han suministrado. Interrogadla, y si quiere ser ingenua vereis que los sentimientos que semejante monstruo ha escitado en su corazon, en nada se parecen á los que inspira el horror ó el miedo.

Las engañan tambien de otra manera, y la desgracia es que no pueden menos de proceder así. Evitan con infinito cuidado el advertirlas, ni aun dejarlas presentir que serán acometidas por la sensualidad, y que sus ataques serán para ellas sumamente peligrosos: siempre las hablan en la suposicion de que son unos espíritus angelicales. ¿Cuál es el resultado? Que como no han previsto el género de ataque que habrán de sufrir se hallan indefensas. Jamás han llegado á presumir que su enemigo mas formidable fuese aquel de quien nunca las hablaron: ¿cómo, pues, podrán hallarse alerta contra él? No es de los hombres de quien debe infundírselas miedo, *sino de sí mismas*: ¿qué podria conseguir un amante si la hermosa á quien trata de rendir no se hallase impelida por los mismos deseos?

Así, marques, cuando digo á las mugeres que la naturaleza es en ellas la causa principal de sus flaquezas, estoy muy lejos de aconsejarlas que sigan aquella inclinacion: al contrario trato de recordársela para que procuren armarse contra ella. Es como si advirtiese al gobernador de una plaza que

no iba á ser atacada por la parte que hasta entonces habia procurado fortificar, que el ataque mas formidable no sería el que esperaba del sitiador, sino la sublevacion de los suyos, que se preparaban á entregarle. En una palabra, cuando se reducen á su justo valor los sentimientos de que las mugeres han formado una idea tan elevada, cuando se las desengaña sobre el verdadero objeto de los amantes que mas delicados parecen, se ultraja su vanidad desvaneciendo la gloria que tenian en ser amadas, y su corazon hallará menos placer en amar. ¿Os parece que perdería nada su virtud si se lograse interesar su vanidad en resistir á la inclinacion qne las arrastra á la galantería?

Yo he tenido amantes y jamás me han ilusionado: sabia perfectamente penetrarles; estaba muy persuadida de que si lo que podia tener de apreciable en el espíritu ó en el carácter, lo tomaban en cuenta entre las razones que los decidian á amarme, no era porque aquellas cualidades escitasen su vanidad: se enamoraban de mí, porque yo tenia hermosura y ellos tenian deseos. Por eso han obtenido solo el segundo lugar en mi

corazon; el primero le he reservado á mis amigos. Siempre he conservado para con la amistad las deferencias, la constancia, el respeto que se merece un sentimiento tan noble y tan digno de ocupar un alma elevada; y nunca me ha sido posible vencer la desconfianza contra los corazones en que el amor habia representado el principal papel. Esa debilidad los degradaba á mis ojos, y los hacia aparecer incapaces de elevarse á los sentimientos de un verdadero aprecio para la muger que habian deseado.

Tal es, marques, la consecuencia que debe sacarse de mis principios: ya veis cuan lejos está de ser peligrosa. Lo único que las personas ilustradas pudieran tacharme, seria el haberme tomado la molestia de probaros una verdad que nunca han considerado como poblemática; pero vuestra poca esperiencia y vuestra curiosidad justifican cuanto os he escrito y cuanto pueda escribiros sobre el particular.

¡Qué carta, Dios mio! Mas si me detuviese á justificar su estension ¿no sería hacerla mas pesada?

FIN DEL TOMO PRIMERO.